

SI TÚ SUPIERAS

Antonio Gómez Rufo

**Que no existen veranos sin tu risa
ni risas en el mundo más que las que tu piel devuelve.**

Carmen Moreno

(Melodía para una piel en ciernes)

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar públicamente mi gratitud a María, Ángeles, Miriam, Yolanda, Victoria, Mari Cruz, Paloma, Marga, María Ángela Molina y Carmen Moreno porque sin sus opiniones y aclaraciones me hubiese sido imposible llegar al final de esta novela. Y, de manera especial, debo reconocer la ayuda de Lucía Dorado, Regina Labrador y M^a Elena de León, miembros de la Junta Directiva del Colectivo Reivindicativo Cultural de Lesbianas (CRECUL), de Madrid.

Andrea cometió dos equivocaciones: desnudarse en los brazos de un hombre y permitir que él le presentara a su mujer. Dos errores sobre los que ahora medita mientras camina a buen paso, con la cara alta, rasgando la brisa, la nariz fría y los ojos húmedos, cruzando la noche desierta del domingo por los claroscuros de las calles de Barcelona. La noche es azul, como la soledad, como la penumbra, de un azul oscuro sin brillo contra el que las farolas recortadas falsean las sensaciones y engañan, quieren hacer de la noche día, iluminándolo todo, pero sólo son lunas de metal y hielo, mantos de luz fría, ceniza, capas de polvo que no cubren todas las esquinas porque respetan el escondrijo de los seres ciegos, los más necesitados. La noche es un armario ropero lleno de secretos difíciles de descubrir. Para Andrea, cruzar la noche desierta es abrir un grifo y dejar correr los pensamientos cobardes que se deslumbran al sol, es como olvidarse de quitar la leche del fuego: no puede evitar que se desborden las confesiones que nunca le hizo a Carmen.

Aún soporta un leve dolor que se empieza a alejar, pero del que ha de seguir sacándose las astillas, una a una, con las pinzas de depilar, como si se hubiese tumbado sobre las púas de un cardo, como si se hubiese tendido a la sombra de sus pensamientos. El pasado puede romperse, se puede hacer trizas, pero lo verdaderamente difícil es olvidarlo. El pasado duele hasta que ennegrece y se hace tizones en la chimenea, lo consume el fuego y el viento esparce las cenizas más allá del tiempo y de la ausencia. A Andrea le duele el pasado, le quema tanto en los pulmones y en los recuerdos que intenta hacer con él un pacto

de no agresión, un acuerdo difícil que aún no ha logrado firmar aunque cada amanecer desenfunda la pluma y tacha una cruz en el aire.

Empieza a hacer frío. Siente el frío en las manos, sobre todo en los dedos de las manos, y los esconde como si fuesen animalillos a los que debiera proteger en los bolsillos de los pantalones vaqueros azules que se sustituyen uno a otro como si su vestuario fuese un uniforme. El verano ha quedado atrás y cada vez son más nítidos los bordes de la luna. Pasaron ya las lluvias de septiembre en las playas del mediterráneo y el cielo vuelve a estar despejado: no hay nubes blancas, sólo la luna, una luna llena, o en cuarto creciente, de perfiles afilados porque la atmósfera está limpia y deja ver las cuchillas del frío del aire, como también las ve y las olisquea el perro vagabundo y flaco que después la mira a ella un instante y huye a esconderse con el rabo entre las piernas, los ojos temerosos, el costillar a la vista, impúdico de hambres y desconcierto. Andrea también puede ver el frío en el dorso de sus manos, que se han teñido de rojo. Pero a pesar de ello son los mejores momentos del día: Andrea sale todas las noches a pasear, excepto los viernes y los sábados porque no quiere ver a nadie ni que nadie la vea; no le importan la lluvia, el viento o la soledad; camina ocho o diez kilómetros entre grandes avenidas o calles pequeñas en penumbra que se cortan unas a otras formando un laberinto del que no siempre sabe si sabrá salir. En realidad, Andrea ignora todavía la salida de muchos de los laberintos en que se ha convertido su vida.

Mientras camina, piensa que sin duda fue un error abrir las puertas a un desconocido que no sabía encender la luz, hacer fuego ni golpear con suavidad la aldaba que dibujaba erizos en su piel; pero en seguida se da cuenta de que no es de él de quien se acuerda, lo cierto es que está pensando otra vez en ella, en Carmen, otra vez, y que el error más grave fue dejarse cegar por el resplandor de su mirada de necesidad y azabache. Ahora ya sabe que se equivocó dos veces, pero no se arrepiente. Lo único que siente es no haber sido mayor para haber controlado mejor sus sentimientos y darse cuenta de que se estaba derrumbando el mundo a su alrededor, sin comprenderlo, para haber estado preparada y no encontrarse ahora en esta situación. Sabe que se equivocó y le duele, pero también sabe que amó, y se consuela pensando que eso lo compensa todo.

Es domingo, ha pasado la medianoche y no hay coches que crucen la ciudad ni ruidos que le recuerden que hubo días en los que podía oír su respiración cuando reposaba la cabeza en su pecho agitado, aunque afuera tronasen los alborotos del tráfico. Ahora todo el mundo piensa que fue idiota, pero lo peor de todo es que ella misma, cuando se mira desde fuera, se ve encabezando esa gran manifestación que lleva una pancarta en la que puede leerse: "Andrea es idiota". Quizá hubiese debido ser más fuerte, piensa sin levantar los ojos del suelo, pero a continuación alza la cabeza, respira profundamente y deja que las excusas salgan en su defensa diciéndose para sí, en voz baja, que las aves tampoco son culpables por saber volar. ¿Quién puede condenar al mar por su oleaje, al viento por barrer furioso las calles al atardecer y a la nieve por posarse sobre el alar de los tejados más débiles de la aldea? Nunca fueron culpables los sentimientos, se dice; la naturaleza no lo fue, ni amar fue pecado, aunque muchas veces los hombres y las mujeres hayan sido condenados por ello. Sólo se lamenta porque, si existiese Dios, o aquel día hubiera estado más atento a la partida de ajedrez que ella jugaba con la vida, nada hubiese sido como fue.

Andrea tiene cara de niña. A pesar de lo que ha pasado estos últimos meses, y de que en ellos se ha echado arrugas y años encima, a razón de uno por pena, sigue conservando ese rostro aniñado de ángel rubio de piel de cristal, pelo corto y ondulado, ojos claros que enrojecen antes de verter la primera lágrima. Sus papeles dicen que tiene veintiséis años, pero siente que mil siglos de incomprensión y fatiga pesan en su memoria como yunques de acero, y eso le hace comprender que era lógico que llegara un momento en el que ya no lo pudiera soportar más. Luchó hasta donde le fue posible para no sentirse sucia, pero entonces llegó Carmen y le enseñó que el secreto de la libertad era fundirse sin miedo en un alma prestada.

Hasta aquel día, su vida había sido una farsa interpretada en el rincón más oscuro de la madriguera: en el colegio sólo las veía a ellas, nunca se fijó en ninguno de sus compañeros de clase; tampoco guarda de la universidad recuerdo de chicos, sólo perfiles ausentes de mujer en los pupitres, recortados por la luz que entraba como un manantial a través de las ventanas. Por eso, cuando le dijeron que mirarlas, desearlas y tocarlas era pecado, quiso morir antes que volver a mojar la medianoche con el recuerdo de sus cuerpos desnudos e intentó que esa suciedad, que no sabía lavar, no le impidiera ser como las demás ni le obligara a ponerse de luto y acarrear los fardos de la incomprensión y del arrinconamiento como si se tratase de una enfermedad, o con el silencio como si hubiese sufrido una condena sin sentencia. Pero al fin llegó el día del descubrimiento, el día en que la conoció, y supo que mientras fuera capaz de amar sería libre y que el amor, aunque no fuese eterno, al menos era un tiempo prestado para unir cuerpos y almas en la complicidad del susurro y de una mirada escondida.

Antes, quiso que le dejaran de gustar las mujeres porque no supo soportar la presión. Andrea pensó, con alma de niña e ingenuidad de cuento, que bastaba querer algo para que los deseos se cumplieren. Pero no era verdad. Quiso que le dejaran de gustar las mujeres porque fueron demasiadas las nubes que la seguían por los pasadizos de su vida: oyó hablar de amores enfermos, podridos como manzanas olvidadas en los sotabancos del granero, pasada la época de la maduración; le bisbisearon casos de desviaciones genéticas, error tras error, naturaleza rota, mentiras; y le advirtieron, cruz en alto, como espada de fuego señalando la puerta de salida del Paraíso, contra los vicios, el pecado, la maldad y el escándalo que hería a los inocentes, que eran todos salvo ella misma. Durante muchos años la hicieron sentir sucia, o mutilada; nunca comió fruta fresca, sólo le dejaban mojarse los dedos y la barbilla con el almizcle de peras secas y uvas pasas, sólo le permitían probar los melocotones golpeados: si amaba, pecaba, y si no lo hacía, sentía que le faltaba el aire. Entonces fue cuando quiso que ellas le dejaran de gustar y lo intentó con ellos, qué tristeza. Lo intentó muchas veces con la fe y el ímpetu del marinero que busca faros en los espasmos furiosos de la noche para llegar salvo a tierra; incluso hizo de su vientre un metal maleable en manos de un puñado de donjuanes de discoteca que jugaron con él como moneda de cambio o abalorio añadido a sus adornos, las llaves de BMW o el tiro de oro para esnifar. Pero cuanto más lo intentó, más agrio se le hizo el vómito y más permanente la náusea. Lo intentó mientras pudo, mientras le quedaron fuerzas para caminar y restos de duda en la memoria. Hasta que conoció a Carmen y por fin sintió que era libre, de nuevo se hizo mayor

de edad y pudo lavar sin miedo los restos de pintura que quedaban en el rodapié de su vida.

Ahora sabe que el amor tiene una única regla, amar. Y que enamorarse es mucho más fácil de lo que la mayoría de la gente cree.

Andrea intentó ser diferente a lo que era porque el mundo se estaba volviendo contra ella y no encontraba la manera de contrarrestar las furias que se habían desencadenado, como una ristra de malas noticias o una cadena de eslabones de hierro al rojo. Marta, su pareja, de repente había roto el compromiso firmado con besos y había escogido otra vida haciendo un quiebro a su bisexualidad para optar por la única posibilidad en la que ella quedaba al margen: un joven ejecutivo alto como un ciprés recién salido de una casa bien de la Bonanova, la suya; después de tres años de complicidad, a Andrea no le quedó más remedio que darle a elegir entre ella y el ejecutivo, comiéndose las lágrimas; y ganó él, como siempre.

En casa, su padre se había negado a hablarle desde que conoció su manera de ser y, aunque su madre estuvo de su parte, sobre todo después de las dos visitas que hicieron juntas al psicólogo, su comprensión no sirvió para compensar el peso que la opinión de su padre había tenido desde pequeña sobre ella. Las hijas, con frecuencia, ven en su padre un ser mucho más grande y fornido de lo que es en realidad, y contra esa visión son incapaces de luchar hasta que muere, cuando dejan de venerar aquella grandeza figurada para empezar a quererlo en la nostalgia de la pérdida, a reconocer lo que era, un ser humano lleno de imperfecciones, virtudes y defectos, y lo estiman de verdad, como sólo saben querer las hijas. Andrea no le dio importancia a la ventaja de que su madre la aceptase tal como era; sólo se asfixiaba cuando su padre dejaba caer muertos los ojos sobre ella y, sin palabras, la juzgaba y la condenaba.

Además, en el trabajo tenía que esconderse para ser tratada con naturalidad, con la normalidad que cualquiera tiene derecho a serlo en la rutina de la convivencia. Ella nunca pudo relajarse ni permitir que se le viesen las puntillas de las enaguas porque, para sus compañeros, bastante extraña y difícil de explicar era, de por sí, su aparente soledad afectiva. Incluso, en una ocasión, tuvo que detener ríos de lava cuando murmullos sarcásticos de alguien hablaron de que había sido vista en donde no debía estar y con quien no era fácil justificar. Cuando asistió a una conversación entre secretarias en la que Mercè comentó con Elena que una conocida de ambas se había enrollado con otra mujer, añadiendo "¡qué asco, por favor!", y poco después, a propósito del mismo suceso, oyó en un despacho contiguo que sus socios, Juanjo y Damià, celebraban con estruendo el morbo de presenciar cómo se lo hacían dos mujeres pero, a la pregunta de Juanjo de si le gustaría tirarse a una lesbiana, Damià había respondido que antes a una puta, que por lo menos era una mujer ("¿Con una lesbiana?, ¡No jodas!", había gritado Damià), aquel día Andrea supo que de ninguna manera podía dejarse descubrir, que tenía que esconderse para no ser arrastrada por un alud que sería incapaz de contener.

Tal vez por eso la aparición casual de Joan le pareció el cabo con que sueña el náufrago en medio de la tormenta.

Andrea pasea sola las noches azules y desiertas de Barcelona y revive recuerdos que le acarician el alma o le arañan la cara. Ahora le gustan más estos paseos porque hace frío. Durante el verano hacía demasiado calor. Y, además, salir sola le permite adentrarse y explorar un cuadro que le parece imposible haber pintado ella sola, como uno de esos cuadros miniaturistas del Bosco, como *El jardín de las delicias*, que, por muchas veces que se mire, siempre queda algo por descubrir. Pasea sola recreando momentos y sensaciones vividos al lado de Carmen para no sucumbir a la urgencia de volver a buscarla por toda la ciudad, para convencer a su memoria de que ya no existe, de que buscarla es absurdo y encontrarla sería inútil. El pasado está bien como está, ocupando su sitio: intentar convertirlo en presente, o aún peor, en futuro, sería un error. Lo ha aprendido a fuerza de remover la arena de la playa en la que se ha ido dejando las uñas estos últimos meses.

Tenía diecisiete años cuando su madre rezaba en voz alta para que se le pasasen pronto "esas rarezas" y saltó de recomendarle que tuviese mucho cuidado para no quedarse embarazada a meterle por los ojos a todos los chicos con los que se cruzaba por la calle, a los que siempre encontraba alguna virtud, y a proponerle que se echara novio para que comprobara cómo le gustaba acostarse con él. Su padre, en cambio, dejó de mirarla a la cara porque se avergonzaba de ella. Y Andrea, que cuando Marta la intercambió por una boda de conveniencias no tuvo fuerzas para seguir sobreviviendo a un oleaje que se iba haciendo cada vez más encrespado y feroz, creyó ver en el perfil de la costa el faro de un hombre llamado Joan, el cabo al que se aferra el náufrago en mitad de la tormenta, y a él se dirigió sin pensar si sería o no una equivocación de la que alguna vez se arrepentiría. "El estado naciente del amor no es nunca un llegar, es un entrever. Como en el caso de Moisés, el mayor de los profetas, a quien fue concedido ver sólo de lejos la tierra prometida, no alcanzarla", escribió Alberoni. Joan fue la tierra prometida de Andrea durante un mes y trece días.

Lo había intentado antes con otros hombres y ahora lo iba a intentar de nuevo, por última vez. Sabía lo que quería, lo que sentía, pero la llegada había sido tan oportuna que no le importó arriesgarse para ver qué frutos caían si agitaba las ramas del árbol de un hombre que apareció por casualidad como se aparece el faro, la suerte o el amor de una mujer. Joan fue una equivocación, lo supo después, pero cuando se hizo visible creyó que era uno de los tres deseos que le concedía el genio de la lámpara de Aladino. Era un hombre tierno, un hombre diferente. La trató como si no fuese una mujer, y eso le agradó. Por primera vez había conocido a un tipo que no tenía prisa por meterse en su cama, que no sentía angustia por no poder hacerlo ni tampoco se empeñaba en aparentar que era estupendo para intentar impresionarla. Eran dos, ella y él, y sin necesidad de promesas forzadas ni exageraciones de poeta convivieron la tarde con pausa, deshilaron la noche sin desesperación y desvistieron sus cuerpos sin pudor y sin rubor. A él no le importó que Andrea viese que no

era perfecto, y a ella no le avergonzó que supiera que usaba hombreras ni que tenía estrías en los muslos. Era un hombre, pero no lo parecía.

Ella era una mujer pero había demasiada gente a la que le costaba admitir que lo fuese. Y esa duda fue un reto que se sintió obligada a aceptar: estaba demasiado cansada para hacer como que no oía caer la lluvia. Si podía volver a enamorarse, tal vez podría ser de él. Joan fue la apuesta que se jugó consigo misma y con cuantos la rodeaban, el desafío a superar; pero pronto supo que, lo que parecía una buena idea, se marchitó como nomeolvides en enero y apenas fue un ruido seco, una excepción: también una equivocación. Pero le presentó sin previo aviso a Carmen, su mujer, y entonces el cielo se volcó sobre ella dejando resbalar una lluvia de estrellas que empapó lo único que le quedaba, la decisión de no volver a amar a nadie, a ningún hombre ni a ninguna mujer. Comenzó a morir la vida que había elegido el mismo instante en que empezó a crecer renovado, en ella, el deseo que durante tanto tiempo había querido ahogar en vano. La resignación es silenciosa hasta que descubre que tiene razón, porque entonces se hace ruidosa como un suspiro en la noche, o como una mirada encadenada.

Conoció a Joan en la oficina de Sergi Cosí Pimental, preparando la campaña de Bristol & Comp. para la televisión. Él había creado una historia de veinte segundos de los que dieciséis se realizarían en ordenador y los otros cuatro en un estudio sin elementos de atrezzo, un espacio blanco y luminoso por el que una bailarina con faldellín haría media docena de piruetas *relevé* y un cuadro final. Su trabajo como diseñadora consistiría en preparar el plató, el trabajo más simple que le habían encargado nunca, lo podía haber hecho cualquiera con los ojos cerrados, pero la insistencia de Joan para que lo hiciese ella, y las miradas que se le perdieron en su nuca, a contraluz, le agradaron. La suya era una mirada cálida que no dejaba rasguños, una mirada suave, acobardada, como el beso de una virgen. Sergi Cosí Pimental acertó dejándoles solos ultimando detalles de luminosidad, resplandor y nieve, y cuando Joan le rozó la mano al tomar un lápiz que se le había quedado enredado entre los dedos, vinieron a su memoria imágenes de otra primera vez. Un recuerdo que no la dejó dormir esa noche con la serenidad de otras noches y que reconstruyó en su mente la idea vaga de que aún era posible salvarse. Salvarse. Pero, ¿salvarse de quién?, se pregunta ahora. Sólo acierta a contestarse que de sí misma, y se le rebelan los humores dentro del pecho.

Fue su primera equivocación. Pensó que, tal vez, con ese hombre podría sentir lo que únicamente sentía con otras caricias, roces de mujer, y deseó comprobarlo. Otras muchas veces se había abandonado a los hombres y, al final, siempre le había quedado una sensación brutal de salvajismo que, por lo que fuese, no había podido evitar. Andrea pensó que quizá con Joan no fuese igual, y además hizo sumas y a la curiosidad añadió la fatiga, y la vejez, y el sentimiento de marginación y de soledad del que tantas veces había querido huir. Nunca le dejaron explicar lo difícil que es soportar el peso de la mirada cuando la gente descubre que alguien es distinto de los demás.

Supo que era casado desde el primer momento y que el mando a distancia de la televisión lo tenía ella, aunque no estuviese mirando el televisor. Cenaron dos o tres veces. Él habló de lo que buscaba en la creatividad publicitaria y en el diario de Kierkegaard; habló de los canales helados de Amsterdam en invierno y de los azules del mar en Calvià; y ella, de las novelas de Jeanette Winterson, de la fidelidad y de una pequeña tienda en Piccadilly con Berkeley St. que no era Fortnum & Mason, pero en la que también se podían robar besos en los probadores. Después bailaron en un bar amarillo cercano a la Plaça de Lesseps que tal vez se llamara Velvet.

Fue ella quien le invitó a su apartamento de la calle Balmes una tarde de pausa y lluvia, y él se desnudó tan despacio que por un momento Andrea pensó que no le apetecía hacerlo. Tardaron mucho en empezar: primero apoyó la cabeza en su hombro y a punto estuvo de quedarse dormido susurrando unos versos rotos de Gil de Biedma que no conocía pero que tampoco le parecieron hermosos. Nunca le emocionó Gil de Biedma ni los otros poetas de su generación de cristal y disimulo, como tampoco le gustaban las canciones de María del Mar Bonet: sólo le gustaba ella; y Ana Belén, y Ariadna Gil, y Sharon Stone, qué morbo, por Dios, qué escalofríos. Y luego, como si temiera tocarla, como si le quemase su piel, Joan la acarició tan lenta y parsimoniosamente que consiguió agitar su respiración sin que aún supiese si iba a enredarse entre sus pasiones. Ahora le da rabia recordarlo mientras va descontando minutos a la noche, como un preso tacha los días que faltan para volver a ser libre, pero tiene que reconocer que la respiración se le hizo potro, el corazón seísmo y la mirada nube. No le gusta recordarlo; desde entonces han pasado demasiadas cosas. Le enrabieta pensar en ello, pero el pasado no sólo es difícil de olvidar, sobre todo es terco porque cuenta con la ventaja de que es cierto. El pasado puede engañar, como el presente o el futuro, pero no miente. La única verdad es la que ya ha existido.

Y el caso es que fue un acto tierno, tan delicado y rubio como el sexo femenino. Tal vez por eso le gustó. Andrea no tuvo un orgasmo con él, no lo necesitó, pero ahora está segura de que si hubiese querido lo habría podido tener. Fue después, mientras se duchaba, cuando recordando la nuca, la espalda y las nalgas de Marta apenas tuvo que acariciarse para tenerlo sin necesidad de rebuscarse el alma. Joan aún no era una equivocación, todavía era una esperanza que no era preciso alimentar, un efecto óptico, un espejismo, una fantasmagoría. Por eso estuvo un mes y trece días con él.

En aquellos días ocupados en el diseño y preparación del anuncio de televisión, se miraron tanto que sus ojos se desgastaron por el roce. Andrea no podía creerlo. Pensaba en ello luego, por la noche, cuando todo era azul, como la soledad, como la penumbra, y no conseguía entender qué le estaba pasando. Joan no era capaz de levantar vuelos de pájaro en su vida, pero Andrea se estaba comportando con él como si fuese una chica, como si lo fuese él o como si lo fuese ella, no lo sabía: por muchas vueltas que le daba no alcanzaba a comprenderlo. En las paredes azul marino del dormitorio repasaba la figura de Joan, dibujada por su imaginación, y le horrorizaba aquella piel blanca y seca, los millones de pelos enmarañados por todo su cuerpo como maleza de selva virgen, el áspid altivo de su

entrepierna incapaz de estarse quieto. El áspid es una serpiente venenosa muy curiosa: tiene la particularidad de que si se le aprieta la nuca se queda rígida como un palo, lo que utilizan los embaucadores para sorprender a su público. Es como si permaneciesen mucho tiempo en erección. Todo aquello le recordaba a Joan, y por eso no le gustaba; pero después lo veía y no podía apartar los ojos de él, su sonrisa era un imán más poderoso que la cintura de una brasileña cuando baila y parece que se derrite en miel, papaya y pasión. En casi mes y medio hicieron el amor cinco veces; pero desde la segunda supo que nunca podría ofrecerle la llave de sus deseos, que no obtendría con él las rosas que se abrían con otras amantes con toda facilidad. Y una noche apresurada en la que él tenía que regresar pronto a casa y ni siquiera subió a la suya, dentro del coche, parados ante el portal, entre los cristales empañados y salpicados de lágrimas de lluvia, en la penumbra de las farolas borrosas de la acera de enfrente, Andrea le espetó sin rodeos, silabeando las palabras, disfrutando su sonido y manteniendo la mirada fija, sin pestañear, que le gustaban las mujeres. Y él sonrió. Su sonrisa no fue de burla, ni de conmiseración, ni siquiera de incomprensión. Joan se limitó a decir que le recordaba a Simone de Beauvoir y que la seguiría amando por encima de sus preferencias sexuales. Y añadió que, si le dejaba ser su Gegé nunca se apartaría de su lado.

Joan era un hombre, pero durante aquellos días no lo pareció. Cuando acabaron el montaje final del spot para la Bristel & Comp., se besaron los labios delante de todo el equipo, tacharon de las agendas sus números de teléfono y juraron no volver a verse. No habría más roces de miradas, nunca más volverían a sentir el tacto de sus dedos con la excusa de prestarse el lápiz o al teclear a la vez F-10 en el ordenador. Al llegar a su apartamento, el conserje le entregó un ramo exagerado de lilas que acababan de traer con una tarjeta en la que él había escrito: "Te prometo que en mi próxima reencarnación seré mujer. Espérame. Joan."

Lilas de invernadero, amores falsos.

Las rupturas son como esas nubes pequeñas de niebla que se forman en la boca de los niños la víspera de reyes mientras asisten embelesados al paso de la Cabalgata por la Vía Layetana. En el crujido de la separación, el ambiente es gélido; la gente pasa apresurada por un lado sin fijarse en esa lágrima que está a punto de caer sola, desbordándose de los ojos para ahogar la mejilla, y nadie ama ni odia a nadie; y es de noche. Pero dentro de un abrigo, con los guantes enfundados y el pelo dormido sobre la hélice de las orejas, se siente que se está bien así, que en el fondo del estómago crece un calorcillo grato porque es un alivio recuperar la libertad que había robado algo que nunca llegó a ser amor. En todo caso, la ruptura es lo mejor del amor cuando ya no hay amor. Y se está bien sintiendo que los deseos se dejan hundir lentamente en los recuerdos.

Andrea necesita sentirse querida, pero nunca encontró quien le extendiese la mano sin reservas. No puede despertar sentimientos porque está obligada a ocultar que los tiene, pero necesita saberse querida y saber que despierta algún tipo de sentimiento en los demás. En su transparencia, no provoca nada, ni siquiera misterio en torno al personaje que se ha visto obligada a crear para sobrevivir en un mundo que le es adverso. ¿A quién puede rogar que

la quiera? ¿A quién puede suplicar unas migajas de amor, si su padre le hace creer en la orfandad y su madre en la caridad, en la lástima? Cuando alguna noche se despierta porque nota que tiene mojada la cara, y descubre que está llorando, enciende la luz y se levanta para no pensar en lo sola que está. Necesita ser querida, sea por quien sea, por alguien. Se compraría un perro si no estuviera segura de que ese papel, en su vida, ya lo representa ella.

Ahora recuerda aquellos momentos y piensa que hizo bien dedicando los días siguientes a recuperar los acordes de las músicas abandonadas que jamás debió olvidar. Fue en la barra azul de Imagine donde conoció a Nuria, una adolescente de dieciocho años que llenó su apartamento de risas y de pastillas de éxtasis hasta que dos días después fue a buscarla una profesora de inglés que cambió con ella dos palabras y dos lágrimas y se la llevó de su lado. Nuria tenía el pelo largo, negro y liso, cerrado sobre la cara como cortinas apenas corridas, y unos labios finos y suaves que no dejaban nunca de sonreír. No permitía terminar una relación sexual sin haber sentido un orgasmo ni tenía edad para comprender la fidelidad, sólo sabía de música post-siniestro y de rollos del alma, como ella decía. Quería ser cantante porque creía que cantaba bien, componía canciones en inglés y aseguraba, mientras se miraba las grandes botas, que los mejores orgasmos los había tenido mientras oía temas de grupos cuyos nombres Andrea desconocía. Se fue sin palabras con su aspecto de nieta de Joan Baez; sólo cruzó con ella, en la puerta, una mirada y una sonrisa honda, como todas las suyas, y una promesa sin palabras de que, un día de los que no figuran en el calendario, amanecería otra vez en sus brazos.

Luego le presentaron a Silvia en un rincón oscuro de la parte de abajo de Cheeck to Cheeck y durmió con ella tres o cuatro noches, hasta que se cansó de su pasividad y de sus continuos caprichos, de su tiranía: la obligaba a cocinar, a darle masajes en los pies y en la espalda, a levantarse a encender el televisor y a buscar el mechero. Y ella se limitaba a gozar con el concierto de los dedos de Andrea. "Me gusta dejarme hacer", decía; "sólo eso me gusta". Silvia tenía veinticuatro años, su pelo era también largo y liso, como el de Nuria, pero al contrario que ella no sonreía nunca: se limitaba a mirar con ojos de desconfianza, como escrutando todos los movimientos del mago para intentar descubrir dónde está el truco. Había pasado los tres últimos años soldada a una niña que había compartido con ella los quince, los dieciséis y los diecisiete y había desarrollado un instinto de defensa para ahuyentar aves carroñeras que ahora empleaba sin motivo con cualquiera que conocía. A Silvia se le había olvidado besar y amar porque había besado y amado demasiado, eso decía; por eso se dejaba hacer. Pero aquellos días eran de fiesta para Andrea y ni sus ojos desconfiados ni su cuerpo de pasarela la pudieron embrujar pasadas tres o cuatro noches de dormir juntas y de robarle fatigas a las que no quería corresponder por mucho que se lo pidiera. La despedida no fue amable por ninguna de las dos partes: un adiós forzado y un beso en la mejilla que no supo a nada.

Y la última semana de enero volvió a salir con Toni y Rosa, viejos amigos que la introdujeron en los más afilados rincones de la noche barcelonesa. Ahora los recuerda con infinito cariño: fueron sus guías de selva y despertares en otro tiempo, maestros de adolescencia, y aquellos días la llevaron a repasar la obra última de Tàpies en su Fundació, a hablar de Toulouse-Lautrec, Céline y Bertolucci mientras recorrían la Galería Maeght y a emborracharse con ginebra y besos en el Yabba Dabba Club. Rosa propuso que se metieran

en la cama los tres, como tantas otras veces, pero por fortuna era demasiado tarde y a la mañana siguiente Andrea tenía que volar a Madrid en el primer puente aéreo en que encontrase plaza. Quizá fuese una excusa, pero a ella le sonó bien al pronunciarla mientras deslizaba despacio las palabras por sus labios. Lo había decidido: no quería más noches rozadas con piel de hombre.

Juanjo Ros, Damià Puig y Andrea Ferré Oca se habían asociado después de licenciarse en Bellas Artes por la Universidad de Bellaterra para crear una empresa de Diseño y Decoración, una inversión que tardaron dos años en amortizar pero que ahora les proporcionaba un salario suficiente para vivir, un trabajo en el que podían desarrollar su creatividad sin más presiones que las impuestas por los clientes y un reparto de beneficios anuales que les permitía ausentarse dos meses de vacaciones al año y financiarse un plan de pensiones para cuando llegase el momento de la jubilación. Juanjo se había especializado en la captación de clientela porque tenía un don especial para las relaciones públicas, se teñía el pelo de negro por cuatro canas que le habían crecido sobre las orejas y se compraba la ropa de diseño en almacenes baratos de las afueras de Barcelona. Se casó a los veinticinco años y ahora, a los veintiocho, tenía dos hijas y una afición enfermiza por el senderismo. Alto, sólido y sin titubeos, de palabra convincente, era un líder nato y como tal lo aceptaron Damià y ella; les convenía. Hablaba poco y en voz baja, pero cuando iba a hacerlo se producía el silencio a su alrededor; era una voz respetada como la de un lama, o un viejo profesor, o el gurú de una secta. Tampoco miraba de firme a los ojos: prefería mirarse las manos grandes y fuertes mientras se las frotaba, más bien se las exprimía, como si de ellas extrajese las palabras, las frases y las opiniones que iba desgranando precisas, poco a poco, lentamente, hasta completar un discurso que siempre concluía de igual manera, preguntando a los demás si no estaban de acuerdo, como si no supiera que ya lo estaban o que no se atreverían a decir que no, aunque Andrea alguna vez lo hacía, sólo cuando estaba segura de que tenía razón. Juanjo era el líder sin que nadie lo hubiese decidido, sólo porque era el mejor, el más rápido a la hora de disparar palabras o construir argumentos y el más hábil para crear luces y sombras sobre las evidencias que quería mostrar u ocultar, según conviniese.

Damià Puig era un tipo pelirrojo de cara puntiaguda llena de pecas y nariz aguileña, curvada como el garfio de un pirata tuerto de película coloreada. De ojos pequeños, transparentes, azules, casi blancos, vivos y húmedos, sonreía siempre aunque no hubiese motivos para la risa, lo que a Andrea le irritaba de un modo que no sabía explicar. Presumido y prepotente, aseguraba que sus diseños eran los mejores que se hacían en el estudio, sus clientes los más difíciles de complacer y también los que quedaban más satisfechos, y sus fines de semana un rosario de conquistas a las que se veía obligado a desengañar para que no se hiciesen ilusiones con vistas al fin de semana siguiente. En el fondo era un crío, piensa ahora Andrea; pero tan arrogante y brutal que lo mejor era impedir que se tomase cualquier tipo de confianzas porque al momento podía convertirlas en derecho adquirido. Con todo, lo que nunca soportó fue que la convirtiese en el blanco de

todas sus bromas y groserías, porque entonces la convivencia resultaba imposible. Algo que por fortuna sólo pasaba por épocas, pero recuerda que entonces coincidió con una de las peores y el aire terminó volviéndose irrespirable para ella.

Desde principios de ese mismo año tuvieron trabajo y beneficios suficientes para, después de impuestos, poderse permitir contratar dos personas que colaborasen con ellos en el estudio. Primero emplearon a Mercè, un ama de casa reciente que necesitaba colocarse y que atendía bien el teléfono y la correspondencia, una cuarentona de interminables uñas curvas pintadas de rosa, permanente en el pelo y gafas de concha con brillantes de bisutería incrustados en los extremos. Y luego a Elena, una recién licenciada en paro de piel pálida y granulosa, ojos ribeteados de lapislázuli y labios pintarrajeados de carmín rojo que les ahorró el asesor fiscal y el gestor porque dominaba la técnica de las declaraciones de impuestos de sociedades y la confección de nóminas, balances y minutas de honorarios. Juanjo fue el encargado de contratarlas porque era el responsable de coordinar la empresa y de dar la cara ante Hacienda si alguna vez revisaban las cuentas y tocaba pasar inspección, y Andrea y Damià no tuvieron nada que opinar, aunque seguramente tampoco hubiese servido de nada porque otra de las habilidades de Juanjo era presentar los hechos siempre en pasado, como si realmente ya hubieran sucedido y ni él pudiera remediarlos.

Entre las paredes del estudio, aquellos días pasaron con la naturalidad de otros tiempos, la rutina habitual que permitía seguir adelante en el proyecto común y en cada uno de los diseños individuales; pero, por su especial estado de ánimo, Andrea asistió a ellos con la sensación nauseabunda de que estaba sufriendo una de las peores y más despreciables crisis de machos salidos e insinuaciones sin ingenio, pura zafiedad, provocaciones sucias. No disfrutaba trabajando y la culpa no era de lo que hacía sino de los que la rodeaban al hacerlo. Andrea nunca pudo entender por qué los hombres se sentían en la obligación de mostrar los colores de su cresta cuando oían acercarse ecos de mujer; por qué creían tener derecho a no pasar desapercibidos y trataban de demostrar que su mano era de roca y estaba disponible para cuando la debilidad femenina necesitase de ella. No se atrevieron nunca a decirlo, la verdad es que nunca se lo dijeron, pero estaba segura de que Juanjo y Damià no terminaban de comprender que tuviese en la empresa igual responsabilidad y el mismo salario que ellos, idéntica capacidad para opinar. Ahora cree que por eso Damià se vengaba con Mercè y Elena, las secretarias, que tenían que sonreírle las bromas y acosos, algunas veces intercambiando con ella miradas de resignación que se volvían más apesadumbradas en Andrea que en ellas mismas.

Fueron días de trabajo en soledad y noches largas de cortar flores nuevas con cada mirada, de intentar robar rosas y fidelidades. Recolectó igual número de amores que de odios, la amaron quienes besó y la odiaron a quienes arrebató besos acostumbrados. Lo peor de las chicas era que siempre estaban acompañadas y para hacerlas suyas tenían que dejar de ser de otras, aunque aquellos eran juegos compartidos de reglas conocidas por todas, un universo de fugas y reconciliaciones en el que los celos se abrían y cerraban varias veces cada noche, sobre todo entre las mayores, tan cansadas para pleitear nuevas miradas, y entre las más jóvenes, seguras de una fidelidad aprendida en el romanticismo de los cuentos para adolescentes que leyeron de pequeñas. Días de trabajo y noches de no dormir en las que intentó reconocerse y sentir que en la soledad estaba la libertad que durante tantos

meses había perdido por la idea de desear huir de lo que era, la idea estúpida de pretender huir de sí misma, algo tan absurdo que ni siquiera entonces pudo comprender.

La segunda equivocación fue permitir que Joan le presentara a su mujer en el aeropuerto, aquella mañana de puente aéreo en la que ella volaba a Madrid. También ellos tenían que tomar un avión, a Milán, un poco más tarde. Los vio de lejos y dudó si debía acercarse o no, para saludarlo, pero después de pensar que su presencia podía comprometerlo decidió encaminarse hacia la puerta de embarque; pero él ya la había visto y estaba haciendo tantas señas y aspavientos con los brazos sobre la cabeza que no haber atendido su llamada hubiese sido mucho peor que una descortesía; sin duda él lo habría interpretado como un desprecio inexplicable. Se acercó y lo besó en las mejillas, le preguntó qué tal estaba y él, sin contestar, le mostró a su mujer, pronunciando su nombre como se vocaliza una marca japonesa de automóviles de lujo: Carmen.

Se dieron un beso en la mejilla, sólo uno, y eso, a Andrea, la desconcertó. Lo natural en el uso social es darse dos besos; dar sólo uno tiene un significado especial para ella: quiere decir que existen otras intenciones, que ya soplan ráfagas de ternura o que se desean avivar hogueras de seducción. Por eso Andrea la miró sin pudor y por eso se fijó en ella como si no hubiese nadie más en el aeropuerto aquella mañana.

Carmen era una mujer morena, de ojos despiertos y sonrisa de pericia. Mantuvo la mirada sin esfuerzo y cuando Andrea le dijo lo guapa que era, sonrió como si ya lo supiera. Acababa de cumplir treinta y ocho años y por eso iban a Milán a celebrarlo, pero insistió en que a la vuelta tendrían que telefonarse y verse. Fue una invitación de amiga recién conocida, pero en el fondo de su mirada se abrieron abismos de necesidad, un deseo sincero y no disimulado de volverse a ver. Un poco más alta que ella, con un olvidado acento andaluz que sólo se asomó dos veces a la punta de su lengua, una al pronunciar "móvil" y otra al decir "adiós" con tacañería de letras, le dio dos números de teléfono, el de su casa y el de su trabajo, y después encargó a Joan que no olvidara de que tenía que darle el suyo. "No lo tengo", se encogió de hombros, y entonces Andrea lo recitó titubeando, con temor, mirando a Joan, mientras Carmen lo escribía a toda prisa en la palma de la mano con una pluma que sacó del interior de la chaqueta de su marido. Cuando Andrea se alejó de ellos, con el tiempo justo para no perder el avión, aún cruzaron una nueva mirada en la lejanía. Una mirada que la excitó.

Joan le dijo a Carmen durante el vuelo que prefería que no se llamasen, que sería mejor que no se vieran, sin responder a la intriga de Carmen que le preguntó por qué, haciéndose la ingenua. Y como no podía haber nada mejor que la prohibición infundada para crear los hilos de curiosidad que tejen los deseos, aquel veto fue tan efectivo como la luz prometedora que nació de la mirada interesada de Andrea.

Y el lunes, a media mañana, telefoneó.

Quedaron para ir al cine Verdi a ver *Al cruzar el límite* porque Carmen dijo que le gustaba Hugh Grant. Llevaba el pelo suelto y brillante, una minifalda negra, pantys también negros y un jersey de cuello vuelto gris, o verde otoño, u ocre, Andrea ya no se acuerda. Pero recuerda que el pelo le olía a champú para niños, el cuerpo al perfume dulzón de Jean Paul Gaultier y la sonrisa a trastada infantil o a bosque cuando empieza a amanecer. Todavía podía oler el aroma de un jabón amaderado con el que se acababa de lavar las manos. Andrea no pudo ver la película; sólo tuvo tiempo para respirarla durante hora y media. Y a la salida se probaron faldas largas, sombreros de fieltro y pantalones de cuero en el Bulevard Rosa; se miraron sin prisa, hicieron aspavientos mostrándose trozos de escarapate que carecían de interés y gesticularon con las manos y con los ojos sin motivo, pero hubo pocas palabras, ninguna en realidad que se asomara descarada a los balcones de sus labios. Tampoco compraron nada de lo que se probaron. Lo único que compró Andrea fue una muñeca de porcelana vestida de colegiala que le regaló a Carmen y ella, mientras le daba las gracias, esbozó una sonrisa en la que Andrea no creyó ver ninguna intención; pero luego la regañó porque no tenía que haber gastado tanto dinero. Cuando Andrea le repitió que era muy guapa, poniéndole la mano en la cadera para que la sintiera cálida, cercana y suya, la seriedad se asomó a la cara de Carmen, una seriedad llena de significados. Se acercó a Andrea, la besó en la mejilla con suavidad y le susurró al oído que hacía mucho tiempo que nadie le decía algo así y que le gustaba que ella lo hiciera. Pudo haber sido un beso rápido, de agradecimiento, pero fue más lento, como repetido, reafirmado después de la primera levedad del roce, reiterado porque antes de separar los labios volvió a posarlos, presionando otra vez, más despacio. Aquello no era sólo un beso y Andrea se hizo de nieve frente al sol, los temblores le empezaron por los muslos y se quedaron a vivir el resto de la tarde en su pecho, justo al lado del corazón.

Fue en el coche de Carmen, camino de casa, cuando Andrea se atrevió por primera vez a acariciarle la parte interior del muslo, con suavidad, para no espantar el pajarillo que acaso podía desconfiar en su mente. Fue un atrevimiento excesivo por su parte, ahora lo comprende, un riesgo demasiado alto porque podía haberla rechazado preguntándole de qué iba o haberle dado una bofetada, sin más; pero ahora no sabe lo que pasó, debió de ser su mente, que se nubló, o el deseo, que venda los ojos. El temblor de su pecho. El caso es que Carmen hizo como que no se daba cuenta y se dejó hacer, sin parar de hablar de Sean Connery y del modelo de Armani, de Nacho Duato y de Richard Gere, de ellos, siempre de ellos. Parecía tener necesidad, o urgencia, de demostrar que le gustaban los hombres, sólo los hombres, o tal vez lo que intentaba era que el juego de espejos huidizo de su apariencia no reflejase su entusiasmo; pero la realidad fue que todo su discurso se hizo de humo cuando, llegando al portal, antes de bajarse, Andrea tapó sus labios con los suyos y la besó despacio, con el mimo de una sábana al caer. De nuevo se dejó acariciar, tampoco hizo

ningún comentario sobre el beso que se dieron, porque ella también la besó con ansia, y, sonriendo otra vez, miró el reloj, fingió escandalizarse por lo tardísimo que era y afirmó que tenía que ir a preparar la cena de los niños. Un beso, había sido sólo un beso corto, apresurado, deseado, al ritmo de la prisa y del ansia, un beso buscado por Andrea y deseado y ocultado a la vez por Carmen, pero atrevido, exageradamente atrevido para una primera cita, todavía Andrea se asombra de que aún así fuese posible, pero lo fue.

También a veces se producen los milagros.

Quedaron en volver a verse. Carmen llamaría.

La noche está en calma como un estanque bajo el sol en el que los peces de colores contienen la respiración y asoman sus cabezas sin temor a la captura. Se afila el frío, se agudiza el silencio -ya se puede oír-, se acortan cada vez más los ecos de sus pasos. Barcelona está dormida, se han acabado los prodigios, y Andrea camina cada vez más deprisa para no sentir la pereza en los pies ni las ganas prematuras de volver a casa. El tubo de escape de una moto de quinientos centímetros cúbicos la obliga a volver la cabeza, sin sorpresa, como si en el Zoo hubiese oído el rugido de un león al fondo de una jaula inmensa. Le resultan familiares las calles por las que ahora se está adentrando: San Miguel, Séneca... Pasa por delante de Member's, y revive recuerdos de suciedad, de bar de camioneras disfrazadas de señoritas que se convierten en compañía de parejas heterosexuales que van a seducirlas por una noche... Sin mirar la puerta cerrada, cambia de acera y se detiene ante la puerta entreabierta de Bahía, entrañable, minúsculo, de paredes rojas y luces de bar de carretera, los botelleros adornados con lucecitas de árbol de navidad, el techo entrecruzado por hileras de bombillas de colores como de fiesta de pueblo, o de barriada popular. Sigue el mismo camarero cariñoso, la dueña llena de bondad, la gente sin pretensiones ni miedos que bebe cerveza y habla en voz baja, y allá al fondo, siempre al fondo, la imagen inolvidable de Montse y Laura de la mano, besándose, besándose con prisa, ¿para qué hay que respirar mientras se besa?

Un segundo: entrar y salir. Andrea continúa el paseo. Tal vez debería quedarse a saludar a los viejos amigos, a tomar una coca-cola y a recordar a Elisa para intentar olvidar unos momentos a Carmen; pero no lo hace. Elisa Sentís. Elisa era anarquista, vitalista, depresiva y diez o doce cosas más, cada una de ellas tan contradictoria con las demás que hasta ella se reía a veces. Como feminista trataba a todas horas de implantar un nuevo matriarcado en el mundo, un matriarcado en el que Andrea no tenía cabida, decía, porque era demasiado sensible para ejercer el mando, cualquier tipo de mando; pero como anarquista sentía el deber de respetar al individuo, fuese del sexo que fuese. Se deprimía si a su alrededor alguien hablaba de paz; decía que ese era un concepto pequeñoburgués inventado por la clase dominante para continuar la opresión de los débiles sin nada que temer. Lo que a ella le gustaba de verdad era la violencia, aunque no hubiera sangre por medio, y se negaba a ir a París, una ciudad tomada, aseguraba. "Pero, ¿tomada por quién?", le preguntaba Andrea. Y entonces Elisa se encogía de hombros y le pedía opinión sobre algo que le daba vueltas por la cabeza: si poniendo una buena bomba en la plaza de Sant Jaume

se podrían destruir a la vez los edificios del Ayuntamiento y del Palau de la Generalitat. Salvo el amor y las bombas, todo lo demás era, para ella, realidad virtual. Fue una de las mejores amantes del mundo hasta que se fue a vivir fuera, a París, naturalmente, con una argentina rubia con lentillas, desde donde envió una postal de la torre Eiffel, el símbolo fálico más conocido del mundo. Andrea le contestó con otra postal de la torre de Pisa en la que escribió al dorso que no temiese, que como se podía ver los falos se estaban desplomando solos, incluso alguno ya se inclinaba, rindiéndose.

Cuando recuerda a Elisa, a Andrea se le dibuja una sonrisa en los labios. Ahora también le ocurre, pero de repente se le congela porque de nuevo Carmen lo invade todo, no hay manera de esquivar su recuerdo. Carmen era periodista, trabajaba en los servicios informativos de TV-13 y tenía que desplazarse a los estudios de Sant Just Desvern sólo por las mañanas, salvo los sábados, porque hacía jornada de mañana y tarde. Y por la naturaleza de su trabajo podía ausentarse de la redacción siempre que lo desease, sin dar excusas, algo sobre lo que bromearon muchas veces.

Se vieron dos veces más para tomar un café apresurado en Gràcia, y en ambas ocasiones sólo habló Carmen, de Loewe, del atardecer naranja de Lisboa, de la bisutería de lujo que le gustaba ponerse, del frío de Milán cuando estuvo allí con Joan, de ponerse pantalones vaqueros bajo el abrigo de visón y de Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*. Andrea la veía llegar con los ojos llenos de risa y la miraba irse con desesperación, y Carmen se marchaba erguida porque lo sabía. Carmen nunca volvía la cara al irse porque notaba que Andrea la estaba mirando y le gustaba. Lo tenía que notar.

El miércoles volvieron a quedar para ir al cine y Andrea le dijo que antes se pasara por casa, que quería enseñársela e invitarla a tomar una copa. No dijo que no, pero tampoco lo aseguró: "Depende de cómo vayamos de tiempo", dijo Carmen; la sesión de la sala 2 del cine Casablanca era a las siete y media y no sabía de cuánto tiempo dispondría. Pero a las seis ya había llegado y antes de las ocho habían hecho el amor.

Seducirla fue, para Andrea, un aprendizaje sencillo. Los sentimientos son universales, pero cada persona tiene una manera única de reaccionar a los estímulos externos. Andrea se dio cuenta de que decirle lo guapa que era dibujaba sonrisas en sus labios y relajaba las defensas instintivas que ni ella quería interponer, y también comprobó que carecía de pudor. Cuando le preguntó si tomaba el sol desnuda, le contestó que sí, y al pedirle que le enseñase su cuerpo bronceado dijo que ya estaba blanca, cómo iba a estar en febrero, pero se abrió sin dudas la blusa y se bajó el sujetador mientras se miraba para recordarse. No rechazó sus caricias, sólo rió nerviosa con una timidez falsa cuando Andrea le pidió que se quitase el sostén mientras, sin esperar a que lo hiciese ella, se lo quitaba y posaba los labios sobre su pecho, con cuidado, para no espantarla. Todo lo que dijo Carmen fue que no fuese *tan lista* y que se desnudase ella también, que quería verla. Lo demás fueron jadeos impúdicos por su parte y besos sin límite por parte de Andrea.

"Espera. No vayas tan deprisa", tuvo que decirle en un momento, cuando las manos atropelladas de Carmen quisieron abarcarlo todo sin reposo, pretendiendo estar a la altura

de los dedos de Andrea, seguros, precisos, experimentados. Le besó los muslos mientras la quitaba los zapatos, arrodillada ante Carmen, que la acariciaba el pelo y reía y suspiraba, echando la cabeza hacia atrás y apretando la de Andrea, entregada a una excitación exagerada desde el principio. Los besos fueron lo mejor, pronto se acostumbraron a marcar el paso y a coincidir en la intensidad y en el cruce de sable de lenguas; aunque siempre los terminaba Carmen. Y las palabras sólo las pronunció Andrea, "deja, ahora déjate hacer, cierra los ojos, no pienses en nada, sólo en sentir, déjate, cierra los ojos y deja abiertos los labios, los muslos, así, así, despacio, despacio... Espera...". Andrea se desnudó cuando los muslos de Carmen ya estaban mojados, y Carmen, aunque se sintió obligada a mostrarse también cortés, no tardó en hacerle caso y en dejarse hacer, para seguir disfrutando. Hasta que se quedó rígida. Se sacudió en dos o tres espasmos contenidos, invocó a Dios en un grito y se quedó sin fuerzas sobre la piel de Andrea, rebuscándole el alma cada vez con menos intensidad.

Andrea cree ahora que aquella primera vez disfrutó más que ella. En cambio no recuerda si iba maquillada. Cuando la conoció acostumbraba a pintarse, luego ya no se maquilló casi nunca.

Se quedaron en la cama, sin mirarse, acariciándose, con los ojos cerrados, caminando sus cuerpos con la yema de los dedos como escribiéndose mensajes cifrados en la piel, intercambiándose códigos genéticos para conocerse en lo más insondable. Hasta que Carmen se incorporó, salió de la cama y se fue al cuarto de baño sin decir nada. Tardó en vestirse, después de ducharse, mientras Andrea la esperaba desnuda sobre la cama. Salió con el pelo recogido en lo alto con una pinza de carey, hablando sin parar de sus hijos, que empezaban a hacer gracias infantiles que le parecía necesario relatar. Su cuerpo olía a vapor y a gel de baño de Orlane. No se negó a repetir besos y caricias, esta vez sin deseos de hacer el amor, sólo de intercambiar retales de ternura, y siguió hablando de ella, de los niños y de Joan. Y repitió que le gustaban los hombres, sin necesidad.

Cuando Carmen se fue, la noche se quedó cerrada y húmeda. Suspiros de viento se hicieron juegos y arrumacos más allá del ventanal del dormitorio, aún perfumado por las huellas de su presencia. Un viento que sólo se oía a veces, como una respiración incompleta pero profunda. Eran los ruidos de siempre, repetidos desde que era niña, el rumor del mar, recuerdos de infancia, no de lluvia ni de árboles como era lo natural. Desde aquel día, cuando Andrea oía el motor del ascensor, fuera al piso que fuese, siempre pensaba que era ella quien venía. No le daba tiempo a razonar, sólo la veía, la oía, viniendo. Eran segundos, siempre esos segundos que le hacían soñar que venía, como si viniese de verdad. Andrea piensa ahora que le hubiese gustado tener una mirilla en cualquier lado, por ejemplo en la palma de la mano, para haber podido mirar por ella y abismarse a su mundo. Aunque lo más apasionante hubiera sido deslizarse en su cabeza durante una milésima de segundo para saber qué pensaba de ella; una milésima de segundo como ésa en que la oía venir, y la veía, pese a que fuese sólo una falsa ilusión, como todas las ilusiones.

Cuando la conoció, los días se sucedieron sin angustia, sólo enmarañados en el placer de las caricias, construyendo un amor que se iba haciendo de roca en ella y en Carmen de indiferencia, de hielo; al menos así lo imaginaba Andrea en el duermevela de cada noche. Y sin embargo aquel hielo no se deshacía. ¿Qué estaba sucediendo?, se preguntaba desconcertada. ¿Por qué le hacía creer que la amaba, que se sentía bien a su lado? Carmen sólo decía, de vez en cuando, entre besos y saliva, que no fuera a creerlo, que ella no era así, que lo que le gustaba era los hombres. ¿Tan grande era la vergüenza sentida que le obligaba a mentir incluso en los precipicios del espasmo? Porque Andrea sólo quería transmitirle la apacible sensación de la naturalidad, pero ahora cree que nunca lo consiguió.

Tampoco le importó saber que jamás fuesen a vivir juntas: con tener una parte de ella, con saber que Carmen estaría a su lado unas horas al día, dos o tres veces a la semana, le bastaba. Se lo dijo entre lágrimas de placer, abrazadas frente al incendio de la chimenea de su habitación en aquel parador de Huesca, viviendo nieves y fugas. "Déjame ser el valium de tu vida", le dijo Andrea, y desde entonces sólo vivió para ser su viernes por la noche. A sus pies, mirándola, admirándola, Andrea encontró su sitio. Sólo quería que la dejase estar siempre así, mejor si ni siquiera se daba cuenta de que estaba. Después copió el párrafo de un libro y clavó el papel con una tachuela en su corcho: *La persona amada nos parece infinitamente cercana y, a la vez, infinitamente distante. Entre todas las personas nos es la más querida. Sin embargo, la vemos como una meta incognoscible e inalcanzable. Si nos ama, no es porque lo merezcamos, sino por una especie de milagro. Su amor es una gracia. Esta misma persona es portadora de una potencia extraordinaria que nos maravilla, que nos parece increíble. Como un sueño que podría desvanecerse.*

Vinieron otros días, otras citas y otras películas que no vieron porque se quedaron a revolver las sábanas de la cama. Carmen evitó tardes de trabajo y Andrea se escapó tantas veces para verla que algunas llegó a temer por el suyo. Dos amores diferentes: uno disimulado, el de Carmen; el otro apasionado, el de Andrea. Carmen se reía y se escandalizaba cuando Andrea le decía que no las habían enseñado que el verdadero amor era sentir pisoteados el orgullo y la dignidad si con ello podían conseguir que su pareja fuera feliz, y luego cerraba los ojos de placer para decir que no era nada en comparación con ella, que tenía que agradecer que le permitiera estar enamorada. Y entonces, Carmen cerraba también los ojos, la acariciaba y le besaba la frente, y la barbilla, y la línea de los hombros, mientras le decía que iba a perfilar su ombligo con su lengua, que iba a dibujarle con saliva la columna vertebral, que iba a devorar su sexo y hacerle sentir un terremoto en el vientre. Qué diferentes eran de esas personas que creen que si no las respetan las ofenden, piensa ahora Andrea, que sólo conciben la pareja en la posesión, que hacen de su vida un presidio en el que los celos son perros de lo que una vez fue llamado amor y después no es nada más que costumbre. "Nuestro amor no tenía carceleros", se repite casi en voz alta, y el eco le devuelve un susurro en el silencio de la noche: "...ella sabía que yo no me iba a escapar jamás, que esperaría cuanto fuese necesario hasta que viniera, o hasta que me llamase por teléfono, o hasta que recibiera una carta en la que me dijese que siguiera esperando hasta que viniera o hasta que me llamase por teléfono."

Andrea vivía entregada a Carmen mientras en el estudio crecían y se amontonaban mil diseños de escaparates y decoración de locales nocturnos de copas y de terrazas de verano. Febrero era un mes de espera primaveral y florecían los almendros, el ansia renovadora y el acné, fatiga de un invierno que se hacía viejo pero no acababa de morir. Se apretó el horario de un modo asfixiante, pero Andrea, como un apóstol en apuros, hizo todos los milagros necesarios para poder liberar cada una de las tardes que Carmen quiso apilar para pasarlas juntas. Sólo Damià ironizaba sobre el exceso de ausencias y decía que iba a reivindicar su horario, sin motivo, porque la verdad era que a lo largo de la semana Andrea trabajaba por lo menos diez o quince horas más que él, y todo el mundo lo sabía en el estudio. Pero Damià aprovechaba aquellas fugas de sobremesa, cuando recibía una llamada de Carmen, para ponerla en evidencia, lo que Andrea tuvo que cortar de raíz una tarde de rabia que no quiso contener, enfrentándose a sus ojos guiñados y comparando en la reunión de fin de mes los objetivos, horarios y productividad de ambos para que se callase de una vez. Avergonzado sin admitirlo, intentó una gracia como escudo de humo, invitándola esa noche a cenar con la condición de que se pusiera minifalda, algo que Juanjo no le recriminó aunque sintiera arañazos en los ojos por la forma en que Andrea lo miró.

Para huir de aquellas miradas de Damià, Andrea estaba obligada a usar pantalones, cualquier falda podía ser interpretada como una provocación a su bragueta, y en las reuniones de empresa tampoco podía desabrocharse el primer botón de la camisa, ni mucho menos prescindir del sostén. Era asqueroso sorprenderle rebuscando ángulos y esperando descuidos para no ver nada en las ranuras del escote, sólo para encontrar una bocanada agria de asco en los pliegues más profundos de su garganta; Andrea no podía creer que aún quedase alguien así. Nunca se ponía falda porque se cansó de oír comentarios cada vez que se la ponía, y además porque la falda era algo así como una frivolidad. Si de por sí era difícil que en un ambiente laboral cerrado, tiranizado por la idea de la masculinidad, la trataran en serio y la respetaran, cuanto más se diferenciara de sus cánones menos posibilidades tenía de que la viesan como a un compañero, como a una profesional. Los pantalones eran la única salida para no sentirse presa de un millón de confusiones malditas.

En febrero se amontonó trabajo sobre trabajo, pero estuvo siempre dispuesta cuando sonó el teléfono. Fue Carmen quien tuvo mayores problemas con las escapadas: los niños cayeron enfermos de gripe uno después del otro, y no hubo modo de aliviar el terror de que, con tanta desinformación en los medios de comunicación, pudiese tratarse de una meningitis, porque la epidemia de miedo se extendió sustituyendo a la que no existió de la enfermedad; ni tampoco hubo manera de convencer a Joan de que se quedara en casa, cuidándolos. En febrero se vieron poco pero tan intensamente que Andrea terminó por convertir en verdad la idea de que nunca encontraría a nadie como ella, que estaba tan pegada a su piel que ya no podría desprenderse jamás. A su lado, cada día era Navidad.

Montse y Laura. ¿Por qué, de repente, se asoman a su memoria el rostro severo de Montse junto al de Laura, siempre sonriente? Quizá porque a Montse nunca le gustó Carmen, aunque por respeto, o porque su carácter fuera así, no se lo dijese. Ellas eran las únicas amigas con quienes se podía desahogar cuando se rebelaba en el estudio y sus tripas pedían venganza retorciéndose en hidras de rabia. Un día Andrea les preguntó cómo conseguían vivir sin sentirse agredidas, cómo hacían para poder pasear de la mano sin que los ojos de la gente les hiriera, y ellas se miraron y sonrieron burlonas. Cuatro años de vivir unidas desafiando al mundo les había dado la serenidad necesaria para contemplar la puesta de sol sin temor a las tinieblas, ni la lejanía de la luna sintiendo soledad. Eran fieles a sí mismas y no se culpabilizaban por ello; en realidad, se eran fieles también entre ellas porque, cuando en otro tiempo se acostaron con Andrea, cada una por su lado sin decírselo a la otra, lo tomaron por una infidelidad menuda en la fidelidad eterna que se prometieron sin palabras, el ensanche de un círculo que apenas se había abierto, una sombra más en el armario de sus vidas. Andrea les preguntó qué hacían para ser libres y sonrieron, mirándose con complicidad: "Ellos creen que somos amigas, ¿acaso no es normal que dos amigas vivan juntas, o vayan de la mano? Así se desentienden". Y le dijeron: "El miedo lo tienes tú, porque crees que piensan lo mismo que tú estás pensando."

Montse y Laura parecían entenderse muy bien. A Andrea se lo pareció siempre cuando las veía en su casa, aparentando no atenderse, ni mirarse, ni cuidarse, pero con las orejas disparadas, como lebreles, si al aire se escapaba una frase ambigua o equívoca, o una mirada comprometedor, o un gesto sin definición. Protegían su territorio con naturalidad, pero sin descuidos. Y se entendían porque se sentían seguras, porque sabían que el mañana no amanecería entre sorpresas para ninguna de las dos mientras tuvieran la forma de decirse lo mejor y lo peor de lo que les pesaba en la vida.

Tan distintas, tan poco libres, Carmen y Andrea seguían viéndose en la oscuridad, en el secreto, a la sombra de cuantos las conocían. Ella explicó, sin necesidad, que ocultaba a sus hijos y a Joan el amor que había encontrado, robándoles un tiempo que repartía con ella; y Andrea, que con nadie tenía que dividir las horas, ocultó a todos que se deshacía en vida porque a su alrededor no hubiesen comprendido esa clase de amor. Carmen dejaba pasar cada vez más tiempo sin decir que le gustaban los hombres y, aunque tampoco reconocía que le gustaban las mujeres, también, cada vez con mayor frecuencia, le decía que sus labios eran suaves, que jamás había disfrutado con nadie como disfrutaba con ella y que estaba segura de que la quería. Decía que la quería, y la noche que lo hacía, a Andrea se le olvidaba dormir.

Pronunciaba su nombre, Carmen, con miedo y ella pronunciaba el suyo, Andrea, con frialdad. Casi siempre la llamaba "niña": cuando se dirigía a ella por su nombre era porque ese día no se iban a ver. No es que a Andrea le escandalizaran sus noches cuando la imaginaba entre los brazos de Joan; lo que le aterraba era no verla. Comprendía que Carmen tenía otra vida, un universo formado por una familia, un trabajo y una casa en la que ordenar la ropa y embellecer las luces de los dormitorios, pero si no oía su voz diciéndole que ese día no se verían se le cerraba el estómago y creía perder el control. Llegó a darle miedo aquella locura; pensó que lo mejor para las dos era dejarlo, pero sólo pensarlo la ponía enferma. Sin ella no sabría vivir. Y seguir a su lado era injusto, era pedirle demasiado.

Pasaron dos meses hasta que Andrea creyó tener domada la mayoría de sus sentimientos. Hasta entonces había llenado la casa de fetiches, dormía con una fotografía de Carmen sobre la almohada, en el lado que se recostaba ella, y le mandaba flores a su trabajo, con notas sin firmar en las que escribía pequeñas cosas: *Es la mañana de otro día y sigo teniendo la vaga idea de que esto no puede ser así. Que obedece a un plan que alguien como tú ha trazado para que yo crea que el mundo es la fantasía que uno quiere. Esa idea del mundo que tenía cuando era niña, sólo la tengo contigo.* O le hacía llegar, envuelta en papel de periódico, una de sus camisas de seda azul, que alguna vez había comentado que le gustaba, con una tarjeta escrita a mano: *Hoy tampoco me apetece levantarme, vestirme, salir. Preferiría estar aquí, quedarme a esperarte. Sólo se entiende que me cueste tanto levantarme por ti. Tengo que pensar que vamos a poder vernos o que me vas a llamar. Si no, no me levanto. Gracias por telefonar anoche. Fue como dormir contigo.* O escribía en los bordes de una tarjeta postal que fotografiaba un lugar de Barcelona por el que habían pasado juntas, o en el que habían estado: *Cuánto me cuesta abrir los ojos y caminar mientras pienso aún en lo que estaba soñando. Te quiero. En los sueños y en el silencio también.*

Fue tanto el amor que sintió, tanta la dependencia de la droga de su presencia, que para Andrea no era un deber sino un placer obedecerla. En lo más pequeño o en lo que menos le podía importar a Carmen. Ahora recuerda que con un carmín de labios escribió una frase absurda en el espejo del cuarto de baño: *He dormido bien, como tú mandaste.* Después la borró antes de que pudiese leerla.

Andrea estaba segura de que Carmen la quería, pero no se atrevía a pensar en ello porque la posibilidad de que no fuese así levantaba oleajes de ansiedad en su estómago y la obligaba a mirar a hurtadillas la fotografía de Marta, en la que había refugiado sus temores durante tanto tiempo, pero que no había vuelto a mirar desde que la había conocido. Quería creer que Carmen la quería, pero en lo más profundo de su ser se revolvían preguntas razonables para las que no tenía respuesta. Además, las preguntas, una vez que se han asomado a la cabeza, ya no se desvanecen, no desaparecen. Son tercas, se quedan a vivir ahí para siempre, se instalan en el cerebro con una máquina taladradora para ponerla en marcha si otras preguntas menos importantes pretenden ocupar su sitio. Andrea se vio invadida por la gran pregunta y ya no pudo desalojarla de su isla: Carmen tenía dos hijos de corta edad, a los que algunos días apenas veía para poder estar con ella, y también a Joan, su marido, que alguna vez le había parecido un hombre tierno. Con tantos afectos en casa, no era fácil comprender qué podía aportarle que no tuviese ya. Los pequeños, ahora cree recordar que tienen cinco y seis años, o cuatro y cinco, necesitaban una madre que los despertase entre gritos, los vistiera y les ayudase después con los deberes de la escuela, esa ayuda que consiste en dejar que muestren sus dibujos y se les diga que están muy bien para que vayan forjando una personalidad firme en la seguridad; y llevarlos a comprar ropa 0-12 a Benetton y juguetes de los que se anuncian en televisión, a ver *El jorobado de Nôtre-Dame* y a visitar al médico para que los pese y los mida o les pinche cuando se cumplen las fechas de las vacunas obligatorias. Carmen trabajaba por las mañanas, de noche tenía que bañar y acostar a sus hijos, además de estar en casa a la hora de cenar por si a Joan se le ocurría

llegar a tiempo para ver el noticiero de las nueve si no estaba reunido con alguien de la misma forma en que lo estuvo con Andrea durante un mes y trece días. Con esa manera de llenar una vida, con tantas obligaciones, Andrea se preguntaba si no era un verdadero milagro que dispusiera de dos tardes a la semana para verla, y un portento aún mayor que le apeteciese robar horas a lo que ya tenía para malgastarlas con alguien como ella, que, a su entender, bien poco podía ofrecerle.

Pero Andrea no estaba preparada para responder esas preguntas cuando revoloteaban como ideas de plomo y prefería no atender su presencia aunque persistieran en repetirse una y otra vez. Todo iba tan bien entre ellas, era tanto el placer compartido en el hecho de permanecer juntas, en el silencio o en la caricia, en la lejanía del mundo real, que ni ella hacía preguntas ni pedía a Carmen que diera respuestas. A Andrea le bastaba con amarla y con creer que ella la amaba también, aunque fuese a su forma, un modo que ahora piensa que tenía mucho más que ver con la satisfacción de su necesidad sexual que con una pasión que nunca debió emparentar con el amor que sentía por los suyos, entre los que ella no estuvo nunca. Y se conformaba con oírle hablar de sus cosas, del precio del besugo en Navidad, de una boda famosa fotografiada en el *¡Hola!*, de un perfume de once mil pesetas el frasco más pequeño o de lo cursi que era esta o aquella amiga suya con la que, a pesar de lo cual, cenaba en L'Oliana todos los sábados en compañía de otros matrimonios, compartiendo hipocresías estudiadas y besos al aire en los saludos y en las despedidas.

Carmen era una mujer hermosa, excitante, reposada y quieta, pero ahora se da cuenta de que nunca le hizo sentir de verdad que alguien le importase más que ella misma. No malgastaba palabras mientras sentía y jamás hablaba de sexo; de hecho procuraba desviar la conversación cuando Andrea empezaba a hablar de pasiones y de goces sensuales. Tampoco hablaba de Joan, su marido, pero sus hijos era algo a lo que volvía siempre que le parecía que Andrea iba a hablar de cosas de las que no quería opinar. En la cama prefería que Andrea le hiciese disfrutar a esforzarse por satisfacerla, repitiendo que ella no sabía y que alguna vez tendría que enseñarla, pero no era pudorosa a la hora de exagerar gemidos ni palabras cuando estaba gozando como Andrea sabía hacerla gozar. Por la noche, en la soledad de su dormitorio, a Andrea se le multiplicaban las dudas: no sabía si lo estaba haciendo bien o no, no sabía nada de nada, quería creer que acertaba pero no podía estar segura; la confusión se hizo un hueco en ella y desde entonces nunca la zozobra echó a volar para irse del todo, aunque también fueron muchos los momentos en los que creyó estar segura o, al menos, quiso creer que lo estaba.

Y tantos fueron los pensamientos que se enquistaron en su mente que dos meses después de haberla conocido, antes de terminar marzo, se topó de lleno con la realidad y el golpe no le dolió, sólo le hizo descubrir que hasta entonces era extrañamente feliz porque sus estremecimientos eran sólo suyos, que no era generosa porque parecía incapaz de compartíroslos, como desde pequeña había tenido dificultad para hacer públicos sus sentimientos y sus temores, para compartir la necesidad de ser amada también, y, en compensación, se entregaba de un modo absoluto, total. Andrea también tenía que amar a

Carmen poco a poco, serenamente, sin turbulencias, como Carmen aseguraba que la amaba. Y aunque le costase, tenía que compartirla con el trabajo, con esa vida anterior que en los últimos meses no había vivido porque se había encerrado en la fragilidad de una ilusión nueva y en la duda irresoluble de una mirada curiosa.

Porque, con tantas preguntas y dudas, de repente descubrió que tampoco sabía nada de ella. Carmen decía que la quería, lo repetían sus miradas y sus palabras pequeñas, pero no había razón para pensar que fuese verdad: era posible que estuviese jugando con fichas de *monopoli* mientras Andrea se arrancaba las suyas cada amanecer de las venas, secándose día a día. Llevaba demasiado tiempo encerrada, había echado el pestillo por dentro porque así creía conservar a alguien que, al fin, la quería, pero ese descubrimiento le decidió dar un nuevo giro a sus sentimientos para que fuesen más maduros, más adultos, menos primarios. Pensó en proponerle que a partir de entonces se vieran también en la calle, que quedaran a tomar café en el puerto y salieran a ver los escaparates de las tiendas, como dos amigas, como Montse y Laura, como dos amigas del alma que era lo que debían ser. No podían seguir volando a ciegas en las noches sin luna; en realidad, no tenían nada que ocultar. Al menos, eso fue lo que pensó entonces y lo que se repite ahora esperando que el semáforo se ponga en verde aunque no se vea ningún vehículo en la ciudad.

Se lo dijo y Carmen la miró con extrañeza, como si le hubiese propuesto subir en bicicleta Les Arcs o hacer un viaje a la India en autobús. Estaban tendidas en el sofá, mirando sin ver la televisión, con el mando en su mano, la de Andrea en la suya, y pareció no entender lo que le estaba diciendo. Preguntó por qué tenían que salir, con lo a gusto que estaban allí, y Andrea explicó que harían siempre lo que ella quisiera pero que creía que a su lado se aburría y que, si le apetecía, podían ir a algún sitio, al cine, o a ver escaparates, o a tomar algo en el Café de la Ópera. Entonces Carmen dijo que si lo que sucedía era que se aburría, lo dijese con claridad y no intentara confundirla, y volvió a mirar la televisión. Sin saber qué decirle, disgustada con ella misma por no haber sabido expresar lo que quería, por ella, calló, se acurrucó entre sus piernas y cerró los ojos, como mejor estaba.

Tampoco se atrevió a decirle que dormía abrazada a la almohada, a esa almohada donde su cabeza había reposado tantas veces. Que conservaba su olor, y aunque no hubiese sido así, lo habría inventado. Que dormía abrazada a esa almohada donde ella había dormido alguna siesta, nunca por la noche porque nunca había podido pasar una noche con ella, pero no le importaba. Bueno, no era eso, no es que no le importase, ojalá lo hubiese podido hacer, pero sabía que no podía y se conformaba. Le hubiera dicho que la amaba porque se conformaba, pero tampoco se atrevió. Por nada del mundo quería que tuviese problemas. No se sentiría bien sabiendo que por estar con ella se anudarían en su casa, con sogas anchas de marinero, preocupaciones a preocupaciones. La amaba tanto que podía renunciar a ella cada día, le bastaba con que supiese que alguna vez, cuando ella quisiera, sería una ráfaga de brisa en la tormenta de sus pensamientos, una vaga idea de mujer que había nacido para ser suya.

Ahora recuerda a Carmen, en la noche, cuando ya ha ido tan lejos que inicia el camino de regreso a casa, y no puede evitar que un escalofrío le sacuda la espalda. Tiene ganas de orinar pero no sabe dónde puede hacerlo. No hay bares abiertos, no hay adónde ir. Las luces de los escaparates están apagadas, son tiendas de zapatos, de sanitarios, un

concesionario de coches, una ferretería, un cierre metálico que esconde un taller mecánico, grasiento y sucio, hasta el trozo de la acera está marcado por huellas de neumáticos y de grasa, una tienda de muebles de cocina, otra de zapatos, una mercería. Y en la acera de enfrente igual, tiendas y escaparates, apagados, dormidos. No hay ninguna luz, hasta la farmacia de allá abajo tiene fundida la lamparilla que ilumina el cuadro donde informan de las farmacias de guardia ese fin de semana. Debe de ser más de la una de la madrugada, hace mucho más frío aunque puede que no sea verdad, que sólo se lo parezca porque tiene ganas de orinar y cuando las tiene lo siente más intensamente. Procura olvidarse de su vejiga, acelera el paso, y cada manzana le parece más corta que la anterior; está yendo demasiado deprisa y la respiración empieza a ser agitada. Como cuando estaba pegada a Carmen, enredada a ella como una hiedra. Su aliento siempre era limpio, su aire fresco, su olor un perfume con el que se embriagaba en la noche, cuando se aferraba a la almohada, para no sentirse sola. Carmen era una mujer entera, de ojos de sal y cuerpo de calefacción, sería como un torero en la plaza, pero tan viva que en su piel los poros no respiraban, eran géiseres de sexualidad. Con cara de andaluza guapa, morena de pelo y perezosa de mirada y de manos, se estrechaba contra la espalda de Andrea como si fuese su última esperanza, o como si la quisiese de verdad. Pronunciaba su nombre y Andrea le contestaba con una pregunta: "¿Qué?"; y entonces Carmen no decía nada. Le volvía a preguntar qué quería y entonces decía que nada, que se le había olvidado. Mirarla era como asistir a un eclipse.

"¿A dónde quieres ir?", le preguntó Carmen al cabo de un rato, como si hubiese necesitado el paso de una eternidad para descifrar lo que Andrea le había propuesto. "No me parece que deba andar exhibiéndome por ahí contigo", dijo en un tono que la hirió, como si un cuchillo hubiese sajado lo más pulcro de sus intenciones. Añadió que parecía mentira que no comprendiese que ella no era libre, que era una mujer casada y que no podía dar motivos para las murmuraciones. Entonces, Andrea le preguntó, ahora cree que de un modo impertinente, si acaso pensaba que llevaban en la frente un cartel anunciando que eran amantes, y ella se desentendió. "Deja, deja...", alejó el aire con una mano. "Parece mentira que no sepas que la gente es muy mal pensada".

Pero fueron al Café de la Ópera la tarde siguiente. Y juntas leyeron revistas de moda, comentaron estilos de decoración y repasaron, sin atención, media docena de noticias políticas. Discreparon en todo, pero no se lo dijeron: cuando se miraban a los ojos sólo eran dos mujeres que no podían explicar a nadie que se amaban, cómplices de un secreto imposible de revelar.

A veces Carmen se quedaba mirando al infinito; algo revoloteaba los adentros de su cabeza, y hasta saber qué era guardaba silencio y componía el puzzle pieza a pieza, esperando visualizar el dibujo de la pregunta completa. Entonces miraba a Andrea fijamente, permanecía callada un par de segundos, como dos siglos, e interrogaba después con el dedo índice por delante. Aquel día preguntó: "¿Cómo supiste que eras así, ...lesbiana?" A Andrea le sorprendió tanto lo estúpido de la pregunta que no supo qué responder; sólo dijo que su madre la había llevado dos veces al psicólogo. "¿Dos veces para descubrir que eras lesbiana?", rió Carmen. "No. Dos veces para que lo descubriese ella", respondió Andrea. Y luego, llevándose la taza a los labios, respiró hondo y le tomó la mano: "Mi madre me llevó a dos psicólogos cuando se enteró: tenía diecisiete años. Uno de ellos,

un gigante barbudo que usaba gemelos en los puños de la camisa, sin hacer preguntas se limitó a diagnosticar que se trataba de una confusión de adolescencia. Aseguró que se me pasaría pronto porque era un trastorno del crecimiento que se corregiría solo en cuanto conociese un chico." Carmen se alejó de las caricias de Andrea y miró a un lado y otro: se tranquilizó al comprobar que nadie las estaba observando ni las podía oír. Después volvió a mirarla. "El otro, un buen tipo porque al menos hizo como que se interesaba por lo que decía, intentó explicar a mi madre que tenía que respetarme y permitirme optar con libertad por la manera en que iba a vivir. Le dijo que si así era feliz, cada cual tenía derecho a buscar la felicidad a su manera y además le preguntó que qué prefería: que fuese feliz o que me convirtiese en una desgraciada por no ser aceptada tal como era." Carmen la miró de un modo que a Andrea no le gustó. Sólo dijo: "Me estoy poniendo en el lugar de tu madre...". Andrea mantuvo la mirada esperando que siguiera. Por la pared, a su espalda, se movía lentamente la espada del último rayo de sol de la tarde que de un momento a otro iba a cegarla; por eso se incorporó y acercó su cara. "Si mi hija me dice a los diecisiete años que es lesbiana, la mato", afirmó Carmen. Andrea se quedó inmóvil, confirmó con los ojos que las palabras que acababa de oír eran ciertas y se dejó caer en el respaldo de la silla. La espada de sol ya se había enfundado en el atardecer. El Café de la Ópera se había quedado en silencio, inexplicablemente. Desde un cartel de cine enmarcado en la pared, Roger Moore-007 la miraba burlón mientras soplaba la bocana del cañón de la pistola que acababa de disparar.

No pudo soportar tanto silencio. Andrea necesitaba oír algo y habló y habló, sin importarle si Carmen escuchaba o no. "Cuando nos quedamos a solas, aquel tipo me hizo cinco preguntas y a todas respondí con tanta seguridad que dedujo que no había necesidad de que volviese a verle: preguntó si me había masturbado alguna vez, y dije que sí. Luego me preguntó si, al masturbarme, pensaba en chicos o en chicas, y respondí que en ellas. Quiso saber si mis sueños eróticos eran con hombres o con mujeres: respondí que con mujeres y me preguntó si me daba miedo el pene, si le tenía algún temor, y, como respondí negando, quiso saber si me gustaba el cuerpo del hombre. Dije que desde el punto de vista estético no me desagradaba, pero que me parecía mucho más bello el de la mujer. Cuando, terminada la consulta, entró mi madre en la sala e insistió en que yo tenía un problema porque decía que me gustaban las chicas, <ya lo habrá oído usted, doctor, dice que le gustan las chicas, esta niña tiene un problema>, Andrea imitó una voz aflautada, como si fuese la de su madre, el psicólogo se echó hacia delante, la miró a los ojos y le dijo con gravedad: <No, señora. La niña no tiene ningún problema. La única que tiene un problema es usted>. Mi madre no entendió nada, en realidad no entendió a ninguno de los dos psicólogos, y se conformó a pesar de las miradas de mi padre que no aceptaba volver a pagar seis mil pesetas por una consulta cuando, a su entender, la manera de resolver estas cosas era sólo una: darme una buena paliza".

No hablaron más. Andrea estaba irritada, rabiosa, y por primera vez no pudo evitar un odio ácido y contundente, un rencor contra Carmen por lo que había dicho que no podía soportar ni disimular. La miró con dureza, se levantó y salió del Café, sin esperarla. Carmen, desconcertada, pagó las consumiciones y salió del café tras ella, justo cuando empezaba a anochecer. Ya en la calle, Carmen la llamó por su nombre pero Andrea no se volvió: no hubo miradas, sólo ruido de tráfico y la desolada visión de las obras del Liceo en

reconstrucción, como la fotografía de una ciudad después de una guerra. Se levantó una brisa con olor a mar, con olor a sexo, al sexo de Carmen, y al fondo quedaron huérfanos los chirridos de pájaros enjaulados en los puestos del bulevar. Al atardecer todo parece de oro viejo, de bronce y de cobre; Barcelona se viste de limón y semillas, los colores que al volverse azules enloquecieron a Van Gogh.

Carmen la siguió a paso vivo hasta la Plaza de Catalunya, donde la alcanzó y logró que se volviese a mirarla para que le explicase por qué se había enfadado, qué le había hecho, qué le había dicho. Andrea estaba sofocada, con las mejillas rojas, los ojos húmedos, las manos temblorosas. Carmen le acarició la cara, sonriendo e invitándola a sonreír, y Andrea hizo un esfuerzo, una mueca, como si se hubiese rendido o supiera que Carmen sabía que estaba vencida, para qué fingir. Subiendo por la Rambla de Catalunya camino de la Diagonal, Andrea susurró si podía hacerle una pregunta personal y Carmen afirmó con la cabeza. Quería saber si había tenido alguna relación con una mujer antes que con ella. Carmen miró nerviosa a su alrededor, por si alguien había podido oír la pregunta, y fue cuando dijo, por primera vez, que a ella no le gustaban las mujeres. Hasta entonces su frase repetida había sido que le gustaban los hombres, pero ahora iba más allá y se atrevía a decir que no le gustaban las mujeres. "Te gustan los hombres, ¿no?", dijo despectiva Andrea, con una ironía que fue incapaz de contener, y ella se volvió a mirarla con el ceño rizado, como si no hubiese comprendido el sarcasmo. Eran las ocho y cuarto de la tarde y se despidieron sin promesa de nueva cita, apresuradamente, en la esquina de Balmes con París.

Pero antes de desaparecer entre la gente, Carmen se paró en medio de la acera, se volvió y, en voz alta, sin el menor pudor ni importarle las miradas de hierro que se hicieron cadena en la calle, gritó: "No, no has sido la primera, niña, pero siempre serás la única". Y se marchó.

Andrea no supo dónde guardar tanta emoción. No le cabía. Su pecho iba a estallar de un momento a otro y lo pondría todo perdido de restos de sangre, pasión y plumas de ángel. Era para volverse loca.

Su madre conoció a su padre en agosto y en marzo del año siguiente se casó con él: le convenía. Tenía un empleo seguro de aparejador en una empresa sin riesgos, estaba terminando de pagar las letras de un coche pequeño de dos puertas que se abrían al revés y había dado la entrada de un piso en l'Hospitalet, en la tercera planta de un edificio de ventanas cuadradas iguales que simbolizaban el mismo desarrollo en el Moscú de los años cuarenta que en la Barcelona de los sesenta, qué paradoja. Se casó con él y todavía viven juntos; dicen que se quieren pero apenas hablan. Ella lo cuida cuando enferma, con gestos de hartazgo y modos de recriminación, como si tuviese la culpa de ponerse malo; le pregunta cómo ha quedado su equipo de fútbol en el partido del domingo, como si le importara; y le esconde el recibo de la tarjeta de crédito cuando llega el día cinco de cada mes. Asegura que lo quiere, pero cada noche hace planes para cuando se quede viuda. Andrea lo sabe.

Lo que no sabe es por qué se acuerda ahora de ellos. Estaba recreando a Carmen y de repente se han presentado como siempre, interfiriendo, pretendiendo romper el hechizo. Mala noche para recordarlos: empieza a sentirse cansada y los dedos de las manos no le entran en calor. Y se siente demasiado sola. Seguramente como lleva sintiéndose su padre desde el año siguiente a casarse. Su padre no se ha jubilado todavía, pero tiene el rostro tan pálido y enfermizo que parece buscar en cada esquina un jergón donde tenderse para no volver a levantarse por sí mismo. Cuando supo que su hija había decidido irse a vivir sola, la miró sin comprender. Después, su madre le mintió diciéndole que un hombre se le había introducido bajo la piel como una garrapata y que al demonio del amor no había forma de desalojarlo de la vida de una mujer joven. Su padre dijo que las garrapatas producen la enfermedad de la tristeza y se quedó después en silencio, pero su madre aseguró que la niña no estaba enferma y él no lo comprendió tampoco. Andrea sabe que hace muchos años que se ha quedado sin fuerzas para discutir. Su madre tampoco ha conocido nunca el amor, por mucho que afirme lo contrario; por eso, en cuanto miró sus ojos se dio cuenta de que la envidiaba. Y eso que la vio de la mano de aquella chica pelirroja con aspecto de chica mala, Andrea no recuerda ahora su nombre, a la que le habían crecido seis pendientes en el lóbulo de la oreja.

Andrea no fuma, no bebe alcohol, casi no come, su sexo se ha dormido y cuando mira se hace tantas preguntas que no le compensa repetir la mirada. En realidad, sólo le satisface recrear el pasado, nada del presente le resulta apreciado, íntimo, cercano; recuerda cuando Carmen dormía junto a ella: a veces tragaba saliva y luego parecía que masticaba, como si su boca, reseca, se bañase en restos inexistentes de baba; y también se acuerda de sus palabras cortas, cortantes, excitantes: "Entra", "Sigue", "Ahí, ahí, por ahí...". En cambio no recuerda su mirada, parece mentira, cinco meses adorándola como si fuese un ídolo antiguo, una piedra altiva puesta por la naturaleza en mitad del páramo, resistente al sol, a la lluvia y a los embates del viento, y no puede recordar con exactitud el color de sus ojos. Eran negros, de eso está segura, pero no puede recrear el matiz, el brillo, el tornasol preciso de su mirada. A Andrea se le han olvidado demasiadas cosas en estos tres últimos meses, la irisación de su pupila, la sensación de sentirse enamorada, el número del teléfono de Carmen, los horarios de autobús a l'Hospitalet, el tono de voz que puso la última vez que le dijo que jamás se separase de su lado. La memoria es mentirosa: nos recuerda en el presente que nunca olvidaremos esto o lo de más allá y cuando la citamos a nuestra presencia para que nos aporte el dato que buscamos, se encoge de hombros y, sin excusas, dice que ya no se acuerda. ¿Qué era aquello que le disgustaba de Carmen? Porque algo habría... Andrea mira dentro de sí y no le gusta lo que ve. Pero está viva, siente, de hecho ahora siente mucho frío y está muy cansada, está buscando un banco en la calle para descansar un rato y no lo encuentra. Tampoco hay bares abiertos, tiene ganas de orinar. No sabe dónde está. En realidad, hace demasiado tiempo que no sabe dónde está porque ni siquiera le conviene preguntárselo: un día le dijo que paseara sus labios por su espalda, por el interior de sus muslos y por los alrededores de su sexo y Carmen inició un camino que la llevó lejos, innecesariamente. Desde entonces, nunca sabe adónde ir. Debió matarla. Si la hubiese matado, por lo menos ahora se sentiría mejor. Pero no. ¿Cómo iba a matarla si ella era su vida, la razón para vivir, su única esperanza? Andrea piensa siempre en Carmen, y cuando se para en mitad de la acera para recordarla con nitidez, como nítidos son los bordes de esa luna que empieza a caer detrás del edificio acristalado y neutro del otro lado de la calle, justo enfrente, la rememora entre el odio y la pasión, cree que se entregó a ella porque necesitaba salir del presidio de la soledad, que se entregó a Carmen como se podía haber entregado a una vocación religiosa, a la pesca submarina o a un frasco lleno de cápsulas verdiblanco de prozak. Era la manera de disfrazar su soledad, de engañarse. Y vivir en el engaño ha sido su modo de sobrevivir. Qué vida más jodida.

Estas calles por las que pasa ahora no le recuerdan nada. Debe de ser la primera vez que se aleja tanto, o tal vez sea que cuando ha pasado por ellas no se ha fijado. Cierra los puños dentro de los bolsillos de su chaqueta oscura de cuadros porque sigue teniendo frío en las manos y los dedos, animalillos, no pueden permanecer quietos. Lleva zapatos de

sierra de piel marrón con grandes suelas y calcetines de lana también marrones; gracias a eso no se le han quedado congelados los pies, pero le duelen. Ha caminado demasiado. Por fin, al doblar la esquina, encuentra lo que buscaba, se sienta en un banco de piedra blanco, pulido, inesperado. Los pantalones vaqueros no son lo suficientemente gruesos para impedirle sentir el glacial contacto de su cuerpo con el sillar de granito. Nota que lleva algo en el bolsillo de atrás del pantalón que le molesta: saca el papel, lo reconoce. Es una carta que ha recibido de Carmen Moreno, una amiga de Cádiz, poeta de luna y miedos. Una carta llena de poemas en los que habla de afecto, de comprensión.

*Desdoblaron los cipreses del mar
y junto al lecho, como besos por encargo,
las letanías se hacían más viejas y morían.*

Muchos amigos y amigas han sabido por Montse y por Laura la historia de Andrea, y el final que no pudo evitar, los días de llanto y la recuperación de la soledad. Lo han sabido Eduardo y Mónica en Valencia, Noelia en Salamanca, Alfons en Sitches, Rocío en Santiago, Ana en Madrid, Carmen Moreno en Cádiz... La poeta se apresuró a escribir una carta llena de poemas para recordarle que era su amiga, que también podía contar con ella en los malos momentos.

*Te querré como a un ídolo blasfemo,
anunciar, tu resurrección de entre los vivos,
nada impedirá que tu santuario cobije
el desaire suicida de unos brazos que te miran.*

Andrea piensa en la extrema bondad de su amiga y a sus ojos se asoma una película de gelatina por el frío y la emoción de saberse arropada. Cuidada por otras, no por Carmen, se lamenta. Carmen nunca la cuidó, Carmen sólo pensaba en sí misma, terminó siendo el peso más insoportable del mundo, un peso al que Andrea tenía que amarrarse para no levitar y perderse en la inmensidad del infinito. Carmen la mantuvo con los pies en la tierra, a pesar de todo. En cuanto soltó amarras, su mente voló sola y se perdió. Andrea tiene una pátina de dolor en los ojos que le impide llorar y no le deja recuperar el sosiego. Respira hondo para poner orden en la rutina de sus pulmones y llega a la conclusión de que Carmen era mucho mejor que ella porque siempre fue la misma, mantuvo la coherencia, mientras ella, ¿qué hacía? Pasaba del desamor de Marta a la promiscuidad más absurda, nada más alejado de su manera de ser, y de Joan, un hombre, otra vez a la promiscuidad, para después volver a morirse por oír la respiración de una mujer en su regazo. ¿Dónde estaba la coherencia?, ¿qué merece un personaje así, más teatrero que una plañidera en un velatorio, de ojos de perra abandonada pero más egoísta que nadie? Carmen dijo desde el principio lo que quería, lo que buscaba, divertirse y nada más, sentirse querida en la laguna de afectos que se había hecho hueco en su vida, pero, ¿y ella? Andrea exigía amor, encima exigía amor de quien no podía amarla más allá de la propia satisfacción sensual. Qué estúpida. Andrea no puede seguir leyendo. Se vuelve a poner de pie, dobla la carta, se la guarda en el bolsillo del pantalón y echa a andar, recordando las eternas preguntas de Montse que nunca supo

contestar: "Pero, ¿por qué la quieres?", "¿Y qué te hace pensar que te quiere, que te lo dice? Mema.". "Pero, ¿qué os une, en realidad?". "¿Qué tenéis en común Carmen y tú?"

Nada. Andrea siempre supo por qué la quería: porque estaba enamorada de ella. Pero no sabía qué les unía, ni qué tenían en común. Montse, con esa mirada de provisionalidad, como atenta a otras cosas, nunca a lo que estaba diciendo, no quería meterse en la vida de nadie, pero hacía preguntas fáciles de imposible respuesta. Andrea vuelve a pensar en Carmen y cree que Montse tiene razón, que en realidad no les unía nada; en todo caso, el poder de seducción de ella, y la facilidad de Andrea para dejarse seducir. Eso era todo. Carmen decía palabras con embrujo desde su frialdad (una vez le dijo: "Sáciate de mí", y otra la invitó a que uniesen sus islas para formar un archipiélago al que llamarían Eclipse, donde ondearía una única bandera). Carmen era una seductora que se ganaba el placer fabricando palabras que vendía a precio de lujo después de pensarlas durante muchos segundos de silencio. Andrea, en cambio, era una mendiga que podía esperar el tiempo que fuese necesario hasta que llegase a su estómago la frase que necesitaba oír para engañar su hambre. Durante muchos días se amaron sin saber por qué lo hacían, sin preguntarse qué les unía, qué tenían en común. No era preciso saberlo, saborearse era suficiente; se saboreaban y recordaban el olor del mar, del agua que tragaban en la infancia cuando jugaban a bucear entre las olas de la playa. Se besaban, se acariciaban, se masturbaban, nada más. Por eso, cuando Montse le preguntaba por qué estaban juntas, Andrea no contestaba: "¿Qué otras respuestas existen además de las que se encuentran escritas en los laberintos de la piel de una amante?"

Pero, ahora que Andrea lo piensa, reconoce que no les unía nada. No les gustaban las mismas cosas, no tenían las mismas aficiones, no coincidían en la manera de amar. Eran tan diferentes que sólo era posible el amor entre ellas si no se hacían preguntas. Andrea recordaba la vieja canción de Rosana: "*Si tú no estás, me sobra el aire; si tú no estás aquí, la gente se hace nadie*". Era la única respuesta que podía dar. Andrea echa a andar de nuevo pensando que Carmen y ella eran dos ríos hasta que se quemó la casa donde vivían. Aún cree entrever las pocas ruinas que quedan en pie, los ladrillos de la chimenea, vestigios entre los sauces, donde los ríos se encuentran. Dos ríos hasta que llegó el día.

Porque llegó. Al fin llegó el día que tanto temió Andrea desde el principio y, cuando lo hizo, vio hacerse de noche el mediodía, como alguna vez había leído en los cuentos coloreados de hadas yertas y brujas perversas. Carmen dijo que los niños crecían y cada vez la necesitaban más, y que en su trabajo se estaban empezando a mover las cosas, amenazaban los ceses y se anunciaban dimisiones. Y que creía que seguía queriendo a Joan, su marido. No le hizo falta oír nada más. Cuando Carmen añadió que llamaban por otra línea y que si le era posible volvería a hablar con ella más tarde, en el teléfono se quedó pegada su boca derramando un hilo de saliva boba que resbalaba, sin que lo notase.

Es imposible describir la soledad; para conocer su peso hay que entrar en ella como se adentra un niño en la casa del terror del parque de atracciones. Es grande, es negra, es alta, es honda. Y no deja que mires afuera porque no hay nada detrás. Cuanto más se avanza por las tortuosas callejuelas de la soledad, más artrítico es el laberinto que queda por recorrer. Y ni el miedo es un sentimiento más poderoso. La soledad desnuda de sensaciones la mente; en su ambición sólo encuentra sitio para ella.

Mientras se siente la soledad es indiferente que los árboles agiten sus hojas, que los niños tropiecen y se raspen las rodillas o que el cielo se nuble por un momento. Las madres que lloran en los abismos de África por sus hijos muertos de hambre son sólo un paisaje. La soledad arrastra en su vuelo torpe a los buitres del egoísmo, de la indiferencia y del deseo de morir. Sólo la rabia del desamor es más fuerte que la soledad, como sólo el destierro es más doloroso que el silencio.

Andrea sintió lo que creía que era la pérdida de Carmen como una mutilación, o más aún, como una ejecución injusta, un error judicial, un chasquido que quebró el orden lógico del razonamiento. No lo dijo, Carmen aseguró después que no lo dijo, pero al oír el tono helado de su voz Andrea pensó que no se volverían a ver. Y también que, sin ella, no le quedaba nada para ponerse, que se había incendiado su armario. En la repisa de cristal del cuarto de baño estaba mediado el frasco olvidado de tranquilizantes de diazepam que alguna vez tomaba con whisky cuando le era imposible conciliar el sueño y decidió que lo mejor era tomar un par de cápsulas para relajarse y brindar a la salud de lo que a Carmen le quedaba por vivir. Al otro lado de la ventana la mañana de marzo estaba nublada, un niño lloraba abajo, en mitad de la acera, porque se acababa de caer y le sangraban las rodillas, y los árboles de la calle agitaban sus hojas para saludar la brisa húmeda de marzo. Y del grifo salía fresca el agua que empujaría las pastillas por su garganta, como troncos indefensos en caída libre por la mayor catarata del Iguazú. No lo pensó; tampoco había nada que pensar: la soledad borra los ojos y sólo deja pasar sombras de sirenas violadas, de ondinas moribundas, de náyades putrefactas, de ninfas muertas. Bebió un gran sorbo del agua con barquitos, miró una vez más por la ventana y aplicó el oído a los rumores lejanos, por si podía oír el motor del ascensor. Y en el silencio que la hería mortalmente escribió el principio de una carta que nunca dejó leer a nadie.

"Siempre creí que nuestra relación se disolvería en cuanto te hartases de este cuerpo que no tiene nada que ofrecer, salvo quizá el débil embrujo de la novedad. Un cuerpo redondo, sin exageraciones, de piel fría y pezones demasiado oscuros para la palidez de mi cara azul surcada por estas venillas que tú llamas hilos de berenjena. Sólo tú tienes la sangre ardiente de la princesa que quise ser en la adolescencia. Además, siempre repetías que te gustaban los hombres y yo tengo el pelo corto, los ojos rotos y los labios hambrientos, pero no soy un hombre. En este momento me gustaría, por primera vez, haberlo sido para haberte podido conservar. Pensé que te hartarías de mí después de unos días, acaso un mes, y por eso, desde que te conocí, he vivido esta relación de un modo provisional, convencida de que un día u otro iba a terminar. Pero estaba equivocada, no estaba preparada para el final. Sé que nunca podré volver a querer de esta manera. Por eso, el final es el final, de verdad. Prefiero pensar que no llegué a entender que no estabas conmigo por lo que era sino por lo que te podía dar, por el placer que te hacía sentir. Yo, que hubiese dedicado mi vida sólo a eso, a amarte, a hacerte gozar aunque tú no me correspondieses... Perdona, estoy demasiado cansada... Estoy..."

Andrea se lo explicó después: "El cielo es blanco, Carmen, no dejes que te engañen. Es blanco como el plató que un día construí con Joan, tu marido, y todo es muy luminoso, resplandeciente. Dicen que tenemos un ángel que cuida de nosotros y es verdad. Nunca fui muy religiosa, lo sabes, pero ahora creo que existe algo parecido a Dios y que un ángel nos acompaña siempre y nos dice lo que tenemos que hacer. A veces no nos lo dice porque quiere que podamos decidir y prefiere ver cuáles son nuestras decisiones para después consolarnos si no son las adecuadas, pero hay un ángel que nos enseña a aprender de todo cuanto nos sucede, porque de todo podemos aprender. El mío es mujer, tiene los cabellos muy negros, los labios gruesos, la piel morena y se llama Fátima. Una hermosa melena rizada de azabache baila acariciando su cara aunque no haga aire. Y sus ojos son brillantes, preciosos, oscuros y sonrientes. El ángel que ha cuidado siempre de mí es mujer, no podía ser de otra manera. De su mano he volado entre el firmamento y la tierra, y he oído su voz que decía que si me dolía algo la abrazase. Pero no me dolía nada en el cuerpo, sólo muy dentro me dolías tú porque no podías estar allí para mostrarte que el cielo es blanco, para que vieras que tengo un ángel que se llama Fátima y supieras que hemos de encontrar el tuyo para que te acompañe si alguna vez te sientes sola.

'El vuelo es tan corto que puede esconderse entre dos latidos seguidos del corazón. Enseguida se oyen voces; ráfagas verdes se cruzan sin que las veas; hay ruidos de motor allá afuera y ulula una sirena, seguramente la sirena del barco que sigue la ruta del cielo. Y después te sientes muy cansada, y oyes que te llaman por tu nombre pero no tienes ganas de responder, estás muy bien como estás y no te explicas por qué no te dejan en paz. Es que pasan lista a la entrada del cielo, piensas, pero reconoces una voz dos veces seguidas y empiezas a comprender que no estás muerta y el terror se apodera de ti. Temes que no se den cuenta de que aún vives y te entierren, te den por muerta. Quieres hablar y no puedes, quieres hacer una señal pero no te responden los brazos, ni las manos, ni siquiera los dedos. Y poco a poco lo que era blanco se empieza a oscurecer, y entre una tela de araña que se empieza a abrir al fondo ves las batas de los médicos y de las enfermeras, verdes, como ráfagas, que van y vienen. Y por fin sientes una mano que aprieta la tuya y comprendes que es la única mano que a la que querías aferrarte, tu mano, Carmen, tu mano."

Una mano que no quiso soltar nunca y que confundió por miedo, o porque el amor es mucho más frágil de lo que cantaron los poetas. Andrea malinterpretó sus palabras y no supo pedir perdón. Carmen explicó que sólo había querido decir que estaba cansada, que no se podrían ver esa tarde, que Joan empezaba a sospechar y que iba a procurar fingir que seguía queriéndolo para no empeorar las cosas. Y que le perdonase por sus ausencias, que no eran deseadas, que eran obligatorias para asegurar presencias futuras. Andrea malinterpretó sus palabras por el terror que le inspiraba la posibilidad de su pérdida y reaccionó como una desahuciada, como una loca. Y eso que creía haber aprendido a controlar sus sentimientos... Juró que no había querido matarse, que sólo se trataba de un accidente, que tal vez fueron más de dos o tres pastillas, no lo recordaba. Pero no la creyeron. Con todo, después de una convalecencia de tres días en el hospital y de un lunes

nublado de llantos hondos, nunca más volvieron a hablar de ello ninguna de las dos. Hay poetas que creen en la fortaleza del amor y amores que no creen en la ciencia de los poetas; incluso hubo un amor único, el de Andrea, que vivió su inquietud desconociendo la existencia de los poetas que aseguraban la fortaleza del amor. Insistió en que no lo había hecho adrede, por favor, tenían que creerla, y añadió que si de ella dependiese, no existirían los poetas.

A pesar de que ambas eran inocentes, Andrea le hizo jurar a Carmen que no había vuelto a su lado por lástima, y ella lloró tanto entre sus brazos, de tal modo llenó su cara y su pecho de besos y lágrimas que Andrea no pudo dudarle. Por eso no volvieron a hablar de ello y empezaron a reír como adolescentes cuando se propusieron el juego de decidir cada día cómo se tenía que vestir la otra y qué prendas se intercambiarían sin que nadie lo supiese. De esta manera, pasaron pronto los días de angustia y confusión y ninguna de las dos quiso volver a recordarlos nunca.

El juego comenzó cambiándose la ropa interior, aunque acordaron que, si la talla del sostén no les servía, podían llevarlo desabrochado, o rellenarlo con algodones, o no llevarlo, simplemente. La talla de Andrea era una noventa y cinco y a Carmen una noventa le iba grande. Carmen tenía los pechos más bonitos del mundo, pero tan pequeños que le cabían en la palma de la mano a Andrea. Y los de Andrea, aun siendo más delgada, eran más grandes: Carmen decía que le encantaba meter la cabeza entre ellos y sentirse como entre almohadones. Andrea cree ahora que Carmen la empezó a querer cuando le empezó a pedir que no la dejase nunca, y que lo supo porque no volvió a repetir lo mucho que le gustaban los hombres, aunque insistiese en que le gustaban sus penes, un error imperdonable de la naturaleza dejar en manos tan toscas instrumento tan perfecto, decía, mientras reía.

El pene fue un debate recurrente al que volvieron de vez en cuando, tendidas sobre la cama. Discutieron si les habría gustado tenerlo o no. Andrea dijo que una vez, sólo una vez, había deseado ser hombre, pero que tener pene era una fantasía con la que incluso había soñado, para poder dar más placer a su pareja. También que su pareja lo tenía, una mujer con pene era la fantasía más hermosa. Carmen nunca había pensado en ello y, ahora que lo pensaba, reconocía sus ventajas en la satisfacción sexual pero no creía que fuese imprescindible. De hecho, decía, "desde que te conozco, me gusta más hacer el amor contigo que con Joan, porque él tendrá un pene que le sirve para pensar, pero tú tienes cinco dedos como cinco ideas geniales. O como cinco llaves maestras". Carmen le hacía reír diciendo esas cosas, era agradable estar con ella cuando Andrea podía olvidarse de que era la única que debía decir cosas agradables. "Desde que gozo a tu lado", concluyó Carmen, "he decidido que nunca más volveré a intentarlo con ningún hombre".

La primera noche que Andrea se quedó sola después del incidente escribió una nota que ahora ha recuperado del fondo de un cajón, una de esas pequeñas cosas que a veces le hacen recordar que hubo días en los que levantarse cada mañana tenía sentido. "Para qué buscar las palabras si las frases ya están escritas: <Cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñado que se queda atrás, en el lejano día del sueño...>. Te quiero con tanta ternura que a veces me he descubierto de noche hablándote. En los sueños mezclo el juego con la fantasía. Y me agobia

no verte. Por eso, al despertar, siempre creo que estoy contigo y digo un par de palabras. Te suelo preguntar cómo estás. Pero, ¿por qué escribo todo esto, si habría de ser el más indescifrable secreto de amor?"

Carmen hizo trampa el día que le tocó ponerse una falda tableada de cuadros escoceses que Andrea no usaba desde que se licenció en la Universidad. No se la puso; lo supo Andrea porque dejó mal abrochadas las hebillas y se la devolvió igual. Cuando le dijo que la estaba engañando, intentó negarlo, pero al demostrar cómo lo había sabido pidió perdón y, para que no se enfadara, le narró la historia más triste que pudo inventar: que si el uniforme de su colegio era igual y "había sufrido un trauma con una monja que había intentado besarla los pechos en los lavabos de la segunda planta"; que si desde entonces asociaba los cuadros escoceses a la violencia; que se sentía observada por todos los hombres de su sección y eso la sacaba de quicio, que no hubiese podido soportar la prueba y que, en justo castigo, por qué no la besaba, lo estaba deseando, dijo entre risas, revolcándose sobre Andrea en el sofá, mientras deshacía sus gestos de desaprobación, de broma también, con besos de refilón como picotazos de petirrojo. Andrea siempre fue fiel a Carmen, como un petirrojo, la criatura más devota de la naturaleza porque se aparea con la misma pareja año tras año. Fidelidad que no quiso saber nunca si era correspondida.

Andrea jamás hizo trampa con las prendas que le obligó Carmen a usar y un día tuvo que ir al estudio con una camisa que no tenía ni un solo botón y que anudó sobre el ombligo como pudo, escandalizando de una manera que después hizo reír a Carmen con ganas, mientras se lo contaba. Y tampoco se negó a obedecerla la tarde que le hizo salir a comprar chokolatinas con una camiseta de licra negra transparente, sin nada debajo, para rubor del tendero de la tienda de ultramarinos, que tardó en acertar con el cambio. Nunca se negó a hacer lo que pedía: nunca se hubiese negado. Si le hubiese pedido la vida, no hubiese dudado en dársela. Era suya; todo lo que tenía Andrea era suyo, su respiración, los latidos del corazón, las lágrimas, las risas, la voluntad. Todo.

Con ella estaba muy bien, y se lo debía. No se lo podía decir cuando estaba a su lado porque para darse cuenta de que era así tenía que distanciarse. Estar bien era que le apeteciera descansar, que pudiese imaginarla y que el deseo no la perturbase. Le gustaba esa paz que era tan endeble como para que una llamada de teléfono de cualquier otra persona hiciera que se planteara saltarse todas las normas que se habían impuesto y telefonarle. Pero no lo hacía, no se atrevía.

Andrea lo pasaba bien a su lado y también lo pasaba bien si no estaba pero sabía exactamente cómo estaba, con quién, dónde, qué estaba haciendo. Un día, mientras Carmen dormía la siesta entre sus brazos, la hubiese despertado para decirle que era su seguridad y que la tenía en aquel puño cerrado que dejaba reposar sobre su pecho. Andrea se fue a otros años de infancia y recordó que ni siquiera entonces se había sentido tan segura, tan tranquila, tan completa, tan acompañada. Dejaba todo tan impregnado de ella que era imposible sentir el vacío, incluso cuando no estaba, cuando ya se había ido.

Sólo un hada podía ser capaz de hacerle perder el sentido de la realidad y hacerle pensar que estaba donde no estaba. Y sólo se asustaba cuando Carmen se ponía seria y le hacía creer que no le agradaba que viviese para ella. Pero entonces Andrea prefería pensar que estaba equivocada y se limitaba a guardar silencio y a mirar de reojo los perfiles de su rostro posado sobre el colchón, los ojos cerrados, respirando. ¿Qué podía darle?, se preguntaba sin conocer la respuesta. ¿Qué podía darle...?

Carmen dominaba los secretos de la magia. Andrea nunca comprendió cómo lo hacía, le parecía imposible que siempre dijese lo que más deseaba oír. Un día de sol cobarde y roto que dibujaba pirámides en las esquinas del dormitorio donde enterrar faraones y enigmas, estaban tumbadas en la cama, en silencio, y de repente Carmen dijo lo que Andrea estaba deseando que dijera, sus manos hicieron lo que ella soñaba y sus labios se adentraron en la pirueta del riesgo a rebuscarle el alma. "Te voy a acariciar los muslos hasta que te ahogues..., te voy a beber el sexo..., me voy a acercar a tu espalda para que sientas cómo me restriego contra ti...". Y lo más curioso era que, en ese momento, Andrea estaba pensando en que sería feliz si dijese e hiciese justamente lo que dijo e hizo. Le parecía irreal, increíble; la sorprendía a cada instante y aunque intentaba volver a la realidad y pensar que nada era como lo vivía, que no debía dejarse atrapar por lo que sin duda eran simples sueños, le resultaba imposible no pensar que era tanta su suerte que Carmen nunca lo podría comprender. Carmen. Era todo lo que nunca antes se había atrevido a desear.

Qué fácil es recordar a Carmen en la quietud dulce y silente de la noche. Durante el día es un recuerdo de angustias, un recuerdo de presencias continuas porque en cada mujer la revive a ella, hay demasiadas mujeres que se parecen de espaldas; pero en la noche sólo dibuja su cara en la imaginación, su cuerpo en las sombras. A estas horas no hay ruidos que hieran los trazos ni perfiles cambiantes que distorsionen su imagen real. Ahora Andrea ha llegado al paseo de Gràcia; de nuevo puede oír en la lejanía motores de coche cruzando la madrugada, y, de tarde en tarde, se queda contemplando un hombre que camina apresurado, buscando su casa o consumando la huida. Es la población del domingo antes del alba, los nómadas del desierto, náufragos pintados con crispación, como esperpentos de la serie negra de Goya, o esas figuras rojas, amarillas, negras y vencidas de los pinceles ágiles de José Lucas. De repente, le viene a la memoria que Carmen le dijo una tarde que quería ofrecerle algo más que un adulterio. Carmen sabía decir las cosas; tal vez por eso no pudo dejar de estar cada día más atrapada por ella.

Atrapada. Esa era la palabra. Andrea comprende que no despierta ningún sentimiento, ni de admiración ni de odio, si de simpatía ni de antipatía. Es una mujer anodina, siempre lo fue y ya es tarde para procurar aparentar ser algo distinto. No despierta sentimientos en nadie, es transparente, bastante suerte tuvo al ser elegida por Carmen para rellenar una laguna afectiva, qué menos que dejarse atrapar por ella en expresión de total reconocimiento y agradecimiento. Andrea se sabe una chica vulgar que puede entrar y salir mil veces de una fiesta de inauguración de una exposición pictórica y nadie se habrá dado cuenta al final si ha asistido o no al suceso. La quiso Marta, la quiso Joan, la quisieron sus padres mientras fue pequeña y ahora la quieren Montse y Laura, al menos cree estar segura de ello, pero Carmen no la amó, sólo la utilizó. ¿Y qué? ¿No era más que suficiente? Podía haber utilizado a otra, hay millones de mujeres en el mundo, casi todas mucho mejores que ella, por ejemplo Laura, que es más joven, o Montse, que es más coherente, más sensata, o... ¿O quién? ¡Mierda! ¿Es que acaso ella no tiene un cuerpo caliente, unos ojos que miran azul y lloran lágrimas con sabor a herrumbre y unos labios diestros para comer y extraerle el placer a una talla de madera si fuese necesario? Carmen no se portó bien con ella. ¡Asquerosa, imbécil! Puede que Andrea sea una mujer apagada como un candil al mediodía, un insecto invisible en el halo rojo de la luna grande del atardecer, una hembra vulgar como las que hacen guardia a las diez de la noche a la puerta de los puticlubs de la trasera del Paralelo, pero sabe de amores y de placer, sabe de necesidades físicas, a veces le pica el coño, joder, como a todo el mundo, aunque nadie lo sepa. Más puta era Carmen, que compró carne y ella se la vendió al precio de una docena de caricias y cuarto y mitad de palabras bonitas. ¡Putá! La había atrapado y le estaba bien empleado, por haberse dejado apresar e inmovilizar. ¡Guarra, más que guarra! ¡Cómo la odiaba a veces! ¡Cómo la idolatraba!

Ni con Carmen ni en el estudio tuvo Andrea problemas serios a causa de lo que todos entendieron, confundiéndose, que había sido un intento de suicidio. Supo que Juanjo y Damià pensaron por un momento que lo mejor sería disolver la sociedad, y notó que tanto ellos como Elena y Mercè, las secretarias, la miraron durante días con desconfianza, como si estuviesen expuestos a los trastornos de una asesina que en cualquier momento podía saltar de improviso sobre cualquiera de ellos. Ahora no recuerda si fue verdad o sólo lo imaginó, pero le parece que quienes peor se portaron fueron Mercè y Elena, acaso indignadas porque no pudieron enterarse de la verdadera razón de su proceder; y curiosamente fue Damià quien mejor la trató, dadas las circunstancias: la mantuvo al corriente de los susurros que se extendían sobre su futuro en la empresa y de la decisión final de Juanjo de no prescindir de ella, al menos mientras no se repitieran los hechos y siguiera rindiendo como siempre sin que se le pudiese acusar de un grave problema de actitud. Damià se comportó bien con ella hasta que unos días más tarde lo estropeó, cuando la llamó a un rincón de los lavabos y le dijo que él sabía lo que necesitaba, un hombre, que por qué no pasaba la noche con él.

Fue el mismo día que llevó la camisa anudada sobre el ombligo, sin sostén, cumpliendo instrucciones de Carmen. Comprende que iba un poco exagerada, es cierto, pero sigue pensando que eso no le daba derecho a Damià a ponerse cachondo, a calentarse como un quinceañero ojeando un Playboy; como tampoco autorizaba a las secretarias a interceder en favor de él cuando la oyeron gritar insultos que no recuerda pero que sirvieron para pararle los pies. Se pusieron de su parte sin saber cuál era la causa de su actitud y opinaron que si no quería problemas no se vistiera de ese modo, que iba pidiendo a gritos que la violasen.

Montse y Laura, sus amigas, en aquellos confusos días de convalecencia, estuvieron a su lado sin hacer preguntas. Montse miraba a Andrea con ojos de pena, con esa mirada de madre que no comprende una reacción extraña de su hija adolescente pero que permanece a su lado, sin reservas, y le dijo que no había sido justa intentando hacerles la faena de morirse. Andrea estaba cansada de negar y cerró los ojos, convencida de que es posible lavar un estómago pero que no hay detergente contra las apariencias. Laura, exagerando sus atenciones, tal vez para que supiese que no estaba sola o para que comprobase hasta dónde llegaba su cariño, deslizó los dedos bajo la sábana de su cama aprovechando una ausencia de Montse y la masturbó, aunque Andrea le rogó que no lo hiciese, que no estaba con ánimos. Laura insistió, y fue pensando en Carmen como Andrea obtuvo el placer que le regaló con la sabiduría de sus manos tiernas, aunque Laura sonrió satisfecha creyendo que Andrea aún sentía algo por ella. Andrea sabe que nunca se equivocó con ninguna de las dos: el hecho de saber que estaban ahí, aunque pasara mucho tiempo sin verlas, bastaba para sentirse segura en los peores momentos; sabía que podía descolgar el teléfono y sus voces aparecerían al otro lado cuando se quedara sin sal, sin luz o sin fuerzas. Porque a veces necesitaba también mucha fuerza para volver a la vida, o para permanecer junto a Carmen, y también para aguardar su regreso.

Carmen. Era un regalo renovado día a día. Una sorpresa siempre favorable. Ver parpadear el contestador era esperar su voz, y que estuviese, un milagro. Quería creer que la

única razón de que la llamara era porque sabía la ilusión que le hacía encontrarla entre las paredes del teléfono.

Después de insistir, como un niño con un capricho, un día pudo ir a verla donde trabajaba, la redacción de los servicios informativos de TV-13. Le permitió hacerlo. No podía creer que aquello fuese verdad y que no hubiese que dar nada a cambio, que ni siquiera le pidiera que dejase afuera los sentimientos, escondidos; que la permitiera mirarla e incluso rozarla, sentir su respiración, oírla hablando, notarla, verla donde sólo la había imaginado. Y que le hubiera consentido en ir a visitarla. Fue un placer imposible de describir, como haberse introducido en su intimidad, en su privacidad, en un lugar que era sólo suyo. Como si le abriese la puerta a su verdad, o un primer beso. A menudo hacía cosas como aquella y por eso a veces sentía que se perdía, que dejaba de tener voluntad y que, por gusto, se hubiese quedado así para siempre. Nunca, en ningún otro sitio, había sentido con tanta intensidad que formara parte de ese mundo, que era su mundo. Deseó que no le hiciera caso sólo para que no estuviera sola. Porque desde que la había conocido no se sintió sola. Siempre se sentía con ella.

Habían fijado unas pocas reglas de supervivencia porque conocían que vivir en el riesgo era una limitación y necesitaban poner colchones a los impactos, viniesen de donde viniesen. Nunca se besarían en público, no irían a locales de ambiente, Andrea no le telefonaría a casa, y llamaría al trabajo lo menos posible. Ella, para mantener en secreto la relación, fingiría no reconocerla si alguna vez se encontraban por la calle yendo con Joan, su marido, o con sus hijos, y cuando viajasen por razones de trabajo nunca se traerían un recuerdo que pudiera delatarlas. Los regalos, por supuesto, estaban prohibidos, incluso aquellos de los que pudiesen justificar su procedencia, aunque esta regla se la saltaron tantas veces que Joan llegó a recriminar a Carmen los excesos en algunas compras que suponía que había realizado saltándose el presupuesto doméstico y que naturalmente eran regalos de Andrea.

Pudieron viajar juntas una sola vez, un día de plan falso que inventaron cada una en su trabajo. Fueron a un parador de Huesca, cerca de Bielsa, y allí fue cuando Andrea le pidió que le dejara ser el valium de su vida, su viernes por la noche, esa parte lúdica de la existencia que todo el mundo necesita. Y Carmen aceptó. Volvió mucho más enamorada de lo que estaba: desde aquel día su vida sólo tuvo un objetivo y Andrea piensa ahora que lo mejor de todo fue que ella no se lo había pedido, que se lo permitía, solamente.

Se lo dijo muchas veces: "Tú decides".
Y con eso quería decir todo.

Cuando estaba en casa, hiciera lo que hiciera, Andrea miraba el teléfono para ver si estaba puesto el contestador, para ver si funcionaba, para ver si ella llamaba. Y nunca le dijo a Carmen que desde que se quedaba sola hasta que la volvía a ver, la imaginaba. La imaginaba en la cocina desayunando, gateando por el suelo del salón jugando con los niños, desnuda sobre la cama, durmiendo... El día que Andrea le dijo que no merecía su amor, Carmen la miró sonriendo y la abrazó de una manera tan tierna que aún puede sentir el fuego con que tatuó su nombre sobre su piel. Respondió en un susurro: "No se trata de lo que uno merece, niña, sino lo que uno quiere..."

Ahora sabe que las dos sabían lo que querían...

Fue un tiempo en el que Andrea no veía a nadie. Y si hablaba con alguien, la desconocían quienes mejor creían conocerla. Andrea hablaba de fidelidad, con la de saltos de gacela que había ejecutado en otros tiempos; alababa la delicia de quedarse en casa leyendo o mirando la televisión, cuando nunca se la vio permanecer cómoda en la rutina. No entendía por qué se escribían novelas de lesbianas en las que mataban a las protagonistas, pensó si acaso se imponía otra vez el imperio de la vieja moral protestante según la cual ningún pecado puede quedar sin castigo, si sus autores, atados al subconsciente, identificaban lesbianismo y pecado y así resolvían la trama, sin mayores complicaciones. Por eso ya no leía novelas de amor, sólo releía a Esther Tusquets de vez en cuando. Andrea se convirtió en la mujer más aburrida de Barcelona a los ojos de todos. Y ella insistía en que lo mejor de la vida era la tranquilidad, seguir pequeñas costumbres, dejarse llevar... Y era precisamente lo que hacía: iba de casa al trabajo y del trabajo a casa, algunas noches hablaba por teléfono con Toni y Rosa, deseando colgar cuanto antes por si Carmen llamaba, y algún fin de semana iba a comer a casa de Montse y Laura, hasta que a Carmen dejó de parecerle bien. No es que se lo prohibiese, no hizo ningún comentario que significara reprobación por ir a verlas, pero Andrea creía percibir un mohín de desagrado cuando le decía lo que había hecho y con quién, y si además empezaba a hablar de un nuevo perfume de Cacharel, de un pantalón crema de pinzas que había visto en Versace o de los biquinis de lunares de precio imposible de Chanel, no había duda de que estaba escondiendo su enfado bajo los pliegues de su blusa para evitar que lo descubriese. Andrea sabía que Carmen evitaba aparentar que estaba celosa para que ella no lo confundiese con debilidad, pero llegó a la conclusión de que no le agradaban aquellas visitas a una casa habitada por dos mujeres que la podían rozar, acariciar, besar y robar pensamientos de ella, aunque fuese durante unos instantes. Ahora cree que no supo transmitirle que la quería más de lo que percibía y mucho más de lo que era capaz de expresarle, que todos sus pensamientos estaban posados en ella, hiciese lo que hiciese, y en esa creencia se amarga hasta que se da cuenta de que tiene que orinar porque le va a estallar la vejiga.

No puede evitarlo. Mira a un lado y a otro y no hay nada abierto. Un establecimiento de teléfonos móviles, la sucursal de un banco, una panadería, un zapatero remendón, una tienda de ordenadores, una bocatería. Y, entre la bocatería y la tienda de ordenadores, un portal resguardado que se esconde en sombras. Una oferta de urinario. Una buena oferta,

además. Lo piensa mientras vuelve a mirar el fondo de la calle, arriba y abajo. Lo siente por la portera, o quien quiera que sea la persona encargada de la limpieza, que al amanecer blasfemaré, pero no puede aguantar más. Lo siente de veras mientras se pierde en las sombras. Un minuto y vuelve a salir. Ya no tiene frío.

Nadie la ha visto. Nunca la ven. Continuar siendo transparente para todos. Hasta Carmen, muchas veces, parecía no verla. Camina con más agilidad pensando que no entendió bien el juego que propuso Carmen para la relación, porque unas veces parecía que la quería sólo para ella y otras que no le importaba nada: tenía un carácter frío, distante, pero al mismo tiempo un sentido de la posesión desmesurado; no hacía nada para demostrar que la amaba pero dejaba bien a las claras que lo suyo era suyo y que no iba a permitir que nadie fuera a arrebatárselo. Sus palabras parecían claras pero sus sentimientos eran muchas veces confusos, pero Andrea aprendió también que no era quien para entenderla ni para pedirle explicaciones, para exigir que le aclarase lo que sentía. Por eso comprendió que lo único que debía hacer era callar y aceptar, saber que todo lo que hiciera, dijese o sintiese estaba bien: Andrea terminó por no salir con nadie ni ver a ninguna de sus amigas, todo lo que no fuera estar a su lado le producía una inmensa pereza. Montse y Laura le telefonearon muchas veces para ir al cine, salir a cenar o invitarla a casa, pero dejó de hacerlo con excusas cada vez más endeble. Damià también la llamó algún fin de semana con una excusa laboral y una intención dirigida a verse, pero sus respuestas fueron tan secas y duras como guijarros de pedernal. Y hasta tuvo que hacerse experta en el arte del disimulo, en la farsa: se compró un bolso que llevaba de vez en cuando por la calle.

Disimular para vivir. Mentir para sobrevivir.

Nunca discutían. A Andrea le aterraba discutir, no le compensaba. Si Carmen opinaba que el sexo era frustrante cuando no acababa en orgasmo, no se lo negaba, aunque algunas veces a Andrea le bastase el placer de la caricia, el calor del beso, la ternura interminable. Y si Carmen no se dejaba siquiera besar cuando estaba con la regla, porque no quería "darse un calentón para terminar en nada", decía, tampoco le llevaba la contraria: ¿Cómo iba a explicarle que las horas se podían convertir en segundos con sólo tener sus manos entre las suyas, con que sus dedos fuesen plumas de ángel haciéndole cosquillas en el alma? O que el placer no era los orgasmos que le daba, sino su presencia, su aliento cercano. Nunca discutió con ella; todo lo que pensase tendría una razón y Andrea lo respetaba, pero sabía que estar tan vendida era algo que a la larga no podía ser bueno para ninguna de las dos. Hacían el amor cuando Carmen quería; dejaban de hacerlo cuando Carmen se cansaba. Y sus miradas eran señales que aprendió muy pronto para no infringir las normas inscritas en el código de la circulación que regían el tráfico por las autopistas de su cuerpo.

Solían dormir la siesta juntas. Se veían dos o tres veces a la semana, en días que habían madrugado y a ambas les faltaban horas de sueño, y en los encuentros de primera hora de la tarde se tendían una junto a la otra, y a veces Carmen dormía. Andrea sólo entornaba los ojos, rara vez llegaba a dormir, casi siempre la miraba y permanecía así, sin hacer ruido.

Era lógico que Carmen estuviese cansada, piensa Andrea. Antes de llegar a la televisión había preparado los desayunos de los niños, los había vestido y lavado y había dejado instrucciones precisas para la comida y la cena. Después, trabajaba hasta las tres e iba a verla. Casi nunca podían comer juntas porque ella necesitaba mostrarse con normalidad entre los compañeros de trabajo, incluso ante su marido, a quien acompañaba de vez en cuando durante la hora de la comida. Cuando al fin llegaba a la casa, estaba rendida. Necesitaba descanso y Andrea se lo proporcionaba, aunque al hacerlo se estuviese perdiendo aquellos maravillosos momentos de las caricias.

Carmen no comprendía que Andrea precisara vivir en la clandestinidad. Aseguraba que su caso era distinto: a fin de cuentas estaba casada y lo suyo era un acto de infidelidad; pero en lo que se refería a ella era lesbiana y no comprendía que lo ocultara. Qué difícil le resultaba a Andrea explicarle que la sociedad rechazaba la homosexualidad, sobre todo en las mujeres; la permitía más fácilmente entre hombres sólo por razones de poder. "La sociedad es machista", le explicaba, "y si conoce que un hombre es homosexual, lo acepta porque al fin y al cabo es un rival menos a la hora de poseer y ejercer su poder sobre las mujeres, lo que a la mayoría les parece estupendo. Pero si una mujer llega a una situación en que puede sustituir al hombre en la intimidad y en los afectos con otra mujer, como instrumento capaz de proporcionar el mismo placer, u otro mayor, nadie lo admite. El poder, todo es a causa del poder." Carmen la miraba sin comprenderlo, se reía a carcajadas y decía que era una exagerada, una mitinera incendiaria, su pequeña Pasionaria la llamaba, y añadía que no temiese porque si alguien intentaba hacerle daño, ella le ajustaría las cuentas. "¿O es que acaso no sabes cómo soy?", preguntaba.

Carmen no entendía lo que Andrea le decía, nunca la entendió, pero no importaba porque no sabía la tranquilidad que le daba tener sus piernas encima, oírle respirar y verla dormida, tan dormida como para no atreverse a apoyar las manos en su cuerpo por si la despertaba. Le hubiese gustado hacerle todo placentero, también su sueño, pero no podía saber lo que deseaba, lo que sentía. Lo único que quería era notarla a su lado, con esa normalidad imposible que le hacía abrir los ojos para comprobar que era ella, que era verdad, que estaba ahí, durmiendo, aunque sólo fuese la siesta. Carmen, así, era como una niña a la que se podía mirar sin fatiga toda una vida. Dormida sonreía a veces, y a Andrea le gustaba creer que estaba soñando con ella. Entonces sonreía también, sentía que eran dos mujeres sonriendo sin que una de ellas supiera que la otra la amaba en esos momentos de una manera que no podía explicar. Cómo iba a explicarle Andrea que desde que habían hecho del día su tiempo ya no le gustaba la noche, no le gustaba.

Recuerda que lo que más temía era que alguna vez llegase la indiferencia. Jugar a verdad o mentira con Carmen no lo hubiera soportado. Le suplicó que si le llegaba a resultar indiferente, se lo dijera. Y si se resistía a creerlo, se lo escribiera en la piel, a fuego, hasta que lo comprendiera. No quería ser para ella como cualquier otra persona. No hubiese podido...

A veces Andrea se ponía triste y trataba de convencerse de que en cualquier momento miraría hacia ella y Carmen ya no la vería. Trataba incluso de hacerse a la idea de que ya era

así, pero cuando se desbordaba en ella, cuando estaban juntas y dejaba de pensar que no la quería, que se había hartado de ella, entonces, cuando todo su cuerpo y su cabeza querían poseerla y abusar de su piel, no podía más que disfrutar, chorrear y babear. También se le caían las lágrimas, pero no le gustaba que Carmen lo viera, que la viera en esos instantes en que no pensaba en ella, en los que se abandonaba para estar metida en sí misma y sólo sentir su lengua dentro y sólo eso; cuando oía su voz decir exactamente lo que más deseaba. Era cuando la provocaba para atreverse con ella, para ser más animal aún. Por eso no quería que la viera, porque no era un acto de amor delicado sino un deseo de quererla apretar, chupar, tragar y fundirse en ella, en su carne.

Se acercaban las vacaciones de Semana Santa y al igual que todos los años Carmen iría con su marido y sus hijos a un lugar en el que Andrea no podría estar. A ella sólo le quedaba esperar en Barcelona, tachando los días con ansiedad según se fueran descontando hasta que llegase el momento del reencuentro. Aquella relación estaba terminando por convertirse en un continuo reencontrarse, pero nunca como aquella Semana Santa se produjo una pausa tan larga entre un abrazo y el siguiente. La ciudad siempre le había gustado, pero en esos días comprendió que únicamente era útil cuando estaba sola, que la gente sólo era necesaria en la soledad. Con Carmen jamás necesitó la ciudad; sin ella, era la única manera de sobrevivir. Como hace ahora, esta noche y todas las noches.

Se acercaba la fecha del viaje y Carmen no hacía otra cosa que quitarle importancia: creía que exageraba, que Andrea se obsesionaba, que tampoco iba a pasar nada porque estuviesen unos días sin verse, y además llamaría por teléfono siempre que le fuera posible. Quizá fuese cierto. Andrea nunca llegó a controlar del todo sus sentimientos cuando se trataba de Carmen, pero en aquellas vísperas empezó a notar el mismo vacío que sintió luego, en su ausencia. Y, no obstante, recuerda que la tarde anterior a su marcha estuvieron hablando de ellas y Carmen le dijo que era muy hermosa, que le gustaban sus ojos, sus manos, sus labios y sus entrañas, que comerla era saborear dulce de membrillo, que amaba sus rodillas y sus tobillos, que le encantaría tener su pelo. A cada cosa que decía, Andrea respondía que no lo creía, pero en realidad estaba diciendo ojalá. Siempre fue así: Andrea decía "no" y quería decir "ojalá". Aceptar que a Carmen le podía gustar algo de ella era tan presuntuoso que le avergonzaba pensarlo. Pero aquella tarde de víspera de vacaciones Carmen dijo tantas cosas, habló de tal manera y hurgó tanto en su timidez, que Andrea pasó los diez días de su ausencia recreando esos momentos, reviviendo sus palabras para soñarlas, para imaginar que eran ciertas y que acaso fuese verdad que la amaba, aunque no fuera nada más que la sombra de lo que la amaba ella.

Aquella noche durmió como si fuera sobre el cuerpo desnudo de Carmen en un coche-cama. Por la tarde había conocido a una chica amable, adorable, dulce, cariñosa, divertida, graciosa, interesante, respetuosa, cuidadosa y atractiva. Sobre todo atractiva. Se había enamorado otra vez como nunca imaginó que se podía enamorar. Carmen no podía saber lo maravillosa que era porque, a veces, a Andrea se le nublaban los ojos y no podía reflejarlo para que Carmen lo viese en ellos y se contemplara en toda su hermosura. Creía que la conocía pero no era así. Descubrió que estaba enamorada de dos mujeres, de ella y de la que, cuando quería, Carmen llegaba a ser.

Tampoco era la primera vez que se quedaba eufórica cuando Carmen se había ido. No era la primera vez que oía música, bailaba, leía, recitaba o planchaba en el mismo estado adolescente de los quince o dieciséis años, cuando se enfrentaba al espejo de cuerpo entero que había en su habitación. Jugaba entonces a vestirse con la malla azul o negra de manga

larga que tenía para la clase de gimnasia. No se acuerda de si llevaba medias y zapatillas o permanecía descalza, pero sí recuerda los besos que se daba en el espejo, y que le gustaba, o mejor dicho, que le gustaba imaginar lo que sentiría cuando supiese que agradaba a otras, que las seducía. Eran momentos en los que aún no había besado ninguna boca, ni saboreado ninguna lengua, ni jugado con ningún paladar, y el espejo frío, frío y liso, no le excitaba. Pero la imagen que veía, aunque no le terminaba de resultar fascinante, tampoco le impedía imaginar que un día la amarían, la harían disfrutar.

Ahora había pasado mucho tiempo, pero se veía otra vez al otro lado de otro espejo, no delante del que se acarició tantas veces, ese estaba descolocado en el pasillo de la casa de sus padres, sino frente al que ahora se miraba y se peinaba para nadie. Se veía y trataba de ver lo que Carmen veía en ella. Porque estaba ante el espejo, desnuda, y no le dolía la ansiedad sino que estaba tranquila, mirándose poco a poco, repasando lo que Carmen veía en ella para disfrutar por ella si era verdad que disfrutaba mirándola, para que por sus ojos viese Carmen lo que decía que le gustaba ver, para servirle de algo incluso cuando no estaba. Se acarició pensando que era ella quien disfrutaba tocándola, hasta que descubrió que estaba haciendo trampas, que en realidad se estaba sirviendo de ella para sentir el húmedo mar de interior en sus muslos. También en la adolescencia Andrea ponía la almohada vertical y se la metía entre las piernas. En esos días de vacaciones de Semana Santa lo hizo un par de veces, pero lo que más hacía era ponérsela encima para fabular que dormía junto a Carmen. Aunque en realidad no quería una almohada, lo que quería era tener cerca su piel, su cuerpo y su carne, el calor de su respiración y el aroma a hierbabuena de su risa. En la adolescencia no tenía recuerdos, no podía añorar a Carmen, pero ahora no podía hacer otra cosa. Y además se recuperaba a sí misma, se veía bailando tranquila, lentamente, o dibujando un proyecto de decoración tirada sobre la cama, o cerrando las páginas de un libro. Carmen la había cambiado sin saber la falta que le estaba haciendo.

Antes, todo lo hacía como deberes; con ella, Andrea aprendió que se podía hacer todo sin dejar de ser como era. Pensaba que lo que más le habría gustado hubiese sido estar con ella cuando era pequeña y que sus manos hubieran guiado las suyas, que hubiese sido su amiga mayor, su amiga del alma. Que hubiera guiado sus dedos en aquellos lejanos días cuando ella se tocaba la tripa y sentía escalofríos, pero no iba más allá, o crecía poco a poco. Pero ella sola. Los chicos no le gustaban; y entre las chicas no se atrevían a gustarse ni mucho menos a decir que se gustaban. Podían haber estado juntas entonces. Lo deseó tanto... ¿Se puede echar de menos hacia el pasado?, piensa ahora Andrea, andando deprisa, para volver a casa. También lo pensó mucho durante aquellos días.

Andrea no salió de Barcelona. Se acostaba pensando en Carmen, rememorando la paz que le dejaba cuando había estado a su lado. Apenas eran las diez de la noche y se iba a dormir, agarrada su mano a un pañuelo rojo de seda que le había regalado ella. Se hubiese llevado a la cama miles de fragmentos suyos, palabras, pañuelos, pulseras y perfumes, pero habría dado igual: sabría que no estaba. Pero se agarraba a su pañuelo porque era como dormir dándole la mano. Había noches en las que, aunque sabía que estaba tan lejos,

pensaba que podía aparecer de repente en casa: creía que la falta de realismo era esencial para vivir en el paraíso de las ilusiones. Por eso no podía entregarse al sueño todavía; se quedaba levantada y despierta un poco más, sólo un poco más, remirando los rincones de su casa y preguntándose si a Carmen le agradaría cómo la tenía puesta. En las paredes, pintadas con el color del melocotón, había un cartel de Thelma y Louise, una serigrafía de Miquel Barceló (uno de aquellos estudios sobre moscas en los que había trabajado el artista a principios de los años noventa) y una serie de cuatro fotografías de desnudos femeninos recortadas de revistas y enmarcadas en cristal. Sobre la cómoda había una escultura anónima de un premio de diseño que le habían concedido no recuerda cuándo, y en las estanterías se salpicaban bloques de libros, máscaras de carnaval y cintas de vídeo. El sofá era blanco, los cojines de colores, el puf de piel negra y la mesita de metacrilato. La mesa de comer era una camilla cubierta de faldones verdes, rodeada de cuatro sillas, de mimbre. El estor de la ventana nunca estaba bajado. Y sobre las guías, en el suelo, permanecía mudo el aparato del teléfono. Un teléfono del que siempre estaba pendiente: tal vez ella pudiese llamar. La felicidad era pensar que era posible que llamase, oír su voz, hablar de nuevo con ella. También lo era imaginarla disfrutando de sus vacaciones, aunque prefería oírsele decir por teléfono. Por el tono de su voz sabría si se lo estaba pasando bien o no.

El sábado por la tarde tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para ir a ver a sus padres, pero regresó de l'Hospitalet esa misma noche: no quiso quedarse a dormir aunque su madre insistió para que lo hiciese. Les llevó una bandeja de pasteles que no abrieron. Su padre la miró durante toda la tarde como si tuviese la lepra, o el sida, con los ojos vueltos, sintiendo una pena que no disimuló ni siquiera para no ofenderla. Su padre era un moribundo que llevaba nueve años muriéndose pero que, aunque lo intentaba, todavía no había conseguido convencerla de que se moría por su culpa. Su madre le había dicho que era como era, y que qué se le iba a hacer: "En la vida no todo sale como se planea", y aunque Andrea le dijo que por qué se lo había tenido que decir, que su vida era suya y no tenía derecho a andar pregonando por ahí si su hija era de una forma o de otra, ella puso esa cara de indefensión y de ignorancia que dibuja cuando no quiere saber de qué le están hablando, pero lo sabe a la perfección, y ya no hubo más conversación. Su padre se dejó besar por Andrea cuando se fue, pero no se levantó del sillón ni la besó. En el vestíbulo, mientras se despedía de su madre, que la besó dos veces en la misma mejilla, oyó que desde la salita de estar repitió tres veces la palabra zorra. Su madre dijo que no le hiciese caso, y volvió a decir que podía quedarse a dormir.

El viaje de regreso a casa, en autobús, fue una lucha ciega contra sus ojos para que no se rompiesen en lágrimas. Una batalla que perdió antes de entrar en el casco urbano de Barcelona. Al llegar a casa, parpadeaba el ojo del contestador y corrió a oír el mensaje, por si era de Carmen. Pero era la voz de su madre que decía: "Andrea, hija, te has dejado los pasteles. Ya sabes que tu padre y yo no los podemos comer. Si quieres, ven por ellos y, de paso, te quedas a dormir". Esa noche Andrea se bebió todo el alcohol que tenía en casa, se bañó en restos de colonias y perfumes y estuvo oyendo en el lector del CD canciones de

Sting, de Rosana, de Mercedes Ferrer, de Camarón, de Los Rodríguez y de otros muchos, sobre todo flamenco, hasta que se olvidó de que estaba viva.

Carmen regresó el martes de Pascua a los estudios de televisión de TV-13 y a la rutina de sus brazos. Estaba de una hermosura de cuento, bronceada y radiante como un sol de medianoche, con los ojos más límpidos y vivos que nunca. No hubo palabras en el reencuentro, no las necesitaron. Hubo caricias, ternura, silencios y una lágrima de una de las dos que, resbalando entre las mejillas pegadas, no tuvo dueña. Fueron dos horas pero faltó tiempo para hablar, para contarse qué habían hecho y, sobre todo, qué habían sentido. En la despedida apresurada sólo dijo que al día siguiente iría a comer y luego pasarían la tarde juntas. Después, cuando se fue, Andrea salió a llenarse de aire por el barrio gótico, se perdió en sus meandros de moho y piedras grises y lloró sin lágrimas la dicha del reencuentro. Volver a pasear el barrio gótico con su presencia en la ciudad fue conocerlo de nuevo. Era muy placentera la libertad de sentirse suya. Aunque sólo lo supiera Andrea. De todas formas, pensó que podían haberlo gritado al mundo sin temor. ¿A quién le importaba los secretos de dos mujeres en un mundo que se estaba despedazando? Con Carmen sentía que se deshacía, que se perdía, que no tenía control sobre su cuerpo, que era sólo un vientre y allí estaba ella, desencadenándola. Lo había oído decir: "*El corazón es una vagina voraz con la que copulan nuestras emociones*". En los momentos de consciencia Andrea pensaba que pertenecía a Carmen, que era la única que tenía la llave del placer, que sabía dónde estaba ese lugar que no veía pero notaba húmedo, blando, jugoso. Cuando Carmen la tocaba, fuese la parte del cuerpo que fuese, siempre sentía la descarga sensual en la vagina, y más si lo que le tocaba era un pezón. Entonces quería compartir su paladar, reconocer sus encías, morder sus dedos y lamer su ombligo. Y se dejaba hacer. "*Excávame con tus manos, soy de arena...*", le había leído. Nunca disfrutó así con nadie, nunca llegó, como con Carmen, a ese paraíso en el que el placer ya no dependía de ellas mismas sino de sus cuerpos, que se corrían, que se amaban. Andrea hubiese hecho lo que le hubiese pedido Carmen, cortarse las uñas, el pelo o las venas. Fue suya aunque ella no se lo pidiese nunca. Es más, ahora, cuando lo piensa, cree que Carmen llegó a quererla de verdad, a su modo, un modo contenido y aparentemente frío, pero a quererla. Carmen la tuvo que querer porque no era posible que mintiese su mirada, ni engañaran sus dedos ni sus palabras, ni fuese incierta la ternura de su mano en su cara al llamarla niña. Está segura: llegó a quererla porque ella se lo dijo, ella que no gastaba palabras de amor por timidez, o por vergüenza, o por inseguridad. Cuando un día hablaron de lo que eran, de lo que pensarían los demás si lo supieran y de lo que ellas mismas podían hablar sin escandalizarse, Carmen fue tan valiente que sólo el amor, cree Andrea, pudo darle fuerzas para arriesgar lo que más apreciaba, su condición pequeñoburguesa de catalanidad reciente. La publicidad de ese amor sería una sentencia que le arrebataría la estabilidad con Joan, la compañía de sus hijos y tal vez la cotidianidad de un puesto de trabajo en almoneda, como todos en esos tiempos, pero Carmen insistió en que se quedaría a solas con su amor, con ella, eso dijo, y aunque Andrea le advirtió que ella no era nada comparada con las cosas y los seres entrañables que la rodeaban, nada en

comparación con su luminosidad y su hermosura, Carmen la hizo callar a besos. La amó, ahora está segura de que la amó, y si no fue tanto como ella la quiso, ni en el modo en que lo hizo, porque en Andrea fue un vaciamiento de entrañas absoluto, completo y definitivo, al menos la quiso de la manera en que había aprendido, era imposible pedirle más.

Abril fue un mes de viajes y proyectos, un viaje de Carmen, otro de Andrea y un proyecto de viaje común que al final no pudo ser. Ella tuvo que ir a Sarajevo con un equipo de los servicios informativos para cubrir el inicio de la campaña de las elecciones municipales que se iban a celebrar en septiembre, y regresó cuatro días después contando tantas cosas que no terminó de hablar durante semana y media; y Andrea tuvo que viajar a Madrid para realizar un nuevo proyecto de decoración de una tienda de Gucci en el barrio de Salamanca. Cuatro días ausente estuvo Carmen y dos Andrea en Madrid, demasiado tiempo para estar separadas.

Por eso decidieron escapar a París, un par de días nada más, pero un par de días que serían enteros para ellas. Carmen inventaría en su casa un nuevo desplazamiento por exigencias de trabajo y Andrea no tendría inconvenientes en el estudio, París siempre era una excusa perfecta.

Decidieron viajar un lunes y un martes, días neutros, y pasaron varias semanas preparándolo de tal manera y con tanto realismo que tan apasionantes fueron los planes como la promesa de libertad que se estaban regalando. Ningún detalle quedó al azar; sería un viaje que no dejaría rastro, que no dejaría huellas en nadie, sólo en ellas. El plan era viajar en el primer vuelo del lunes 14 de abril y regresar en el último del martes 15, con billetes separados, comprados en agencias distintas con una hora de diferencia, de modo que Carmen sacaría el suyo y Andrea podría después pedir en su agencia el asiento contiguo, o en su defecto uno cercano. Carmen pagaría el importe de la ida y de la vuelta en metálico, con dinero que Andrea le prestaría. Andrea pagaría con plástico. En cuanto al hospedaje, finalmente consensuaron L'Hôtel, en el 13 de la rue des Beaux-Arts. A Andrea no le gustaba la decoración, a medio camino entre el romanticismo tardío de principios de siglo y lo hortera de la tapicería en rosa palo y oro, pero a Carmen le parecía muy excitante que allí hubiese vivido sus últimos días el cínico Oscar Wilde, y que incluso tuvieran la suerte de que les dieran la misma habitación. No era barato, demasiado caro para París, le dijo, pero le ilusionaba tanto que Andrea fue incapaz de oponerse. En realidad, lo único que le importaba era estar con ella, el sitio, la ciudad y el tiempo daban igual. La cuenta del hotel era cosa de Andrea, ya harían números a la vuelta y verían la forma en que Carmen daría su parte poco a poco, inventándose gastos en la casa o sacándolo de la cuenta corriente que compartía con Joan.

La única noche que pasarían en París cenarían en Le Télégraphe, sin duda el único sitio donde las mirarían, a qué si no iba todo el mundo allí. Una especie de venganza en frío, la revancha contra el mundo. De la clandestinidad de Barcelona al exhibicionismo de Le Télégraphe, se dijeron; de eso se trataba. Antes, dedicarían la mañana a ver escaparates en el boulevard Saint Germain, Shuemura, Sybilla, Ventiló, Montana, Gaultier, Khenzo, Versace y

Laurent Mercadal, hasta Adolfo Domínguez si daba tiempo, y por la noche, si no estaban agotadas, tomarían algo en el Café de Flore para recordar otras visitas y por no salir del barrio.

El martes madrugarían para desayunar cruasanes recién hechos y subir escaleras de cristal en el Pompidou, Carmen quería verlo. También irían al museo Picasso, antes de comer, y al Louvre después, sólo estaba a un paso yendo por Rivoli. Comerían deprisa en cualquier cafetería del boulevard Sébastopol... Ese era el plan, pero pronto descartaron el Louvre. A Andrea le daba lo mismo, con verla pasear a su lado se conformaba, pero ella dijo que era absurdo perder dos horas en un museo, que había estado quince veces en París y nunca se le había ocurrido ir, por qué tenían que hacerlo ahora. Tenía razón, Andrea lo sabía desde el principio, pero la programación inicial del viaje parecía hecha desde un laboratorio de turismo hortera de fin de semana y a ella no le importaba. Lo que Carmen dijese estaba bien. Ella sabía que, planearan lo que planearan, Carmen terminaría de compras en el Porte de Montreuil, aunque quizá la ropa de segunda mano le diera aprensión y finalmente cambiaría de idea y compraría algo de Esprit, aunque para eso, la verdad, no hacía falta ir a París, dijo en un momento de lucidez en medio de la pasión de unos planes que les ilusionaban.

Irían hasta el aeropuerto en taxis distintos y no se hablarían si no estaban seguras de que no volaba nadie que pudiera reconocerlas, y al regreso se despedirían en el avión, al aterrizar en el Prat. Todo decidido.

Una varicela leve de Juanito, el pequeño de Carmen, rompió los planes con el estruendo de una vajilla que se resbala, con los billetes comprados y confirmada la reserva del hotel, y el viaje pospuesto para mayo, un tiempo demasiado lejano para que Andrea pensara que alguna vez llegaría. Se consolaron mutuamente por teléfono cuando Carmen le dio la noticia el sábado 12, y aun siendo verdad, en algún momento a Andrea se le pasó por la cabeza la idea de que el niño no estaba enfermo, aunque también le pareció recordar que una vez dijo que una madre no ponía jamás la salud de su hijo como excusa cuando no quería hacer algo. Tal vez fuese una advertencia, o una pirueta en la que poder ampararse algún día, pero lo cierto fue que la levedad de su mal fue tanta que el miércoles volvió al colegio. Andrea nunca supo la verdad ni se interesó por conocerla. Lo que ella hiciese, y lo que decidiese, estaba bien, fuese lo que fuese.

También recuerda que, cuando viajó a Madrid, tuvo muchas horas para pensar y no sabía qué había cambiado y qué no había cambiado en ella desde que había conocido a Carmen. Estaba sentada en la cafetería del aeropuerto sin nervios, sin desesperación, con un pie fuera del zapato, con el cansancio justo y a la espera de oír la llamada para su vuelo. Era pronto, había llegado con demasiado tiempo de antelación porque creía que, llegando antes, saldría antes y llegaría antes a verla. En otra época, en su adolescencia, estaría perdiéndose o intentando perderse por bares y callejas de Madrid, o confundiéndose y confundiendo las intenciones de otras en La Bohemia, en Medea, en Truco o en Ambient, antes se llamaba No Te Prives, pero entonces estaba allí, como quería, sola, sin nadie a quien no quería.

Sólo existía un parón en el reloj, otra pausa más hasta volverla a ver.

Descubrió que, sin darse cuenta, con Carmen había aprendido a estar tranquila en todos los momentos, y que no le interesaba ni tenía por qué interesarle pasear, ni mirar a la gente, y no era porque no concibiese hacer esas cosas: las había hecho antes de conocerla con el deseo de empaparse de la humedad del ambiente, de caminar por las calles o junto al mar, de descubrir algo. Pero ya no quería más, sólo quería que ella supiera dónde estaba, qué hacía, para que la conociera aún mejor. Supo que su parte frívola, sus autotraiciones, sus falsedades, habían desaparecido cuando la conoció. Y que lo único que hacía eran cosas intrascendentes hasta que llegase el momento de volver a verla.

Quizá pudiese sentir con otras, amar y gozar con otras, pero no podía pensar que hubiera alguien más que no fuese Carmen. Tampoco se acordaba del tiempo anterior cuando aún no la había conocido: no recordaba otra vida, ni otras sensaciones. Tendría que acudir al Registro Civil para solicitar que rectificaran su partida de nacimiento y quedase constancia de que había nacido el mes de enero de 1997 a la edad de veintiséis años en Barcelona, el día que la conoció en un aeropuerto y cruzó con ella una mirada de necesidad que por una vez supo interpretar.

En la distancia es como mejor se aprende a valorar lo que se tiene. Aquella tarde, esperando la voz metálica que anunciara su vuelo de regreso, supo que toda ella era de Carmen porque cerró un instante los ojos y se preguntó quién había en la cafetería, intentó recordar a una persona, sólo una persona, y no se acordó de nadie. Ni de hombres ni de mujeres, ni siquiera del camarero que la había atendido. Cuando comprendió que su mundo se reducía a Carmen, tembló. Porque si ella escapase de su lado no se quedaría huérfana, simplemente ya no existiría. Pensar en ello multiplicó la valoración de lo que tenía, agrandó su imagen, su recuerdo, como esa manta de nubes que va adueñándose del cielo al atardecer antes de la tormenta en verano, como esa sombra del edificio que crece en la acera de la calle a primera hora de la tarde.

No quería estar lúcida y decidió no estarlo nunca más. Sólo cuando soñaba creía ser amada. Esa fue la consigna: no dejar nunca de soñar.

Al regresar de Madrid, fue Damià, en la reunión mensual de gestión y proyectos, quien antes de acabar hizo un par de insinuaciones sin gracia sobre ella y terminó planteando, con gravedad fingida, que los socios tenían derecho a conocer su situación sentimental, y que, vamos, "que desembuchara", que tenía la obligación de informarles si tenía pareja. Tal vez porque se pusiera nerviosa, o se quedara desconcertada, o lo que fuese, el caso es que Andrea se ruborizó y dijo que no, que no había nadie en su vida, tras lo cual Juanjo y él se echaron a reír entre grandes carcajadas que congestionaron a Damià hasta hacerle toser. En cambio, Juanjo pidió disculpas pero ninguno de los dos pudo imaginar cuánto los odió en aquellos momentos. Juanjo volvió a disculparse mientras ella se levantaba, recogía sus papeles apresuradamente y abandonaba la sala de juntas. No supo mandarlos a la mierda. Le habían perdido el respeto por completo, nunca pensó que llegase

a ser así, pero ocurrió. Su propia empresa se había convertido en un campo de batalla con bandos que se odiaban, y ella estaba en el perdedor. También allí era perdedora.

La vida fuera de casa estaba convirtiéndose en un infierno. Sólo con Carmen se encontraba segura; con ella no necesitaba fingir. Por eso valoraba cada vez más su presencia. Su carácter apacible, sosegado, sin estridencias ni altibajos podía hacer pensar a primera vista que no amaba, que se dejaba amar sin ofrecer nada a cambio. Tal vez fuera así, nunca lo supo con seguridad, pero Andrea estaba tan a gusto a su lado, Carmen permitía que la vida transcurriese con tanta placidez a su alrededor, que era como vivir entre nubes blancas de verano, refrescantes y cálidas a la vez. Carmen era una mujer muy madura a los treinta y ocho años, con la cabeza siempre fría y el cuerpo siempre dispuesto a entregarse al juego. Repitió hasta el final que a ella no le gustaban las mujeres y cuando, en un sarcasmo innecesario, atrevido, Andrea le preguntó qué era ella entonces, dijo con todo el cinismo del mundo que ella no era una mujer, que era su amante. Y cambió de conversación como si la contradicción no hubiese salido de sus labios o ni siquiera la hubiese dicho.

No le gustaban las mujeres pero le gustaba Andrea, decía; quizá porque le daba placer. Su pelo era corto, despeinado y cortado a capas, pero Andrea no cree que eso le hiciese figurarse durante el orgasmo que no era una mujer. Tenía más pecho que ella, apenas tenía vello púbico y podía ver su sexo al besárselo, no podía confundirlo, no había lugar a la duda ni en los momentos de mayor abstracción. Le gustaba Andrea, eso decía, y cuando la acariciaba sabía que acariciaba a una mujer; cuando la besaba, besaba a una mujer y cuando introducía los dedos o la lengua donde la aventura se convertía en lluvia, sabía explorar paisajes ocultos con el mayor de los desparpajos, sin confusiones. No le gustaban las mujeres, tenía que decirlo tal vez para estar conforme consigo misma, pero le gustaba Andrea. Menos mal, piensa ahora.

Porque Andrea estaba enamorada de ella de una manera irracional, salvaje, primitiva y abismal, sin resquicios a la duda. Enamorada hasta el vértigo, hasta el naufragio. Una indicación, un gesto, y era suya la sombra de la luna en una noche nublada si había la más remota posibilidad de alcanzarla. Nunca empleó con ella la palabra esclava pero Andrea se la repitió una y mil veces, incluso cuando le sonaba bien.

Fue un amor compartido, sin reproches. Hasta sus ángeles de la guarda se hicieron amantes durante ese tiempo. Carmen miraba sus pies antes de besarlos y Andrea hacía zumos de pomelo y uva para que los bebiera y su sabor le recordase mañana que hubo un ayer con ella. Se quisieron de una manera que no les dejó pensar en lo que les estaba sucediendo, de una manera dulce, como si fuesen mucho más que dos mujeres enamoradas. Se idealizaron como si fuesen recuerdos.

Empezaron a salir juntas para hacer las compras del verano que se anunciaba. El sol maduraba más cada día y les dejaba marcas en los antebrazos y en el escote. Abril se moría y empezaron a salir de compras por la tarde los días en los que Carmen no tenía que cuidar a sus hijos y en los que Joan, su marido, iba a volver tarde. Miraron camisetas, pantalones vaqueros, botas sin tacón y vestidos sin mangas. Pero sobre todo pantalones ceñidos y camisas amplias para llevar por fuera. Era casi un uniforme para Andrea, una costumbre; para Carmen una novedad a la que se habituó deprisa, siempre que los pantalones fueran de marca y las camisas caras, de última moda. Salieron de compras y fue suyo el paseo de Gràcia: desde Catalunya a Joan Carles entraron en todas las tiendas que tuvieran algo en el escaparate que atrapara la mirada de una u otra más de dos segundos y gastaron poco porque tampoco compraron mucho. Y así una tarde, dos, tres, Andrea ya no recuerda cuántas. Hasta el día en que ocurrió lo de la boutique de Antonio Miró.

Joan iba en su coche, dijo. Dio la casualidad de que las vio entrar en la tienda y bajó para confirmar que no había sido una alucinación. No lo vieron, por eso tampoco pudieron recordar si entraron juntas en el probador, como otras veces, o si se habían dado la mano o un beso. Andrea cree que no, y Carmen está segura de que si hubiesen roto el pacto se habría dado cuenta; pero esa noche, cuando volvió a casa, Joan estaba esperándola con los ojos encendidos y las uñas afiladas, preparado para recriminarle sus mentiras. Al día siguiente, por teléfono, le contó a Andrea que no había negado que estaba con ella en una tienda, incluso que le había preguntado cuál era el delito, si acaso no podían ser amigas, y él sintió una rabia que fue incapaz de disimular. Joan quiso saber desde cuándo se veían y Carmen mintió asegurándole que se habían encontrado por casualidad, pero repitiendo que seguía ignorando cuál era el problema. "¡Que le gustan las mujeres, joder, que a ese marimacho le gustan las tías!", vociferó fuera de sí, y Carmen sonrió mientras decía, sin perder la sonrisa ni elevar la voz: "Pues qué bien. A lo mejor le gusto yo."

Ella rió mientras se lo contaba, pero a Andrea no le hizo ninguna gracia porque según lo iba oyendo sentía en la garganta una soga que se estrechaba, en el cielo una nube que crecía negra y en la espalda una pesadez como si cargase un saco lleno de tierra húmeda de sepulcro abierto, un presagio aterrador. Tal vez temía tanto perderla que cualquier sombra la hería mortalmente, y así se lo dijo a sí misma para aliviar el ardor y deshacer la magia negra; pero al día siguiente comprendió por qué se había hecho de noche en su alma: recibió una llamada telefónica de Joan conminándola a no volver a ver a su mujer y advirtiéndola que si lo hacía se atuviese a las consecuencias, añadiendo que si no podía vivir sin hacerle daño acabaría con ella sin el menor remordimiento.

A Carmen no podía decírselo. Andrea no sabía si él ya le había informado de las amenazas, ni tampoco si estaba al corriente de que Joan y ella habían sido amantes durante un mes y trece días. Ella no volvió a hablarle de su marido y Andrea no se atrevió a contarle

las amenazas; lo único cierto fue que no volvieron a salir de compras y su casa volvió a ser la madriguera que durante mucho tiempo no se atrevieron a abandonar.

Andrea no tuvo necesidad de preguntar si la quería. Una tarde de finales de abril, el último miércoles, Carmen llegó a su casa excitada, mucho más irritada que otras veces, cuando había tenido un disgusto serio en el trabajo, y Andrea pensó que seguramente había discutido con su marido, pero no se atrevió a preguntárselo. Carmen, sofocada y exagerando los aspavientos, tiró los zapatos lejos, llenó un vaso de whisky, le ordenó que se sentase a su lado en el sofá y después de beber un sorbo largo anunció que había tomado una decisión definitiva: dejaba a Joan y se iba a vivir con ella. Añadió que, si le parecía bien, lo dijese, y si tenía alguna objeción, aquél era el momento de exponerla. Después fijó su mirada en Andrea, para que no cupiesen dudas de que hablaba en serio, guardó un silencio solemne, bebió otro gran sorbo y esperó a oír su voz.

Andrea pudo mantener la calma, no sin esfuerzo, a pesar de que los pulmones se le llenaron de aire caliente. La miró y sus ojos sonrieron como nunca sonrió un niño. Iba a responder que sí, pero se dio cuenta de que estaba agotada y de que sentía una felicidad mansa, sin estridencias. Y guardó silencio porque quería disfrutar de aquellos momentos. Le gustaba cómo era Carmen. La sorprendía cada vez que daba la vuelta a sus sentimientos, y lo hacía cuando hablaba, cuando la miraba, cuando la acariciaba. Tenía ganas de decirle que nunca más iba a tener miedo porque ella no lo tenía, pero no le quedaban fuerzas. Hablar con ella era muy parecido a pensar en voz alta; por eso quería que Carmen se diese cuenta de que lo que dijera no era nada definitivo, sino lo que sentía en ese momento, o mejor dicho, lo que creía que sentía Carmen y debía decirlo por ella. Quería darle las gracias por una decisión inimaginable, por su capacidad para hacer realidad los sueños, por hacer que se sintiera tan unida a ella. Sin estar a su lado carecería de norte, sería una barca en manos de otros, o a la deriva. Con Carmen sabía que sólo quería ir hacia ella, o más aún, no separarse de ella y evitar tener que buscarla en la tormenta continua del mundo. Como escribió Gabo, con amor hasta morir es bueno.

Con Carmen le pasaban unas cosas muy extrañas. Se había acostumbrado a disfrutar de instantes insuperables, como de esos diez segundos que tardó en terminar de decir lo que estaba diciendo, los diez segundos que le hicieron vivir en el mundo de los deseos. Antes de que empezara a imaginarse lo que iba a decir, ya lo había convertido en realidad. Dejó de saber disfrutar de cualquier otra cosa. No sabía que Carmen podía disolverse aún más en su cuerpo precisamente cuando más acompañada estaba por ella. Carmen debía saber que estuviese donde estuviese se sentía a su lado, pero la realidad era que no lo estaba y que no merecía la pena perder un segundo de estar junto a ella. A Andrea ya le había dado todo lo que nunca soñó y la había atrapado en todos sus detalles. Porque la quería, no podía pedirle que perdiera el tiempo, Carmen tenía que ver claro, abrir los ojos y aspirar a enriquecerse con alguien que le aportara algo...

"No", le dijo. "No puedes hacer eso... ". No lo hagas, repitió. Y en ese momento Carmen la miró de una forma tan extraña que supo que no lo había comprendido, y lo que era aún más terrible, que nunca lo llegaría a comprender.

Dijo no porque quería decir ojalá. ¿Dónde estaba su egoísmo, a qué venía ese repentino ataque de racionalidad absurda? La amaba de un modo tan absorbente, tan acaparador, que se desconocía diciéndole que no. Hubiese dado la mitad de su vida por haber podido tener la otra media para adorarla y sin embargo le estaba diciendo que no, le estaba pidiendo que no rompiese nada. Ahora cree que le daba tanto pavor defraudarla conviviendo con ella como perderla por aceptar que cambiasen las cosas, que no siguiesen como hasta ahora, que por lo menos la tenía un par de veces por semana, que al menos sabía que estaba a su lado cuando podía, en el secreto, en la sombra, en la oscuridad de la infidelidad.

Conservadora. El miedo había convertido a Andrea en una mujer conservadora. Prefería preservar lo que tenía a arriesgarse porque el riesgo de perderla no compensaba la locura de dormir soñando que estaba junto a ella, noche tras noche. Conservadora porque sólo deseaba defender lo que era imprescindible para vivir y Carmen lo era para ella.

Carmen quería ir a vivir con ella... Pero, ¿por qué? ¿Lo hacía porque la quería o por no seguir con quien ya no quería? ¿Quería acercarse a ella o alejarse de Joan? No se atrevió a preguntarle si la quería. Ni tampoco a preguntarle algo más importante: ¿Amas?, ¿a quién amas?, ¿has amado?, ¿a quién has amado? Porque también le hubiese preguntado ¿puedes amar a alguien más? Por no atreverse, ni siquiera le preguntó si la amaban, y quién, además de ella. Y es que no podía preguntar lo que temía ni oír las respuestas que necesitaba. Ni siquiera aunque se encontrase mal. No podía preguntarle si la amaba para que respondiera que sí, ni mucho menos para que dijese algo que le daba pánico, que no. Siempre creyó que podía percibir el calor de sus sentimientos en sus palabras, aunque Andrea fuera de otro modo y necesitase hablar porque deseaba que se sintiera adorada.

No le preguntó si la quería, pero en cambio se preguntó mil veces qué podía sentir por los otros. ¿Amó a Joan alguna vez? ¿Todavía lo amaba? ¿Quería a sus hijos? ¿De qué manera? Siempre pensó que quería, que amaba, e imaginaba de qué manera, pero esa clase de amor nunca lo vinculó a sí misma. Si Carmen la quería, tenía que notarlo. Y si lo que necesitaba eran palabras, no la amaría porque le estaba pidiendo algo que no formaba parte de ella. Carmen casi nunca hablaba de sentimientos, sólo de hechos. Y en el fondo se lo agradecía porque a Andrea las palabras le daban vértigo.

Con Carmen nunca sacaba conclusiones. Ni hacía preguntas. Porque a alguien que estaba a su lado demostrando que la quería no tenía nada que preguntarle. Andrea la sentía dentro de ella, y cuando la sentía lejos tampoco podía preguntarle nada. Nunca creyó que Carmen tuviese que quererla todo el tiempo. Para eso ya estaba ella.

Se lo hubiese podido preguntar, si la quería, pero tenía un miedo atroz a que sólo quedaran las palabras, a que hubiese sólo un recuerdo de palabras. Si tenía que quedar un recuerdo, que fuera de hechos.

Andrea se conformaba con estar dentro de su mano, aprisionada, quieta, callada, segura. Y rezaba para que no la abriese. ¿Cómo iba a preguntarle si la quería? Ahora le estaba diciendo que sí, que quería ir a vivir con ella, que lo dejaba todo, su casa, su familia y sus amigos, por ella. O por lo menos eso decían sus miradas. Los hechos.

Y Andrea le dijo que no porque quería decir ojalá, y entonces fue cuando empezó a perderla. Su ángel echó a volar sin permiso previo, y de repente se apagó la luz.

Le costó mucho trabajo decidir si había hecho bien o se había comportado como una estúpida: en ocasiones la bondad no tiene mérito porque es una excusa que inventa el pánico. Si en el amor no hay egoísmo, ¿en qué caja fuerte tiene justificación? El amor es codicia o no es nada, es ansia o es mentira, es avidez o es muerte. No tenía que haber pensado en Carmen sino en sí misma, no en su libertad sino en la suya, no en lo que le convenía a Carmen sino en cumplir sus propios deseos. Nadie le había pedido ser racional ni que pensara por ella, que decidiera por ella. Estaba diciendo no porque quería decir ojalá y la ambigüedad empezó por confundirla, por desestabilizar su precariedad.

A veces se odiaba por querer demasiado y no dar una oportunidad a las horas para que fuesen desvelando la pátina del futuro, tan imprevisible. A veces se odiaba de la misma forma con que Carmen debió odiarla cuando le dijo que no.

También, a veces, Andrea pensaba que había metido la pata manchándose unos pantalones que a Carmen le gustaban. Y no le daba tiempo o no le interesaba preguntarse si a ella le gustaban, lo importante era limpiarlos porque le gustaban a Carmen.

Desde entonces Carmen empezó a comportarse de una manera extraña; estaba herida pero no lo decía. Finalmente no se fue a vivir con Andrea, pero cada vez pasaba menos tiempo en su casa, jamás hablaba de Joan, su marido, y sólo parecía importarle que los niños supiesen que tenían madre. Joan, unos días después, telefoneó enfurecido a Andrea para decírselo a voces e insultarla por lo que había conseguido hacer de su mujer, convertirla en una puta lesbiana, así lo dijo, arrebatársela a él y a sus hijos con sus malas artes de bruja asquerosa, aseguró. Ella lo dejó hablar sin prestar demasiada atención porque se dio cuenta de que necesitaba vomitar toda la rabia que Carmen le estaba obligando a tragar, y no le costó ningún esfuerzo mantener descolgado el teléfono mientras continuaba proyectando sobre el papel un diseño de oficina de atención al público que tenía que entregar a unos clientes por la mañana, a primera hora. Al fin se cortó la comunicación y se le renovaron las dudas de si Carmen seguía a su lado porque la amaba o porque odiaba a Joan.

Dudar es morir poco a poco.

Las horas que pasaban juntas no eran tiempos muertos, pero se limitaban a hablar de lo que hacían o de lo que iban a hacer, no de lo que sentían. Era como si algo se hubiese roto y les diera miedo ir a ver qué era, como si hablar fuese peligroso y mirarse una impertinencia. El sexo como proceso que culmina en la catarata del orgasmo fue perdiendo importancia para Andrea, en realidad nunca había ocupado un lugar sobresaliente porque ella entendía como sexo todo lo que hacía con Carmen, pero ahora más que nunca la ternura, las caricias y las miradas de perfil fueron sustituyendo al orgasmo para crear atmósferas íntimas de cotidianidad, de costumbre, de una costumbre en la que Carmen no parecía sentirse tan feliz como ella. La normalidad, para Andrea, era un atardecer con las luces apagadas, las manos entrelazadas y los ojos entornados, en reposo; o largas conversaciones con Carmen en las que ella ponía el discurso y Andrea la atención, y a veces palabras sueltas, como copos de nieve antes de la nevada del silencio. Con la mirada absorta, inmóvil, Andrea quería descubrir en la rebotica de sus ojos las verdaderas intenciones que anidaban en la manera que tenía Carmen de tratarla, cariñosa pero distante, cada vez más distante. Carmen nunca interpuso cristales en el ansia de la mirada de Andrea, pero tampoco dio pie para que se atreviese a volcarse sobre ella y comérsela a besos, que era lo que estaba deseando. En realidad, nunca lo había hecho, pero desde que había dicho que no, queriendo decir ojalá, Andrea se refugió de forma aún más explícita en la timidez y en el retraimiento que le impedían mostrarse tan natural como estaba anhelando desde el abismo del pozo de los deseos.

Carmen le propuso que empezaran a salir de manera regular, no permanecer encerradas porque ya no le importaba que Joan supiese que se divertía como y con quien quería, que no le necesitaba para nada, como hasta entonces había tenido que fingir. Y propuso también que Andrea le presentara a sus amigas, salir con ellas, verlas de vez en

cuando y abrir el círculo: "Salir del armario", dijo, y se rió, sin estar segura de que ésa fuese la expresión correcta. Aquello fue el principio de la granizada, el primer relámpago que daba vía libre al aguacero. Apartarse de las sombras del armario era correr un riesgo sin límites: quien mejor lo sabía, además de las cucarachas, era Andrea. Pero abrieron las puertas porque ella lo quiso y porque Andrea nunca supo negarse a cualquier cosa que le pidiera.

Nunca supo negarse, en efecto. Un día le preguntó qué sentía cuando se masturbaba y Andrea contestó que no lo sabía. Entonces le dijo que se tendiese en el sofá, que se masturbara y se lo fuese contando. No tenía más intimidad; se la pidió y Andrea también se la dio. Quería que lo supiera todo de ella.

Cuando le dijo que era como un monólogo roto por su propia respiración, quiso conocer más detalles. Le dijo que sentía el corazón a punto de romperse en el hilo que va del disfrute a la ansiedad, y que al final todo se quedaba en la ansiedad. Era como un tiovivo, dijo, o como una montaña rusa... Al principio podía controlarlo todo; se mojaba y afloraban espumas blancas, pero entonces llegaba un momento en el que se perdía y ya no podía controlar nada, ni siquiera lo que decía, porque decía cosas que no se atrevía a decir cuando hacían el amor. Tocarse empezaba a veces de un modo casual, un roce, una caricia que bajaba; pero casi siempre era un acto premeditado, recordando otras veces, mirando su foto, haciéndose a la idea de que estaba con ella. Y le gustaba tomárselo como una exhibición para ella. Trataba de ir despacio hasta que, fuera de sí, iba demasiado deprisa y todo se acababa. Carmen le preguntó: ¿Y qué más? Y ella la miró descorazonada: no tenía nada más para darle.

Miraba a otras chicas por la calle. Después, Andrea también las miraba para descubrir qué veía en ellas, pero no hacía comentarios. También miraba a los chicos, pero cada vez menos. "Es guapo, pero seguro que sólo es otra polla tiesa", comentaba con un desprecio infinito, casi con rabia. Miraba a otras chicas y Andrea comprendió que buscaba algo más de lo que ella podía ofrecerle. Por eso telefoneó a Montse y Laura, quiso presentárselas y que las llevaran a algún lugar de ambiente que fuese discreto pero en el que pudiera conocer a alguien para regalar a Carmen.

Montse aceptó a regañadientes, es muy posesiva y defiende su pareja como hubiese deseado sentir Andrea que Carmen defendía la suya. Pero Laura se mostró tan entusiasmada con la idea que Montse fijó una cita sólo por complacerla. Y al día siguiente, a las nueve de la noche, llegaron a casa de Andrea, de donde salieron para cenar y tomar después unas copas.

Montse no se arregló de manera especial: se había puesto una camisa negra, unos pantalones vaqueros y llevaba el pelo corto, engominado, a lo *garçon*. En cambio, Laura se había cuidado tanto el peinado que con su media melena, brillo de castaños con reflejos

cobrizos, parecía un anuncio publicitario de champú con suavizante. También llevaba pantalones vaqueros, y una chaqueta muy ceñida de cuadros minúsculos blancos y negros, entallada y escotada, sin hombreras. Laura estaba muy hermosa aquel día. Hermosa porque parecía radiante: sus ojos reflejaban esquirlas de sol en el agua. Le ilusionaba conocer a gente nueva y salir otra vez de bares, lo que no hacía desde hacía mucho tiempo porque Montse ya se había apoltronado.

Carmen las recibió como si estuviese en su casa, con una soltura natural de rutina, una espontaneidad que no se aprende: se tiene o no se tiene. Sonrió lo justo, supo el momento preciso de ofrecer las copas y dónde tenía que sentar a cada una. También dijo con exactitud lo que cada cual quería oír: a Montse lo inteligente que le parecía, a Laura lo bien que le sentaba la chaqueta y a Andrea lo afortunada que era por tener unas amigas así. Montse rompió el silencio que siguió preguntándole a Andrea si había leído el artículo sobre *Las habitaciones del multiculturalismo*, de Ángela Molina, y Carmen no la dejó responder porque se apresuró a intervenir diciendo que le había encantado un reportaje que había visto en la televisión, en *Metrópolis*, sobre la homosexualidad en Gran Bretaña. Después salieron a cenar a El Rebot de María, Gran Vía arriba, y comieron pan con tomate, pescado del día y tarta de queso. Carmen se empeñó en pagar y no hubo manera de convencerla de que la costumbre era repartir la minuta entre todas.

El resto de la noche dependía de la decisión de Montse, que dudaba adónde podían ir porque hacía mucho tiempo que no salía. "Ya no sé cómo estará Daniel's; tal vez los amigos sigan yendo al Café de la Calle, dijo dirigiéndose a Laura; pero ella se encogió de hombros y continuó mirando a Carmen, sobre todo miraba a Carmen. Lo más seguro ser Imagine, insinuó Andrea, o Cheek to Cheek, "que lo acaban de abrir y está lleno de chicas guapas", y Montse les preguntó sin rodeos que qué era lo que querían, exactamente. "Tomar una copa en un sitio agradable, donde nadie me mire si me apetece dar un beso a Andrea", contestó Carmen con naturalidad. Y después, tras guardar unos segundos de silencio en los que todas dejaron caer sus ojos sobre ella, movió la comisura de los labios en una mueca casi inapreciable de sonrisa burlona y añadió: "O a Laura". "¡Ni se te ocurra!", cortó Montse la broma con dureza de pedernal, pero Laura se echó a reír abiertamente, tomándolo como un cumplido. Aunque Andrea y Montse sabían que no lo era. Los celos son perros que muerden su presa y no la sueltan, están entrenados para ello desde antes de nacer; lo llevan en los genes. A Andrea se los presentó la mirada de Carmen aquella noche y sintió el dolor como una quemadura imposible de cauterizar.

Montse decidió que empezaran la noche por los alrededores de la calle Aribau, en cualquiera de los locales de ambiente. Era pronto y todavía no había demasiada gente, sólo algunas parejas de homosexuales que se hablaban al oído y unas chicas entremezcladas con ellos. Unos jugaban al billar americano sin saber, otras a los futbolines, sabiendo. Y nadie las miró, ni siquiera a Carmen. Andrea no hacía otra cosa. Laura también la miró muchas veces; la seducción de la mirada la notó Montse y torció el gesto pero no tuvo más remedio que soportarlo, pestañeando poco, en silencio. Laura observaba a Carmen y Carmen se dejaba admirar porque se dio cuenta de que Laura estaba vendida, de que ya era tierra conquistada. Por eso, poco después, cuando propuso jugar una partida de billar en Woman y se decidieron las parejas, Laura y ella, naturalmente, por un lado, Montse y Andrea por el

otro, no paró de hablar: les preguntó que si habían estado alguna vez en una orgía, que qué opinión tenían de los hombres, que si nunca echaban de menos un pene y que si sabían dónde podía comprar unos tiros. Montse intentó ser amable, pero cuando, después de introducir una bola morada lisa por su sitio, Carmen saltó de alegría, dejó caer el taco, se abrazó a Laura y la besó en los labios sin el menor disimulo, no pudo aguantarse más y tiró la tiza sobre la mesa. Andrea no recuerda lo que dijo, pero sí que aquellas palabras bastaron para amedrentar a Laura, que no volvió a dejarse abrazar por Carmen el resto de la noche. Sólo se acuerda de que Montse grito: "¿Qué es lo que pretendes, hacerte un anuncio de Anaïs, Anaïs con ella?". Carmen no quiso darse por aludida: contó la gracia masculina de que en las orgías se llega a tal punto de degradación que uno termina follando con su propia mujer y se rió sola, como cuando dijo que los hombres eran como los retretes de las estaciones de tren: o eran una mierda o estaban ocupados. Nadie celebró el chiste, Laura se escondió en la mirada de Montse y Andrea no supo abrir el paraguas para proteger a Carmen, que estaba bebiendo demasiado.

Montse y Laura abandonaron Woman sin hablar. Tanto ellas como Andrea se sentían avergonzadas por la discusión y aceptaron ir a Imagine porque Carmen se empeñó y Laura se lo suplicó a Montse, con la mirada. Pidieron las copas en la barra, al entrar, y luego se fueron al fondo, a una penumbra donde Andrea miraba los perfiles azules de Carmen, que bailaba sola, y las sombras añiles de Laura y Montse, que se decían al oído algo que a ambas les permitía sonreír. Todo era azulado, como la libertad, como la suavidad de los besos que Andrea soñó con Carmen en aquel rincón disimulado y que ella no le dio. Como la soledad.

A Montse se le pasó pronto el enfado con Laura, es sabia en asuntos de amores y celos, piensa ahora Andrea; y aceptó ir a conocer Cheeck to Cheeck, del que tanto se venía hablando desde que lo habían inaugurado, en diciembre. Era un pub normal, bien puesto y sin apariencia de nada: tal vez ése era su atractivo. Chicos de pelo corto y patillas y mujeres bellas como trazos apresurados de Modigliani permanecían de pie o estaban sentados en sillas bajas alrededor de mesas pequeñas, oyendo música de los 60, los 70 y los 80 o susurrándose planes apoyados en la tela ocre de las paredes. A Andrea le recordaba al viejo Boccaccio, con muchos ángeles como elementos accesorios de decoración. Olía a tabaco rubio y a Eau Sauvage, a whisky escocés y al cuero de las faldas negras, de los pantalones ceñidos y de las intenciones largas. Ellas llegaron pasada la una y, unos minutos después, empezó sobre el escenario improvisado de la planta de abajo la actuación del grupo Dibi Dibop, dos chicas de color que cantaron *a capella* con la voz de Whitney Houston en registros que se complementaban; una se llamaba Africa, Andrea no recuerda el nombre de la otra. De lo que sí se acuerda es de que, al llegar, las cantantes besaron a muchas chicas en los labios y de que durante la actuación dedicaron una canción a una de ellas, Susana, porque cumplía años, y otro tema musical a otra que se llamaba Teresa, que desde el público alzó la voz para gritar que las quería. Las parejas dejaron de intercambiarse caricias en la cara, de hacerse círculos con el dedo en la palma de la mano y de pasarse unas a otras la mano por el pelo; sólo aplaudieron y pidieron dos o tres veces un bis. A Carmen no le llamaron la atención los arrumacos y caricias de quienes se abrazaban sino que, desde el principio, se sintió libre para actuar tal y como le apetecía y besó a Andrea con estruendo,

sin ganas, sólo para demostrar su integración en un mundo que le fascinaba porque le resultaba ajeno, desconocido.

Y pasadas las dos y media de la madrugada fueron a La Rosa, donde bailaron al llegar: Carmen y Andrea cara a cara, Montse y Laura sin soltarse la mano. Apenas hablaron entre ellas: Montse todavía estaba irritada con Carmen y Laura un poco asustada por el recuerdo de sus miradas de hierro. Sólo Carmen se alejó varias veces del grupo para ir a la barra para pedir "vasos de agua con dos dedos de whisky" y para sonreír a una camarera de pelo de seda, camiseta de algodón, sin sostén, y pechos altos y encabritados que atrapaban miradas sin permitirles huir, y que muy pronto se puso también a disposición de sus labios. Por eso Carmen habló muchas veces esa noche con Lola, la camarera, pero Andrea no sabe qué palabras posaron cada una en el oído de la otra. Sólo sabe que el resto de la noche fueron bandadas de miradas que emigraron de unos ojos a otros, y que Carmen no disimuló el gozo que le proporcionó saber que Lola se había ofrecido también a entrar en su vida por la puerta de atrás, sin necesitar el conocimiento, ni mucho menos el permiso, de Andrea.

La Rosa estaba abarrotada de gente y entreverada de cortinas de humo entre las que se abrían paso carreras cortas de niñas jóvenes que bailaban y de algunas parejas que iban a terminar allí la noche. Montse, a pesar del ambiente veteado y espeso, agradeció que tuviese sillones cómodos, y a Andrea le gustó que hubiese mucha luz y espacios abiertos: todo eran facilidades para observar la migración repetida de Carmen en viajes de ida y vuelta a la barra en donde siempre se quedaba un rato con Lola, que vendía sonrisas, vasos de agua con whisky y besos rápidos, disimulados. De los azules del Imagine a los bronce de La Rosa, Andrea estaba conociendo esa noche todos los colores de Carmen, y no sabía cuál le gustaba más. Colores inquietos, imposibles de retener, como el pez que gira y gira burlándose y esquivándose a sí mismo. En la noche todo parecía quieto menos ella, todo conservaba la armonía en los movimientos menos sus idas y venidas a contracorriente, el fuego de sus miradas ansiosas, la búsqueda de lo inaprensible para no perderse detalle de cuanto existía y ella estaba descubriendo. Carmen quería verlo todo, tocarlo todo, beberse y fumarse la vida en unos instantes, con avaricia. Miraba, sonreía, tocaba y besaba a todas las chicas que Lola le presentaba, y para todas tenía una mano que posar en la cadera, como si al hacerlo ganase una pieza más del ajedrez que estaba jugando con lo desconocido. A su lado todo parecía en reposo, sólo ella era el huracán que alteraba la brisa calma de la noche amarilla de hogueras y susurros. Un huracán que pasaba desapercibido para todas menos para Andrea, que se sujetaba fuerte al asiento para que el viento no la arrancase de allí ni sus ojos se saliesen de las órbitas, del dolor.

Hasta que de repente algo rompió la normalidad; fue una música, bastaron los primeros sonos de una melodía y, como una llamada a la guerra, como el grito revolucionario del París de 1789 o el puño alzado de Lenin iniciando los acordes de *La Internacional*, todo el mundo se miró sonriendo y se puso a bailar y a cantar lo que era sin duda el mejor himno, el estribillo de la canción de Carlos Berlanga para el grupo Alaska y Dinarama: "*¿A quién le importa lo que yo haga?./ ¿a quién le importa lo que yo diga?/ Yo soy así, y así seguiré./ nunca cambiaré...*". Unidas por una canción, por unos versos, por una declaración de intenciones, como un dogma de fe; reunidas en una sola voz gentes que viajaban treinta, cincuenta o cien kilómetros de distancia para pasar una noche porque en su ciudad no les

era posible mostrarse como son; esponjado su corazón de mujeres clandestinas que en su calle eran estudiantes o trabajadoras sin novio, y que en la noche liberada se desplazaban a la ciudad para poder cantar que eran así, y así seguirían, que nunca cambiarían; agavilladas para no estar solas, para no sentirse solas, todas cantaron a una sola voz el estribillo, como si los tambores de guerra mostraran el camino y hubiesen dado la señal de que la revuelta había comenzado, como el 25 de abril pudo oírse *Grandola, vila morena* en Portugal. A Andrea, ahora, se le eriza la piel recordando aquel orgullo de ser diferentes, le gusta haber compartido tantas cosas con tanta gente. Y haberlo vivido junto a Carmen, aunque ella no supiese por qué se cantaba aquello con tanta vehemencia ni tampoco se sumara al coro general.

Cuando terminó el himno y todo el mundo siguió al ritmo de nuevas músicas, Laura propuso ir a Hey-day, una discoteca *afterhours* donde se reunían gais, lesbianas y *drac queens*, pero Montse miró afligida a Andrea, se intercambiaron un gesto de agotamiento señalándose el reloj con disimulo y no hubo más palabras. La noche acabó cuando, después de beber más de lo que pudo soportar, Carmen vomitó con la puerta abierta en los servicios de La Rosa y Montse decidió que ya era hora de volver a casa. Cada pareja paró un taxi distinto.

Andrea no sabía qué hacer. Llevarla a casa en aquel estado era imposible, pero si la escondía en la suya Joan podía extrañar la tardanza e ir a buscarla, y no estaba dispuesta a asistir al escándalo que sin duda provocaría. Por fortuna, poco a poco, con la ventanilla del taxi abierta, el aire que azotaba su cara fue desprendiendo las escamas de la borrachera y limpiándola de la mayor parte de sus efectos. Carmen hablaba sin parar, la embriaguez le había soltado la lengua y no le importó trabucarse al decir que iba a ser más juerguista que los Borbones, que "ni la camarera ni nada, la que está buena de verdad es Ornella Muti, a sus cuarenta y cuatro años, la tía, abuela y todo, pero buenísima, oye", y que "tú dirás lo que quieras, pero Margaret Thatcher tiene un punto. No te digo Hillary Clinton, esa no, que tiene cara de pastel de cumpleaños, pero la Thatcher...". A fuerza de hablar y de sacudirse al aire fresco, como una sábana en la azotea, terminó de recuperar la consciencia y al final le pidió a Andrea que la llevase a casa. Antes del amanecer, pasadas las cinco y media de la madrugada, tal vez las seis, Carmen se quedó en el portal forcejeando con la llave hasta que logró abrir la verja y encajarla después con un estruendo de lamentos y maullidos, latón contra latón, mujer contra mujer. Y Andrea se marchó arrastrando cadenas de tristeza, convencida de que la estaba perdiendo y de que lo más probable fuera que nunca la hubiese tenido, que nunca hubiera sido suya, que sus brazos hubieran sido tan sólo un refugio para ahuyentar la disconformidad que mantenía con su propia vida.

En el amor, la inseguridad es la maroma que impide hacerse a los embates del mar para suavizar el deseo. Aquella noche, amarrada a su recuerdo con la firmeza de un bolardo

a la acera, se arrastró por la madrugada de Barcelona, como está haciendo ahora, en un paseo sin rumbo porque no quería volver a casa y porque necesitaba estar a solas y desnuda, ni siquiera arropada por los muebles y los objetos conocidos, familiares; necesitaba pensar en cómo volver a seducirla, cómo tenerla o hacerle saber que la tenía sólo para ella, rogarle que le permitiera seguir siendo su viernes por la noche. Andrea sabe que Carmen era una mujer de fuego con apariencia de hielo que, cuando empezó a sentirse libre, porque se liberó de las ligaduras de Joan, quiso descubrir otro mundo del que adueñarse, como se apropiaba de todo lo que le rodeaba. Ya era su dueña, aquella noche se había apoderado de Laura y, animada por la bebida, creyó que podía quedarse también con cuantas mujeres desease. Sentirse depositaria del poder y dueña de los sentimientos y de las vidas de todas ellas fueron los pilares sobre los que alzó el altar de su tiranía.

Amanecía con infinita pereza sobre Barcelona, con la pereza de la lluvia de noviembre al caer, y Carmen dormía sabiendo que ya había ascendido a los cielos. Amanecía y los más madrugadores deambulaban somnolientos incapaces de fijar el rumbo, se dejaban llevar por la costumbre diaria seguros de llegar a un cubículo donde les aguardaba el jornal del día. A esa hora, mientras Carmen dormía sabiendo que el mundo se había rendido a sus pies y Joan dudaba si salir de la casa o esperar las vacaciones de los niños para cerrar el trato de la separación, Andrea cruzaba una calle tras otra buscando refugio en su piedad, confiando en que Carmen volviera sus ojos a ella y se apenase de la soledad que se empezaba a acomodar en un alma que llenaba todo su cuerpo. Se saciaron las calles de gente y Andrea decidió volver a casa, ducharse y vestirse para acudir al estudio, con Carmen incrustada en sus huesos, con Carmen tatuada en su piel arrasada, con Carmen impidiéndole respirar. La duda hizo de su amor un empeño obsesivo y la inseguridad una quemazón que estranguló su estómago, doliéndole. Por primera vez fue consciente, durante apenas unos instantes, de que así no podía seguir, de que así no sabía seguir.

Desde hacía varias noches estaba durmiendo mal. Alguna, como aquella, no había dormido, y en el trabajo tenían que terminar por notarlo. Andrea pensó que un valium no le vendría mal y que ir unos minutos a la iglesia a rezar, para hablar con su ángel de la guarda, sería un alivio. Fue una conversación breve, un monólogo porque no oyó respuestas cuando más le urgían, pero, aún así, salió de la iglesia reconfortada y con una sensación de serenidad que le hizo sentirse bien. Cuando a las ocho y media llegó al estudio, se encontraba mejor, pero todos notaron que de su rostro había desaparecido el resplandor. Los ojos no mienten, la piel aún menos. Las secretarías le advirtieron que con tantas noches de juerga echaría a perder su cutis y Elena apuntó en un papel el nombre de una crema regeneradora hidratante que debía ponerse antes de ir a dormir. Mercè coincidió en que era buenísima, pero muy cara, añadiendo que, en todo caso, a grandes males, grandes remedios, y que su rostro estaba pidiendo a gritos un mínimo de cuidados. Se rieron sin que Andrea supiese de qué y ella se guardó el papel que le ofreció la secretaria porque no hacerlo hubiese podido interpretarse como un desprecio.

A las diez llevaron un enorme ramo de rosas con una tarjeta de Carmen sin firmar, en la que sólo estaban escritas dos palabras: "perdón" y "gracias". Andrea se estaba volviendo loca: cuanto más cerca estaba de creer perderla, más retorció sus sensaciones para permitirle ver de nuevo el jardín rebosante de los deseos. Hasta que Carmen telefoneó, a mediodía, fue incapaz de hacer otra cosa que mirar por la ventana y descubrir que aquel era el día más hermoso que había nacido nunca en Barcelona. Y después, cuando se citaron a las seis en una terraza sin sombrillas de la Plaça Reial, por un empeño de Carmen que Andrea no comprendió, fue cuando se tranquilizó y terminó el diseño que a primera hora de la tarde tenía que enseñar a los clientes que venían a aceptarlo o rechazarlo.

Damià le propuso salir a almorzar juntos, pero sólo tenían media hora y prefirieron encargar unos bocadillos de jamón a la cafetería que solía subir el café de media mañana. A Juanjo no le terminaba de gustar el diseño que Andrea había proyectado, decía que le parecía superficial, falto de personalidad y demasiado plano; pero Damià coincidía con ella en que había logrado armonizar simplicidad y funcionalidad, con unos minúsculos toques modernos de diseño vanguardista que lo diferenciaban. Y en ese intercambio de opiniones consumieron los bocadillos a la espera de que los clientes diesen su opinión definitiva, la que importaba de verdad. El resto del tiempo, mientras terminaban el café y Andrea optaba por encerrarse en su despacho para no mandar a la mierda a sus compañeros, volvió a ser lo de siempre, ese acoso inevitable y según ellos, en absoluto malintencionado, pero que empezaba con la tradicional pregunta de si tenía novio y acababa en una agresión a su intimidad que se negaban a reconocer.

Siempre era igual: ellos nunca se preguntaban por sus relaciones afectivas; se lo contaban, eso sí, sobre todo sus alardes y aventuras de machos irresistibles, pero con ella parecían tener derecho a preguntar lo que les apeteciera, y además a voz en grito y con una sonrisa de malicia en los labios, como si desnudar su intimidad fuese una potestad a su alcance. No eran iguales, Andrea nunca fue igual a ellos, no lo consintieron: ellos podían ausentarse del trabajo con el pretexto de ir a recoger el coche al taller, o a cortarse el pelo, con toda naturalidad, sin que a nadie le extrañase ni se produjese un debate al respecto, pero, si Andrea lo hacía, era distinto: parecía que estaba robando a la empresa, que malgastaba horario laboral, que lo suyo era un capricho femenino mientras lo de ellos una necesidad biológica. Y lo mismo ocurría cuando hablaba por teléfono; podían interrumpir a su antojo porque daban por sentado que Andrea estaba hablando con su madre, con una hermana o con alguna amiga, una pérdida de tiempo a fin de cuentas, mientras que si ellos hablaban por teléfono era porque estaban trabajando, por supuesto, algo muy importante por tanto. Dentro del trabajo jamás la consideraron igual; era un esquema repetido que no podía soportar; como la manía de tocarla: no sabían hablar si no era poniéndole la mano encima, en la cintura, en los hombros, en el brazo... Así empezó aquella charla de sobremesa, mientras tomaban café, ella echándoles en cara que se comportaban de ese modo tal vez sin pretenderlo, pero de una manera que debían entender que era puro machismo, y ellos riéndose de sus opiniones. Les dijo que no recordaba que nunca se hubiesen dirigido a ella para ofrecerse a echarle una mano en el trabajo, sólo para ver si comía con ellos o salía a tomar un café, en el que, por supuesto, no hablarían de ellos sino sólo de la vida privada de Andrea. Y cuando Damià comentó que si se trataba de echar una mano le avisase, ella se fue

a su despacho para no abofetearlo. Siempre fue igual: preguntaba si podía coger el periódico y Damià contestaba que podía cogerle lo que quisiera; quería saber si se iba a meter su minuta de honorarios en el estadillo de cuentas de ese mes, y sonreía al decir que a ella le metía lo que quisiese. Una broma fácil tras otra, que ni siquiera Juanjo detenía, era la relación que mantenía en un trabajo que hacían entre los tres pero que parecía sólo de ellos.

El cliente aceptó con satisfacción el proyecto de Andrea, pero sus socios no le dieron la enhorabuena. Y a las seis de la tarde, en punto, estaba sentada en una silla de la Plaça Reial esperando a Carmen para decirle que sólo le importaba ella, que lo demás era un tiempo que ocupaba con mil cosas absurdas para no morir en la espera hasta que la pudiese volver a ver.

La había citado allí sin ninguna razón especial, sólo porque le parecía un lugar encantado al atardecer, el último rincón mágico de la ciudad. Le preguntó que por qué le mandaba flores y Carmen se encogió de hombros. Luego puso su mano sobre la de Andrea, volvió a pedirle perdón por haberse comportado de un modo tan estúpido la noche anterior y quiso saber si eran amigas de verdad. Andrea opinó que sí, y ella insistió en la pregunta. "¿Amigas, amigas?" Claro, repitió Andrea, y preguntó que por qué lo decía. Entonces fue cuando Carmen tomó aire, le pidió comprensión y le habló de lo difícil que había sido para ella aceptar que le gustaban las mujeres, que antes no le cabía en la cabeza que pudiese ser así, y mucho menos que le pudiese suceder a ella, pero que tenía razón, que no había sido sincera con ella porque habría tenido que reconocerlo mucho antes, cuando tantas veces se lo había preguntado, y que sí, que era cierto que prefería el cuerpo de la mujer al del hombre, que ahora se estremecía con la suavidad y la ternura femenina, tan diferente de la tosquedad del hombre, por muy tierno que intentase ser. Se extendió en dar explicaciones que Andrea no le pidió ni con la mirada, diciendo que a Joan, su marido, le había enseñado a ser tierno, pero aún así no se le podía comparar con ella, que Andrea era una bañera de espuma, lomo de ángel, puro aceite. Y que ahora podía decir sin rubor que era cierto, que le gustaban las mujeres y que esa nueva sensación quería disfrutarla con ella hasta el límite, en el caso de que hubiese límites.

Luego, repitió la pregunta para asegurarse de que eran amigas de verdad, tan amigas como para poder hablar con toda confianza de algo que quería decirle; si podía, en definitiva, abrirse el alma con Andrea. Y Andrea se empezó a derrumbar porque comenzó a temer lo que Carmen iba a decir, pero dejó que hablara y hablara sobre la amistad y sus virtudes, la necesidad que tenía de confiar en alguien y lo comprensiva y generosa que era, hasta que al fin se quedó en silencio mirándola con expectación. Andrea le garantizó que podía hablar con tanta confianza como quisiese, que si acaso no le había dado hasta entonces pruebas suficientes de que era suya y que si deseaba algo que pudiese hacer, ya estaba hecho. Y entonces fue cuando le dijo que tenía que ayudarla, que quería probar con otras chicas y que tal vez con Laura sería fácil empezar. Bueno, en realidad no dio el nombre, fue mucho más avispada porque dijo exactamente "esa chica con la que estuvimos anoche, la morenita de la chaqueta de cuadros, no me acuerdo de cómo se llama", y luego hizo cien o doscientas preguntas con cara de ingenua, primer puesto en las pruebas de acceso a la Escuela Superior de Arte Dramático: que si le parecía mal, que si estaba bien que se acostase con ella, que si sería posible que se acostaran las tres juntas, que si le dejaría su casa, que si, si, si...

Andrea empezó a morir de celos porque todas sus preguntas iban mucho más lejos en su cabeza que en la boca de Carmen. Le dijo que sí a todo, cuando quería decir no, pero, como siempre, con Carmen las respuestas le salían distintas de como las pensaba. Contestó "sí" porque quería decir "no" y ella sólo sonrió, le besó la mejilla y dijo que por qué no iban a casa, que tenía ganas de estar a solas con ella.

Hicieron el amor tres veces: primero sobre la cama, con prisa, como si les faltase el aire o se estuviese acabando el mundo; después en la bañera, bajo el agua tibia de la ducha que no se acababa nunca, una eternidad como la que Andrea deseaba para tenerla cerca; y por tercera vez en el sofá del salón, después de que Andrea telefonease a Laura y le dijese que Carmen quería verla y que tenía que inventar una excusa para ir a su casa al día siguiente a la hora de la siesta sin que Montse se enterara, que ya sabían todas cómo era y ninguna de las tres quería que se disgustase. Laura no aseguró nada pero, por la voz de cristal que viajó por los hilos del teléfono en la despedida, Andrea supo que acudiría a la cita. Y que así se encontraría con Carmen en su propia casa.

Nunca entendió el amor como posesión; pero permitir o facilitar que Carmen se entregase a otra mujer era una nueva manera de dejarse poseer, o de poseerla, no estaba segura. Además, si de todas formas iba a hacerlo, lo mejor era saberlo y, a ser posible, que lo hiciese en su casa, de ese modo también estaría cerca de ella, en su territorio, dentro del universo menudo de sus cosas. Sentir celos era inevitable, pero lo que la consumió en aquel momento fue algo más que la duda; dudar hubiese sido no saber decidir si Carmen la quería o no: lo que sentía era una ignorancia oscura y absoluta acerca de lo que Carmen podía sentir, y esa ignorancia era un ejército de termitas hambrientas que devoraban sus entrañas, retorciendo su endeblez y deshaciendo la escasa entereza que por entonces aún le quedaba.

No se atrevió a pedírselo, pero se desató su lengua sin pedir permiso cuando estaba al borde del éxtasis, en el sofá. "¡Déjame verlo!", le suplicó, y ella contestó que no, que no iba a ser posible porque Laura no lo aceptaría. "Entonces cuéntamelo después con detalles", le rogó, y Carmen sonrió mientras le preguntaba que por qué era tan diablo, y que qué ganaba escuchándolo, sólo le haría sufrir. Andrea dijo que no, que le haría sentirse su cómplice y con ello su amiga, y que de todas maneras necesitaba saberlo, no sabía por qué, pero lo necesitaba. Finalmente Carmen aceptó y, entre risas de satisfacción (¡Dios mío, qué hermosa estaba!, recuerda Andrea detenida en la acera, reviviendo aquella conversación que nunca podrá olvidar), de nuevo hicieron el amor, esta tercera vez en el sofá.

Y por la noche, sola en su habitación, Andrea no pudo evitar derretirse pensando en ellas juntas, imaginándolas.

La noche es el armario donde se guardan todos los sueños. Andrea vuelve a caminar deprisa y, no sabe por qué, dibuja a Laura en su cabeza. Comprende que Carmen se encaprichara con ella: Laura es una chica de piernas largas, ojos grises de miope y belleza antigua, griega: si tuviese que buscarle un parecido diría que en ella se inspiró la factoría Disney para crear el dibujo animado de *Pocahontas*. Tan sólo se diferencia de la india en que tiene el pelo castaño con reflejos cobrizos de peluquería y en que es muy delgada; además

no le importa saber que tiene poco pecho, a veces incluso presume de ello. Mira de una forma extraña y curiosa, como precisando percibir dos veces cada imagen para retenerla, lo que hace pensar que se interesa por todo lo que mira, sea persona o cosa, algo que le ha dado más de un disgusto con los hombres y ha ocasionado muchos malentendidos entre las chicas. Tiene veinticuatro años, estudia quinto curso de Sociología en la Universidad de Bellaterra y está con Montse desde los veinte, cuando se conocieron en un estudio de música en el que compartían clases de voz y respiraciones. Le gusta dejarse besar, es lo que más le gusta y lo que siempre pide, que la besen en el cuello y por la espalda, y a cambio ofrece sus labios finos que son como una ventosa que cuando se aplican a succionar pueden estar horas enteras sin soltar la presa, como un mecanismo sin fin, la cinta de Moebius. Montse le pidió que se rasurase el vello púbico y lo llevaba pequeño y casi transparente, como un corazón de girasol, y aunque respeta a su pareja y procura no llevarle la contraria, su juventud y alegría le permiten algunas aventuras esporádicas en las sombras ciegas de Montse, una infidelidad consciente que asegura no poder evitar y que disimula ante ella porque la quiere de verdad.

Montse es mayor. Nunca ha confesado su edad, lo mismo puede tener treinta y siete que cuarenta y tres años, porque al perfil de su mirada se le muda el aspecto según el color de la tarde, la felicidad del momento o el temblor de la sonrisa casi adolescente de Laura, a la que protege como una amante, una hermana mayor o una madre, como a un polluelo rescatado de la intemperie. Es bióloga y trabaja en un laboratorio farmacéutico centrifugando virus nuevos y plasmando sus reacciones en un aburrido programa de ordenador, pero sus pensamientos están tan cerca de las escapadas universitarias de su novia como de los resultados de los proyectos de investigación que se realizan en su empresa que, como dice Patarroyo, son pérdidas de tiempo: lo único cierto es que podrían encontrar una vacuna contra el sida, pero no lo hacen para seguir disfrutando del negocio de los fármacos que retrasan el desarrollo de la enfermedad. Y ya no quiere salir: por las noches prefiere quedarse en casa leyendo a Simenon, oyendo música clásica o viendo películas en la televisión mientras a sus pies, como una niña, Laura repasa los apuntes de estadística para los exámenes finales. Montse se ha hecho mayor al lado de Laura y le aterra la idea de reiniciar una vida sin ella, aunque por edad esté aún en condiciones de empezar una y otra vez. Pero ya se ha hecho un hueco en la rutina, por fin ha encontrado un rincón cómodo en el que quedarse para siempre con Laura y, aunque no concibe que ella piense en huir, prefiere estar segura de sus andanzas, disimulando las infidelidades que le descubre fácilmente, porque la culpa se defiende sin necesidad, y permitirle vuelos cortos e inocentes a presionarla hasta el punto de que Laura dude si afuera el mundo sería más tierno con ella y opte por salir más allá de la sombra de su amiga mayor.

Montse decía estar abatida por la crisis de los cuarenta, de la que también se habían apropiado los hombres, como de casi todo. Andrea le dijo que no dijese tonterías y que para superarla leyera la última novela de Rosa Montero, que ya vería cómo se le pasaba, pero a Montse no le gusta que nadie le solucione sus cosas. Y es que es hosca y terca, ha hecho de piedra sus convicciones y dice no estar segura de que en los últimos quince años hayan pasado muchas cosas en la sociedad española, aunque Laura insista en que entonces España era Cenicienta, en harapos, y ahora es una princesa a la que le sienta bien el zapato de cristal

de la modernidad. Viste casi siempre de negro, no le interesan las ventajas de exhibir la femineidad y desprecia los maquillajes y los peinados cuidados, aunque le parezca bien que Laura aún vea en el retoque femenino un arma de seducción para los demás. En realidad, a ella también le seduce su imagen después de dos horas lavándose la cabeza y secándose el pelo con ayuda del moldeador, y le gusta acompañarla de compras porque verla vestirse y desvestirse en los probadores no es sólo cuidar de ella, como quiere, sino porque sobre todo son muy excitantes su juventud y la novedad eterna de su piel. Montse sufre cuando en sueños se le escapa Laura, sufre mucho más en los sueños que en la realidad, porque sus aventuras son de ida y vuelta en la vida, pero en los sueños son muertes irremediables. Y por la forma en que oyó hablar a Laura por teléfono, supo que otra la había citado e iba a acudir a la cita. Y también que la llamada era de Carmen. No hacía falta ser muy perspicaz para traducir el juego de la noche anterior y saber que iban a acostarse más tarde o más temprano.

Lo que Montse tenía que impedir era que entre ellas naciese algo más que un deseo fugaz como un relámpago, y para eso ya tenía un plan. Si era preciso, se convertiría en Marilyn tocando el ouka-lele en *Con faldas y a lo loco*.

Andrea supo que la cita se haría realidad y le dejó a Carmen las llaves de su casa, disculpándose además porque tenía que haber dispuesto de ellas mucho antes. Le dio una copia y le dijo que estaría en el estudio trabajando hasta que le telefonease para decirle cuándo podía regresar, que por ella no se apresurara, que tenía muchas cosas que hacer, mintió. Después, en la despedida, Carmen sonrió para dar las gracias y para decir que le daba mucha libertad, y Andrea le contestó que la libertad era sólo suya, que ella no podía dársela, sólo podía intentar quitársela, pero que estuviese tranquila: nunca le quitaría nada. Carmen volvió a sonreír, la besó en los labios y su beso supo a disculpa, seguramente el sabor que ella le había dado.

"¿Por qué tuvo que disculparse?", se pregunta ahora Andrea, y no conoce la respuesta. Carmen iba a hacer lo que deseaba, y ello hubiese debido bastar para hacerlas felices a ambas. Y no obstante no fue así: los celos se sirven de la rabia para arañar, de la inseguridad para tambalear, del miedo para derrotar. Durante la tarde en que Carmen y Laura jadearon a sus espaldas, se dijeron mentiras al oído y descubrieron nuevas rutas de la seda en los pliegues de su piel, Andrea no pudo hacer otra cosa que abrirse toda entera, soñar que era ella quien estaba en esos momentos en casa y pensar en otras horas al lado de Carmen para no marearse y vomitar. Estaba terriblemente celosa, pero sin encontrar una razón que lo explicara. Deseaba lo mejor para Carmen y lo que estaba sucediendo era lo mejor, al menos era lo que ella le había pedido, lo que quería, y debía sentirse encantada por habérselo podido facilitar, pero una cosa era lo que pensaba y otra lo que sentía; y lo que sentía era que entre Carmen y Laura le estaban arrancando tiras de piel nueva que arrastraba carne, sangre, músculos y fibras de un alma en la que sólo cabía la idea de una mujer de nombre Carmen que se había incrustado en todo su ser con la fuerza de una religión, una ideología o una manera de llorar. Carmen era su integrista fundamentalista, su fanatismo.

Aquella tarde permaneció mirando el ordenador abierto en el que no había nada escrito, viendo un fondo de azul en el que no ocurría nada porque todo estaba sucediendo en su cabeza, enmarañada de imágenes confusas que deseaba hacer propias, un modo de entrometerse sin molestar, una manera de compartir el placer que le había regalado porque la amaba, maldita generosidad, porque no sabía si se arrepentía o sentía la felicidad del desprendimiento. Aquel derroche no era una cualidad del amor, se dice ahora Andrea, sino del egoísmo, porque la compartía para conservarla, respetaba la decisión de su libertad para que se sintiera cómoda a su lado y no la dejase nunca si sabía que junto a ella podía ser libre, y así ella podría seguir siendo el valium de su vida, su viernes por la noche, el refugio en el que le gustaba pensar que podía quedarse para siempre.

Nunca terminaron de pasar las horas de aquella tarde: jamás un reloj fue tan perezoso para empujar al sol hacia el oeste. Minuto a minuto, como siglos tallados en piedra con cinceles de espinos, miraba el teléfono y, en su mutismo, Andrea veía un castigo que no merecía, una mudez que parecía una punición injusta por una generosidad que nadie comprendería, pero que en realidad era un tiempo que se consumía vertiginoso entre los sudores cálidos de Carmen y Laura y que, en buena lógica, se compensaba contra ella transcurriendo con la lentitud desesperante de la ansiedad de la espera. Las cuatro, las cinco, las seis y las siete de la tarde sonaron cada ochenta o cien años, y otra vez volvió a sentir la vejez en el vientre, el envejecimiento tortuoso de un vientre hambriento de noticias que se humedecía y se agitaba para sobrevivir, como se retuerce un pez fuera del agua, entre coletazos de rabia, inseguridad, miedo e instinto. Una necesidad que no le ayudaba a vivir, sólo a esperar, y a que en la dilación no se le parase el corazón, que bombeaba a mucha más velocidad de la que podía soportar.

Cuando al acabar la jornada de trabajo se fueron Mercè y Elena, las secretarias, la preguntaron si necesitaba algo. La verdad es que estaban intrigadas por la abstracción de Andrea, pero no podían imaginar hasta qué punto ni ellas ni otros dos millones de mujeres como ellas podían darle la décima parte de lo que necesitaba. Se fue también Juanjo, recomendándole entre bromas que no trabajase tanto, que empezaba a humear su cabeza y se le terminarían por fundir los plomos, y a las siete y veinte pasadas entró Damià en su despacho y se sorprendió de que aún estuviese allí. Andrea disimuló su rubor con una explicación inconsistente sobre un proyecto de decoración al que le estaba dando vueltas, pero no quiso atenderla y le propuso que lo siguieran mareando juntos en el cine, "en la última fila, que es donde mejor se piensa", dijo riendo, y ante su mirada de asco se disculpó y aseguró que con él lo pasaría bien, preguntándole por qué era tan dura si sólo le estaba ofreciendo un buen rato juntos. "¡Si fueras más cariñosa...!", suspiró, y Andrea, que estaba a mitad de camino entre la histeria y la desesperación, se enfrentó a sus ojos y le preguntó que qué pasaría si fuese más cariñosa, "¿Eh?, díme, ¿qué pasaría?", o acaso por serlo repartirían mejor los beneficios, o tal vez le adjudicarían mejores proyectos en el reparto, "¿Eh, eh?...", o los buenos viajes no les corresponderían siempre a ellos; si acaso llevaría ella la representación del estudio si fuese más cariñosa. Tanta fue la agresividad y la rabia de Andrea que Damià no supo qué contestar, se limitó a esbozar una mueca forzada que quiso ser una sonrisa abierta, se acercó a ella e intentó acariciarla con su mano grande, sudorosa y torpe. Andrea no pudo evitarlo: le esquivó retrocediendo, se levantó con la agilidad de un

puma y le lanzó una patada a la entrepierna que lo dobló. Los insultos de Damià fueron sordos, como la congestión de su rostro enrojecido y la explosión de las venas de su cuello, y después Andrea no recuerda más. Debió de ser el puñetazo en la mandíbula que le duele todavía, debió de ser eso, porque cuando se despertó estaba en un sillón del estudio, dolorida, ante los ojos aterrados de Damià que la velaba, suplicando que lo perdonase y rogándole que no se lo dijese a nadie, que se le había ido la cabeza, que era un cabrón y que le perdonara, por lo que más quisiera.

Cuando recuperó por completo la consciencia, sólo quiso saber si había llamado alguien preguntando por ella. Eran más de las siete y media y Carmen no había telefonado. Nada podía hacer contra Damià. Nada. Sólo quería que ella llamase. No era tanto pedir.

Damià se aseguró por su mirada de que no lo iba a denunciar y se apartó de ella, preguntando una y mil veces si ya estaba bien y repitiendo que le perdonase, por favor. Qué iba a hacer, si Carmen no telefoneaba... Le ordenó salir de allí y lo hizo, mirándola de una manera que descubrió cuanto de maldad y cobardía había en él. En esos momentos, la agresión física de aquella bestia le importaba menos que la agresión del teléfono, con su silencio insufrible, y aunque debió ser más exigente con su dignidad y haber puesto fin a su brutalidad injusta para que después no se hincharan sus pretensiones, hacerlo hubiese significado ir a la policía y renunciar a oír la llamada de Carmen cuando se produjera. De todas formas, no eran Damià ni su comportamiento la guía de sus pensamientos airados aquella tarde, que estaban absorbidos por la mudez del teléfono y la imagen de ella, desnuda, jadeando en brazos de Laura, en un intercambio de besos y caricias del que ella estaba ausente.

No pudo soportarlo más y se fue. Ya no oiría el teléfono cuando sonase, pero tenía que salir de allí. Estaba dolorida y mareada, con la mejilla enrojecida y la barbilla frágil y decidió ir al ambulatorio de la Seguridad Social para que le diagnosticaran si tenía alguna fractura y le recetaran un calmante contra el dolor. Y a las ocho y media se sentó en una mesa de la cafetería desde la que podía ver el portal de su casa y esperó a que Laura saliese para ir al reencuentro con Carmen.

Desde aquel día, sólo por ella podía oír un ruido que la despertaba a las siete de la mañana e imaginar que Carmen yacía derrengada de placer con una sonrisa inevitable por lo que había vivido. Le daba miedo alcanzar su intimidad y saber que la tenía y la cultivaba. Le daba miedo, pero desde entonces las noches fueron buenas; sólo se interrumpieron con imágenes suyas, como no podía ser de otro modo, y disfrutaba de las interrupciones casi tanto como de su presencia. Empezó a verla sonreír con mayor frecuencia, y le hacía feliz saber que al fin estaba viva. ¿Qué era todo eso sino la felicidad del riesgo? Estaba más entregada aún.

En cierto modo, le gustaba que Laura, otra mujer, viviera lo que ella había vivido y que disfrutase como ella había disfrutado con Carmen. También soñaba con que, después, Carmen le dijese dónde había sido para poderlo imaginar de distintas formas, pensar en el momento del saludo, al encontrarse, en la intensa sensación de ir desvistiéndose a zarpazos

o a pinceladas, en la humedad de dos vientres agitados... En Carmen disfrutando con los dedos de Laura y dejándose hacer por labios ávidos de sensualidad...

Había sido Laura aquella vez, pero Andrea sabía que sólo sería la primera, que después vendría otra y otra más, aunque no le importaba si entre medias se lo podía contar y le dejaba recrearlo en su piel para renovar el disfrute. "Excávame, excava un poco más hondo...", repetiría Carmen, y a Andrea todavía se le hacen de lluvia los pensamientos cuando lo recuerda. A las nueve de la noche Laura salió y un minuto después Andrea llamó por el telefonillo del portero automático y pidió permiso para subir. Carmen dijo que se apresurase, que tenía noticias para ella.

Había convencido a Laura para que hicieran el amor las tres juntas. Le preguntó si le apetecía. Por estar con ella hubiese hecho cualquier cosa, por supuesto también compartirla, así se lo dijo. Y todo quedó para un próximo día, tal vez para el jueves siguiente, cuando Laura tenía una excusa perfecta en forma de reunión de seminario de demoscopia al que no asistiría para poder verlas y estar junto a ellas.

Carmen estaba tan entusiasmada que ni siquiera recordaba que tenía marido e hijos; tampoco se dio cuenta del hinchazón amoratado de la cara de Andrea. Empezó a hablar y hablar, haciendo planes sin cuento, asegurando que desde entonces saldrían todos los viernes y todos los sábados por la noche, que tenían que aprovechar que Laura quería disfrutar para divertirse con ella, que alguna vez tenían que ir a Madrid para pasárselo bien... "Y, ¿sabes lo que te digo?", dijo finalmente, con toda gravedad: "Que me separo de Joan, estoy decidida. Me voy a venir a vivir aquí, contigo. Y, por cierto, ¿se puede saber qué te ha pasado?", preguntó revisando su cara por un lado y por otro. "Hija, qué aspecto más horrible. Ni que alguien te hubiese dado un puñetazo..."

Le dijo otra vez que no porque quería decir ojalá y dos mil años después se volvieron a rasgar los velos del templo de Jerusalén. En realidad no dijo "no"; sólo preguntó que qué pensaba hacer con sus hijos, si no le apenaría no verlos a diario, porque, desde luego, ningún juez le daría la guarda y custodia si pesaba sobre ella el abandono del hogar y la cohabitación con una lesbiana; y ella se puso como una loca, fuera de sí, gritando que para tratarla de ese modo no se explicaba por qué le había hecho creer que la quería, que era la segunda vez que hacía lo imposible para que no viviesen juntas y que para malos rollos ya tenía ella bastantes; que no la necesitaba para nada y que volvería con su marido y con sus hijos, que se buscaría alguien que la quisiera, y que por ella podía pudrirse. "Vete a la mierda", le dijo antes de cerrar dando un portazo, dejando en los oídos de Andrea un ruido sordo como el eco de un ataúd al cerrarse de golpe y en su cabeza los velos del templo de Jerusalén, rasgándose de nuevo. Se nubló su cabeza y la convicción de que Carmen tenía razón se trenzó con la seguridad insoportable de que la había perdido, y esta vez para siempre.

Aquella noche, la soledad fue un aquelarre de gatos ciegos siguiendo el curso de las estrellas desde los tejados de un mundo arrasado por la furia del desamor. Fue soledad y desvalimiento, miedo a no volver a oír su voz, a no repetir caricias, a no verla nunca más tendida a su lado, dormida o despierta, seria o divertida, preguntando o preguntándose por qué amar era fingir cordura en la locura, disimular deseos, cercenar la libertad para sentirse libre en los brazos de quien liberando esclaviza y esclavizando libera. El miedo a no volver a verla fue mayor aún que la soledad, a fin de cuentas la soledad podía remediarse con la muerte mientras ni muriendo podría volverla a ver, y el vértigo de pensarlo le nubló la cabeza dejándola sin fuerzas ni decisión para correr junto a ella, o marcar su número para arrastrarse a través del hilo telefónico suplicando su perdón, o salir a la calle y hacer guardia ante su casa o su trabajo hasta que apareciera y le permitiese hablarle, decirle que la amaba por encima y por debajo de ella misma y que sus hijos y su marido le daban igual, que lo había dicho porque pensaba que era lo que esperaba que dijera y que lo único que quería era que tuviese lo mejor. Pero en la noche se le aparecieron a Andrea todos los fantasmas de la soledad, del miedo y de la orfandad y sólo pudo meterse en la cama, taparse la cabeza con las sábanas y contener la respiración para que la vida no la encontrase porque ya había decidido no vivir, al menos hasta que Carmen ordenase lo contrario.

Le fue imposible dormir y también despertar del aturdimiento. Su cabeza viajó en un vuelo distinto del resto de su cuerpo y aunque fumó, bebió y tomó un valium no pudo recuperar el mínimo de vida para abandonar la cama y correr a su lado. Las horas negras pasaron tan despacio que hasta tres veces creyó oír las cuatro de la madrugada en las señales horarias de la radio, y las cinco nunca pudo oírlas. A las cinco y media estaba bajo la

ducha y a las seis en la calle buscando alguien que la asesinara. No encontró un coche lo suficientemente grande y veloz para arrojarse a sus pies.

El primer sol le dijo que la tortura del amor sólo se alivia con una pócima hecha a base de locura, autoestima y venganza en forma de emplasto aplicado con brutalidad sobre la herida, que está sobre la nuca, no en el corazón como todo el mundo cree. Se lo dijeron los primeros rayos del sol de aquel viernes de finales de mayo y a continuación le enseñaron el remedio, le mostraron el camino: desayunó como si no fuese a volver a alimentarse en los tres días siguientes, pasó por el ambulatorio de la Seguridad Social para que le hiciesen una nueva cura en el mentón, que se había teñido de vino, y se fue al estudio a esperar la llegada de Damia pensando sólo en él, en el puñetazo que le había dado la tarde anterior y en la pócima de la que le habían hablado los primeros rayos del sol.

Cuando poco después de las ocho abrió la puerta de la oficina y dio los buenos días, ignorando cómo iban a ser realmente, Andrea se acercó a él y dibujó en el aire con el teclado del ordenador un arco tan perfecto que cuando se estrelló contra su cabeza se pudieron oír dos aullidos, el suyo y el de Andrea: el suyo dolorido, que le arrebató la consciencia y lo dejó tendido en medio de un charco de sangre, en el vestíbulo; y el de Andrea rabioso, al intentar romperle el teclado en la cabeza. Se quedó contemplando su obra y sintió la satisfacción íntima de saber que ese cerdo no volvería a ponerle la mano encima, que por lo menos se lo pensaría antes de volver a hacerlo. Y después, sin esperar a que llegasen Mercè y Elena, salió de allí.

El dolor es una sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo por causa interior o exterior, y también un sentimiento de pena y congoja. Si era cierta la definición, Andrea sufría el doble dolor, el exterior del cuerpo y el interior de la congoja del alma. Le dolía la cara de un modo agudo, pero su intensidad no era nada en comparación con el dolor que le sacudía latigazos continuos por la pérdida de Carmen; uno era una punzada abierta como una herida de navaja, y el otro un suplicio sordo como un dolor de muelas. No sabía qué hacer: era imposible volver al estudio y tampoco se atrevió a ir a donde trabajaba ella. No sabía cómo mirarla.

Andrea pasó la mañana en el puerto, yendo de acá para allá, paseando por la orilla del mar y entrando y saliendo de bares que a esas horas estaban desiertos. Por la cabeza no le pasaron ideas, sólo sentimientos, y todos la declaraban culpable. Incapaz de pensar, notó que las piernas se movían solas llevándola sin instrucciones, y jugó a las máquinas sólo para ver las bolas metálicas mientras bajaban entre un tintineo de luces y sonidos como parpadeos y guiños, con la intención de crear a su alrededor algo vivo en continuo movimiento que contrastara con la muerte interior que crecía en sus pulmones, en su estómago y en su vientre encogiéndole las entrañas y doblándole el espinazo, empequeñeciéndola, debilitándola, resquebrajando la solidez que alguna vez debió de tener pero cuya materia desconocía ahora. Fue una mañana de soledad y disminución: a cada hora que pasaba se sentía más pequeña y débil, a cada minuto más cobarde y cada segundo estaba más angustiada. Si había logrado pasar días enteros sin ver a Carmen sabiendo que

estaba a su lado era porque la esperanza la alimentaba; pero ¿cómo iba a sobrevivir siquiera una noche sabiendo que nunca más volvería junto a ella? No podía pensar, pero sabía que se estaba muriendo y que nada le importaba hacerlo si ella no acudía a rescatarla. No podía pensar, sólo sentir, y cuanto más tiempo pasaba menos pensamientos podía encadenar y más fuerte era la angustia que sentía. De seguir así, para la hora de comer ya habría desfallecido. No lo pensaba, lo veía, y lo curioso era que esa visión no le producía ningún temor.

A los catorce o quince años, Andrea quedó atrapada en un ascensor cuando se fue la luz y tardó media hora en volver. En la cabina estaba sola, suspendida entre los pisos quinto y sexto, y no quiso llamar a nadie ni tampoco pulsar el timbre de alarma porque pensó que estando allí, fuera del mundo, no tenía nada que temer, nadie podía hacerle daño ni preguntas difíciles de contestar. Y deseó que el apagón durase mucho, cuanto más mejor, así podría disfrutar de la soledad, estar a solas consigo misma, no necesitaría fingir, ni aparentar, ni disimular, ni hablar o guardar silencio según unas normas que desconocía porque nadie se las había enseñado. Fue la primera vez que se sintió libre y también la primera que se masturbó. Y la primera que vio su imagen reflejada en un espejo borroso que devolvía una silueta abstracta de mujer y le pareció que el cuerpo femenino era hermoso, que deseaba encontrar un cuerpo bello de mujer para acariciarlo y entregarse a él. A los catorce o quince años descubrió el cuerpo de la mujer y la excitó imaginarlo desnudo en la cabina atorada de un ascensor. Ahora, antes de doblar aquella edad, se encontraba atrapada en la luminosidad del puerto, mirando el mar y viendo la imagen de Carmen perderse entre las brumas invisibles de un horizonte que escondía la estrella que cada cual tiene en el firmamento y que, a ella, le habían robado el día anterior.

Permaneció sentada en la arena de la playa hasta que el sol le quemó los brazos y la obligó a volver a casa. No quería regresar, tenía demasiado miedo a la soledad y a los recuerdos, pero si hubiese sabido que Carmen estaba allí esperándola, asustada, sin saber dónde estaba, habría volado a su encuentro, ni siquiera se hubiese ido de casa. La estaba esperando, fumando compulsivamente, con los ojos rojos y la sangre formando aguas turbulentas en su pecho y en su sien, y nada más verla se enfrentó a su mirada de sorpresa, le dio una bofetada que a Andrea le encantó y se echó en sus brazos sin poder evitar un llanto hondo y rendido que les dolió a las dos. Carmen clavó sus dedos en los antebrazos de Andrea, como garfios de hierro, mientras repetía que dónde había estado, dónde, por Dios, dónde. Ya sabía lo que le había hecho a su compañero de trabajo y dijo que nadie se lo explicaba en el estudio pero que todavía no la iban a denunciar porque primero querían oír su versión y, además, Damià se negaba a acudir a la policía porque todos temían, ella también, que se hubiese vuelto loca. Entre lágrimas, abrazada, Carmen aseguró que esa misma tarde le iba a comprar un teléfono móvil porque no quería volver a pasar ni un segundo sin saber dónde estaba, e insistió en preguntarla si se encontraba bien porque necesitaba saber que lo estaba para estarlo ella también. Andrea se dejó abrazar y lloró también en sus brazos; juntas rodaron sobre el sofá y se quedaron allí, en silencio, oyendo sólo el lejano ronroneo del motor de la nevera con la sensación extraña pero incomparable de que se necesitaban vivas, de que se querían.

Andrea le preguntó que por qué era tan buena y Carmen no respondió, sólo permaneció en silencio acariciándole los brazos, la espalda y las piernas, aferrada a ella como si fuese su peluche, su hija perdida y hallada en el templo. Estaban echados los estores y por las rendijas pasaban láminas del sol de media tarde. Carmen no había comido, Andrea no tenía apetito, y mientras le pelaba dos peras le contó lo que había sucedido con Damià, el puñetazo de la tarde anterior y la agresión de aquella mañana. Carmen le aseguró que había hecho bien y opinó que debía ir a la comisaría a presentar una denuncia contra él, ella la acompañaría. Pero Andrea prefería no alterar la felicidad de estar a su lado por esa tontería; le prometió que más tarde llamaría a Juanjo para explicárselo todo y que si Damià decidía denunciarla, entonces ella también lo haría: en el ambulatorio de la Seguridad Social conservaban la ficha de urgencias y podían declarar lo que pasó y las consecuencias de lo que le hizo; pero ahora prefería estar así, escuchando en silencio su respiración.

Entre ellas parecía haber una ternura infinita que había vuelto a unir las, como la primera vez: era lo que las diferenciaba de cualquier otra clase de amor. Carmen se tranquilizó poco a poco, Andrea también lo hizo y le rogó que nunca más se fuese de su lado, que nunca más la asustara porque no sabía si podría soportar otra vez su marcha. Y Carmen sonrió, sonrió por primera vez desde que se había abrazado a Andrea y le hizo prometer que nunca se dejarían, pasase lo que pasase.

Y añadió que tenían que llamar a Laura porque con ella lo pasarían bien y olvidarían las penas.

Andrea telefoneó esa misma tarde al estudio, le dijo a Juanjo que se tomaba un mes de vacaciones y, aunque él quiso que le contase lo que había pasado en realidad, quedó en volver a llamar dos semanas después, cuando se encontrase mejor. Juanjo le dijo que Damià no iba a presentar ninguna denuncia y Andrea se comprometió con él a no presentarla tampoco hasta que se viesen y hablaran. Quedaron en eso y a Juanjo le pareció bien que no fuese por el estudio en ese tiempo, pero le pidió que, si podía, continuase trabajando en casa sobre los proyectos de decoración que tenía pendientes para el otoño.

Las vacaciones, en junio, fueron para Andrea las más relajadas que pudo imaginar. Días de playa ancha sin demasiado calor, unos nublados y otros cálidos pero que se dejaron pasear hasta tarde, y tramos suaves y aliviados, como fiestas íntimas. Y la serenidad de saber que se empezaban a abrir las puertas de un verano que despejaría la ciudad de prisas y malos humores entre atardeceres tardíos y exhibiciones impúdicas. Aquellas vacaciones fueron un tiempo plácido de mañanas de dormir sola y de noches de salir con Carmen, después de muchas horas de siesta en las que lo que les apeteció fueron rosarios de ternura entre ellas, caricias de pluma de ángel, besos parsimoniosos y leves, palabras de seda y roces de algodón. Carmen y Laura utilizaron varias veces la habitación de Andrea a la caída de la tarde, mientras ella salía a llenar la nevera o a destilarse en la oscuridad de los aseos de la cafetería de enfrente, imaginándose lo que estaba sucediendo entre sus sábanas; y una tarde, porque Carmen insistió, se tendió entre ellas y repartieron los besos entre las tres como mejor supieron, Laura con desmesura, Carmen con tacañería y Andrea con la sensación de

que estorbaba, que aquel no era su sitio y que estaba robándoles una intimidad que deseaban para ellas pero que, por bondad, le dejaban que usurpara. Les preguntó que por qué querían que estuviese allí y Laura calló, sin duda no había sido idea suya, y Carmen dijo que porque al abrir los ojos quería verla. No era cierto, pero a Andrea le gustó oírsele decir delante de su amante. Luego, las tres pensaron en Montse y se apenaron por ella. Aquella noche salieron las cuatro a cenar y Laura estuvo tan pendiente de ella, y le prodigó tantas caricias, que Andrea temió que se diera cuenta de que la estaban engañando entre las tres.

Fueron muchas las horas pasadas junto a Carmen, pero también empezó a comprender que todo el tiempo que Carmen estaba con ella, no estaba, en realidad, a su lado. Sentía que cada vez eran menos los momentos que pensaba en ella, aunque hablase de historias pasadas y de proyectos de futuro para las dos. Carmen no le terminó de perdonar que le impidiese abandonar su casa y recuperar una libertad que sólo probaba estando juntas, o cuando salían por la noche con sus amigas a sus bares preferidos. Se acostumbró a vestir pantalones vaqueros y camisas amplias, se habituó a dejar dormidos a los niños antes de salir de casa, se amoldó a verse con Andrea sólo dos tardes a la semana y otras dos noches, los viernes y los sábados, y a dormir en la misma casa que Joan, su marido, hasta que encontrase un sitio para vivir, lo que les repetía a él y a ella con insistencia.

Joan había aceptado el hecho inevitable de la separación, aunque había convencido a Carmen de que lo mejor, por los niños, era esperar a que se fueran de vacaciones; a la vuelta comenzarían un nuevo curso y una nueva vida con sus padres separados. Así se acordó. Y Carmen se acostumbró a todo, menos a quererla tanto como Andrea la quiso, pero tampoco le importaba: Andrea deseaba que fuera feliz a su lado y le proporcionaba todo lo que pedía: le prestaba la casa para sus aventuras con Laura y le presentaba a sus amigas de otros tiempos por si alguna le gustaba y quería conquistarla. Carmen descubrió tarde el sexo, pero recuperó el tiempo perdido con intensidad, hizo suyos los rincones oscuros de los locales de ambiente y, muchas noches, Andrea esperó horas en el portal a que acabase de gozar cuando encontraba alguien que estremecía sus entrañas. Junio fue el tiempo de vacaciones de Andrea, y también el del despertar de Carmen, cuando descubrió un mundo de libertad en el que Andrea no estaba y obtuvo en él carta de naturaleza, se nacionalizó promiscua.

En los entreactos le aseguró que seguía queriéndola como siempre. "Pero, ¿cómo voy a quererte si contigo he aprendido a disfrutar?", decía; pero Andrea sabía que Carmen gozaba sólo por lo que recibía, que tal vez la quería pero no la amaba, Andrea era su rutina como Montse era la rutina de Laura. Y no obstante repetía que si no estuviese bien a su lado se habría ido, y parecía sincera. Carmen a veces la notaba quejumbrosa sin Andrea quererlo, apesadumbrada sin estarlo, triste porque se detenía a mirarla sin hablar y pasaba mucho tiempo con los ojos posados en su perfil hermoso, lejano. Andrea aseguraba que no se sentía desgraciada, pero Carmen no lo creía e insistía en que no había motivo para quejarse, repetía que no sentía nada por las otras, que sólo las utilizaba para el placer, la quería a ella, a nadie más. Y añadía que con ella había amor y con las demás sexo, que era un juego, pero ¿por qué mentía si las dos sabíamos que apenas quedaban rescoldos de amor en su alma mientras la mía se consumía en llamas que lo incendiaban todo?, se preguntaba entonces Andrea y se lo repite ahora. Ella cada vez la amaba más y Carmen cada vez estaba más acostumbrada a Andrea: no era exactamente lo mismo. No, no lo era; y las dos lo sabían.

Andrea terminó temiendo que sus creencias se hiciesen de roca. Y en junio no se hinchaba el sol lo suficiente como para derretir sus presentimientos.

En uno de aquellos días empezaría las vacaciones escolares y Carmen tendría que pensar en salir de Barcelona con los niños. Andrea lo esperaba y se extrañaba de que todavía no hubiese hecho ninguna referencia a lo que se avecinaba. No se acordaba de cuál era el calendario escolar, pero creía recordar que a finales de junio se realizaban los exámenes para los mayores y que los pequeños acababan la segunda o la tercera semana, un viernes, el 13 ó el 20, seguramente el 20. Se acercaba la fecha y, como ella no decía nada, Andrea se lo preguntó una tarde: quería estar preparada para una ausencia que se produciría pronto. "El 20 termina el curso", dijo Carmen sin darle importancia, como si después no fuese a ocurrir nada. Andrea le preguntó si acaso no iba a irse con ellos y Carmen contestó que no, que los niños se irían a un campamento hasta mediados de julio, luego los llevaría a casa de sus padres, a Córdoba, y después ya se vería, todavía no lo había hablado con Joan. También dependía de cómo decidieran tramitar su separación.

Laura, de improviso, volvió a encerrarse en los brazos de Montse sin dar explicaciones, y a Carmen le sorprendió mucho que no quisiese más citas a solas. Era la primera vez que una mujer la dejaba y Carmen no podía explicárselo. Fue cuando le preguntó a Andrea por esa cosa tan extraña que era la fidelidad, por el inexplicable comportamiento de Laura que, "siendo lesbiana, y manteniendo una relación anormal, con otra mujer, aún así sea fiel". Carmen nunca pudo entenderlo; a veces ponía cara de ingenua y pretendía que Andrea le confirmase que estaba en lo cierto: que "una relación entre mujeres era algo circunstancial por definición, algo pasajero, una etapa, un capricho hasta volver a tener una relación seria, una relación con un hombre, vamos"; a eso se refería. Y al decirle que no estaba en lo cierto, e intentar explicarle que también era posible, Carmen sonreía diciendo que bromeaba, que no podía hablar en serio, que "el sexo entre chicas es fantástico si se trata sólo de disfrutar, pero, para tener un hijo, para salir a cenar con otros matrimonios y para todo, niña, para todo, a ver de qué sirve una pareja homosexual", dijo. "Puro snobismo", concluyó, "como esas noticias de que en Holanda o en Hawai los jueces aceptan matrimonios entre personas del mismo sexo. Puro snobismo", decía, con aire de desprecio infinito, de desdén.

Sus palabras la entristecieron. Andrea le preguntó que en ese caso para qué insistía en irse a vivir con ella, si sólo se trataba de divertirse. "Porque ya tendré tiempo de aburrirme cuando me vuelva la sensatez", respondió riendo y echándose sobre ella, besándola. "Tú eres un *amour fou*", dijo entre carcajadas que arañaron a Andrea porque eran sinceras, nacidas de muy dentro, "mi único *amour fou*, uno de esos amores locos que duran toda la vida", añadió. Pero las dos sabían que era mentira.

No lo quería reconocer, pero en el fondo Carmen se sentía humillada por Laura. No podía creer que prefiriera a Montse, siendo ella mucho más atractiva. Decía que hubiese entendido que la dejara de ver por un hombre, pero no por otra mujer, y menos cuando no le había pedido que abandonase a Montse, sólo verse de vez en cuando. Estaba

desconcertada porque tampoco podía imaginar a Laura haciéndose vieja junto a Montse, tan antipática y seca, un sieso, decía. Estaba segura de que un día Laura se cansaría de ella y buscaría un hombre para formar una familia, "¿Lo normal, no?, lo mismo que harás tú...", así lo afirmaba, "en cuanto te des cuenta de que entre nosotras podrá haber siempre una relación de amistad, incluso amorosa, pero en todo caso una relación distinta a la que un día iniciarás con un chico de tu edad y yo con un hombre mayor, a ver quién me va a querer si no, con los años que tengo", decía. Cuando hablaba de esa manera, Andrea la odiaba, pero guardaba silencio porque la respetaba y pensaba que si decía aquello por algo sería; ella no era quién para llevarle la contraria. Pero le irritaba la seguridad con que veía el futuro de las dos, era como el anuncio de una sentencia de separación sin plazo fijo, pero de separación al fin y al cabo. Llevaban cuatro meses juntas y no había conseguido hacerle comprender lo que significaba para ella ni lo que deseaba significar para Carmen; no había conseguido que viese en ella una pareja para siempre, aunque fuese un siempre que durase cinco minutos.

Carmen insistió varias veces a Laura, sin resultado; incluso obligó a Andrea a telefonearle, para convencerla, pero tampoco tuvo éxito. Y como estaba indignada por lo que entendía un desprecio, sin reconocerlo, Andrea se ofreció a presentarle otras chicas, pero no quiso. Junio se nubló aquel día porque los ojos de Carmen se volvieron tristes. Y ya no volvieron a sonreír. "Me gustaría verte con la sonrisa que pusiste el miércoles", suplicaba Andrea, pero Carmen ya no la oía.

Montse había jugado muy bien sus cartas. Era mayor, tenía la experiencia necesaria para velar en las almenas de su castillo cuantas noches fuese necesario, hubiese o no luna en el cielo, y después de tantos años queriéndola no iba a consentir que las escapadas de Laura para verse con Carmen significasen algo más que media docena de fugas sin llevarse las maletas. Cuando descubrió que a Laura se le habían despertado las hormigas que acarrear tozudas las virtudes demasiado pesadas de la novedad; cuando creyó leer en sus ojos que le agradaba la infidelidad por lo que tenía de libertad, y sus travesuras consistían en construir nuevas baldas para hacerse un armario con Carmen, puso su plan en marcha y, como no podía ser de otra forma, funcionó a la perfección: en primer lugar no le prohibió verla porque sabía que una prohibición produciría el efecto contrario al que perseguía, pero se aseguró de que se diese cuenta de que estaba al tanto de los encuentros, de que no la estaba engañando. Después le hizo conocer hasta qué punto podía ser tierna con ella, una y mil veces, noche a noche, luna a luna, y cuáles eran las ventajas de la estabilidad frente a la intranquilidad de los amores breves e inseguros, de satisfacción inmediata pero desasosiego inevitable. Y, por último, como advertencia suave pero inequívoca, le hizo saber que cuando encontrase otra chica y no tuviese sólo una aventura con ella, sino que reincidiera porque en la repetición hallase placer, no tendría más remedio que optar, tendría que elegir porque ella no acostumbraba a compartir y tampoco ahora lo iba a hacer. Laura pesó en la balanza de sus sentimientos la diversión con Carmen y la serenidad con Montse; midió la comodidad de vivir en un hogar plácido y la inseguridad de volver a la intemperie, a enfrentar libertad

con búsqueda; comparó el amor sincero de Montse y los antojos de una mujer como Carmen, voluble, caprichosa y frívola, y el resultado de la suma fue tan apabullante que en su cuaderno de bitácora anotó el descubrimiento definitivo. Le pidió perdón a Montse con la mirada, sin que ella se lo exigiese, y juró con sus besos no volver a ver a Carmen. Le convenía. Y, al amanecer, el ayer era sólo un recuerdo y Carmen una película desgastada en el vídeo de su vida.

Andrea retrocedió hasta el punto de pedirle que le permitiese ser su amiga. En los largos paseos que daba por las mañanas recreaba mentalmente la historia que estaba viviendo y por mucho que deseaba cambiar el final, comprendía que para Carmen ella no era más que un entretenimiento del que se estaba empezando a aburrir, como el niño que se cansa de llegar siempre al nivel nueve de su tetris y sumar puntos sin fin. Pensó en qué sería de ella sin Carmen y le aterraba imaginarlo; sólo se le ocurría huir de la ciudad y empezar una nueva vida donde nada ni nadie le recordase a ella, ni las cosas ni las calles, ni los bares ni la gente. En aquellos largos paseos mientras Carmen trabajaba, Andrea descubrió que se estaba quedando sola, que estaba perdiendo su amor y que, si no hacía algo, muy pronto desaparecería de su lado y nunca más la volvería a ver. Así es que antes de llegar a ese extremo tenía que asegurarse la felicidad de poder verla, por lo menos de verla y de que le hablase; y decidió que, siendo amigas, tendría la posibilidad de poder hablarla de vez en cuando, tal vez verla, seguir incrustándose en sus ojos, continuar humedeciéndose con su sonrisa, acaso alcanzar la dicha de besarla con la excusa de los saludos y de las despedidas. No era una solución, tan sólo era una salida, pero era todo a lo que podía aspirar en esos momentos, pensó. Las personas tratan mejor a sus amigos que a sus amantes, había oído en alguna parte, y por eso lo único que se le ocurrió fue retroceder en su ambición hasta el punto de rogarle que fueran amigas, porque seguir así, como si no pasase nada, era perderla para siempre, antes o después.

Le pidió que le dejara ser su amiga y ella aceptó. Ni en sus pesadillas más angustiosas Andrea hubiese soñado que Carmen iba a aceptarlo con tanta naturalidad y tanta frialdad. Carmen no hizo preguntas, tampoco cambió la mirada ni necesitó renovar el aire de los pulmones. Su mirada era triste, fue triste desde el desplante de Laura, y las palabras de Andrea no astillaron la traviesa que unía sus ojos y el infinito, en donde los había perdido hacía mucho tiempo. Aceptó y se apoyó en el pecho de Andrea, hundió la cabeza entre sus brazos y cerró los ojos, tal vez durmió. O lloró sin lágrimas.

Andrea no supo lo que le estaba pasando porque Carmen no quiso hablar y no le pareció bien importunarla con preguntas que no debía hacer. Los niños ya estaban en uno de esos campamentos de verano y en su casa todo parecía seguir igual, incluso en algún momento comentó algo que le hizo pensar que dormía con Joan, su marido. Andrea no estaba segura de lo que estaba pasando, pero algo ocurría, sin duda. Durante toda la tarde quiso preguntarle si podía seguir siendo su viernes por la noche, pero tampoco se atrevió.

Leía en su mirada la tristeza, pero no podía evitar sentir por ella una pasión que no menguaba. La ausencia de Carmen era puro dolor. Oler su pelo la excitaba; morder su sonrisa con los ojos la empapaba toda; tocar sus manos era besar el cielo una noche de luna llena; que le permitiese contemplar sus perfiles en la penumbra era todo a cuanto podía aspirar en la vida. Otra vez era sexo cuanto hacía con ella, rozar su mano, hablarle en un

susurro, ver juntas la televisión, llenar un vaso de agua para tomar paracetamol si les dolía la cabeza. Pensar en Carmen era sexo. Andrea estuvo días y más días haciendo sexo con ella sin acostarse juntas. Su presencia era un estallido de fuegos artificiales y la ausencia de su mirada un vacío que empezó a ser la fotografía de la muerte. Le pidió que la dejase ser su amiga cuando más la amaba, y ella aceptó cuando ya había decidido que no iba a seguir amándola. Ni para el exceso de amor de Andrea ni para el final del de Carmen había una razón; no la había ni para la fiebre ni para la frialdad. Las cosas sucedieron, sin más. Lo buscó con ansiedad. Andrea lo buscó con ansiedad, pero no encontró el botón nuclear en los atardeceres de junio.

¿No notaba que en su mano, en su mirada y en su respiración tenía mi sentimiento, mi razón y mi cuerpo?, se pregunta Andrea caminando deprisa por las calles en esta noche que se está haciendo líquida, cuando ya recorre aceras cercanas a su casa, camina por Balmes, está a un par de manzanas del edificio de su apartamento. Ahora no tiene frío, los pies se mueven ágiles, el paseo está a punto de terminar. Son más de las tres de la madrugada y ha recorrido ocho o nueve kilómetros, como cada noche. Andrea piensa en Carmen, sólo en ella, y el recuerdo de su presencia es una pregunta que aún no tiene respuesta. Se acuerda de ella y la sangre se agolpa en sus mejillas, sin comprender qué le pasó. No podía comprenderlo. "La tocaba y su piel era suave como la de una niña. Yo iba a seguir agazapada entre las sombras de sus pensamientos, me mirase o no, me tocase o no, me quisiese o no. Cuando llegué a ese lugar donde la paz la tenía ella, cuando encontré acomodo a su sombra, ya no me quedaba más que una pasión total, la que sentía por ella e iba a seguir sintiendo para siempre".

Carmen aceptó ser su amiga y un momento después le pidió a gritos vendavales de aire para respirar. Al instante supo lo que significaba: Carmen necesitaba un pedazo de vida para ella, quería vivir sola, volar por su cuenta, y Andrea comprendió lo que le pedía porque hacía tiempo que lo estaba esperando. Carmen empezó a salir sola por las noches, se lo contaba después y le confesaba encuentros en la cama que no le molestaban porque Andrea sólo quería ver que en sus ojos ya no viajaba la tristeza, y aunque hablara de chicas de diecisiete o de cuarenta y cinco años, de amantes catalanas o francesas, de rubias o morenas, de camioneras severas o de lesbianas sofisticadas y femeninas, hasta de un chico homosexual de veinte años al que conoció, la alegría no asomaba a aquellas pupilas y en su miraba permanecía de guardia el pesar ácido de la insatisfacción, de la incredulidad. Como amiga, Andrea sintió la obligación de explicarle que la promiscuidad era evidencia de que no encontraba lo que buscaba, y ella escuchó sus razones sin responder. Hasta que dijo que iba a probar con un hombre que no fuese homosexual y Andrea comprendió que el quinto mes nunca nacería entre ellas.

Lo que Andrea no pudo imaginar era que el hombre con el que Carmen iba a probar era Joan, su marido. Se lo dijo bordeando los abismos de julio y nunca se vio en invierno nevar con tanta furia. Al otro lado de la ventana la mañana de verano estaba nublada, un niño lloraba en mitad de la acera porque se acababa de caer y le sangraban las rodillas y los

árboles de la calle agitaban sus hojas para saludar la brisa húmeda de julio. Se lo dijo el mismo día en que Andrea volvió a trabajar al estudio, cuando Damià tomó sus vacaciones, y no supo qué decir. Guardó silencio, oyó sus explicaciones y al cortar la comunicación supo que había asistido al final.

Para Andrea, fue imposible soportar el peso del abandono. El ascensor de su vida volvía a pararse a causa de un apagón y volvía a quedarse atrapada, pero ahora ya no se sentía bien a solas consigo misma, presa en una cabina vacía de futuro, de esperanza: si no iba a estar Carmen con ella, la claustrofobia era insoportable, no se encendía la luz de emergencia, no podía ver reflejado, borroso, el cuerpo de una mujer que le despertase ninguna sensación. Se colgó el bolso en bandolera, se pintó los labios por primera vez desde que recordaba y volvió al trabajo, pero se pasó dos días en el estudio sin hacer nada, y dos noches en casa volviéndose loca. En las paredes blancas del dormitorio dibujó y vio dibujado su rostro mil veces, que aparecía y desaparecía, y en todas las esquinas oía voces sordas que la llamaban: era su voz, siempre era su voz, que le hablaba para que fuese, para que acudiese, pero que no estaba cuando acudía. La cocaola tenía sabor a cebolla y el agua parecía haber cambiado su naturaleza y ser seca, no enfriaba su cara ni su cabeza cuando más lo necesitaba, y la vida tenía olor a celda, a habitáculo cúbico, blanco y acolchado de manicomio. Se duchaba y nunca llegaba a sentirse mojada, las gotas parecían evaporarse en el aire como si tuviesen adonde ir, y una aspirina tras otra sólo servían para debilitarle las piernas impidiéndole permanecer de pie, ni siquiera la perforaban el estómago, no eran capaces de iluminar una cabeza que se estaba volviendo de corcho, anestesiada por la imposibilidad de saber qué iba a ser de ella a partir del día siguiente. En realidad tampoco se lo estaba preguntando, bastante hacía con ir de aquí para allá sin saber para qué lo hacía, sólo para oír mejor la voz sorda de Carmen si volvía a llamarla, o para besar dibujos imaginarios de su rostro que no existían en las paredes en penumbra del dormitorio. Después de tomar un valium pudo dormir un poco, pero el zureo de las palomas la despertó antes de que empezara a amanecer. El miércoles dos de julio fue el día más podrido de su vida, desde que desayunó valium hasta que cenó whisky y almendras húmedas. En el estudio no abrió el ordenador ni apartó los ojos de la ventana, calculando la curva de la caída y la velocidad creciente de un cuerpo al caer desde un tercer piso, imaginando cómo sería la última fracción de segundo, el impacto seco con las baldosas de la acera, el dolor del desgarramiento total. Y a media tarde se despidió del trabajo después de orinarse encima sin notarlo y de vomitar agua sucia sobre la mesa llena de proyectos sin acabar. Sólo la voz de Juanjo gritando que ya estaba bien, que no podía soportarla más y que no se molestase en volver, que sus cosas, la liquidación que le correspondiera y la notificación de la disolución de la sociedad se las enviarían con un mensajero, la acompañaron a la salida del estudio en lo que iba a ser su último día de trabajo. El resto del miércoles lo pasó encerrada en casa, bebiendo whisky sin gustarle y comiendo almendras mojadas porque la bolsa rasgada se le había caído dentro de la taza del váter mientras vomitaba arcadas secas y un poco de bilis y no le importó rescatarla para llenarse el estómago con algo, que no eran las palabras que mendigaba de Carmen y le saciaban, pero al menos eran restos de lo que había comprado un día por si a ella le apetecía comerlas.

Sólo el jueves fue peor que el miércoles. Pasó despierta la noche, recorriendo el salón arriba y abajo sin dejar de mirar el teléfono, esperando que Carmen llamara. Antes del amanecer, tenía los muslos irritados por la orina sin limpiar, y olía a sudor, a ventana recién barnizada, al olor de la desesperación, el que buscaba. Cuando las palomas iniciaron su primer vuelo, tomó dos pastillas de valium diez y se metió en la bañera con el grifo abierto, para intentar dormir, quizá con el deseo íntimo de ahogarse. El timbre del teléfono la sacó de la bañera a las ocho de la mañana: fue corriendo a descolgarlo porque pensó que sería Carmen quien llamaba y sólo era el vecino de abajo porque en el techo de su casa empezaba a formarse una gotera por un grifo que seguramente había olvidado cerrar bien.

Era jueves cuando salió a la calle a deshacerse en vida por Barcelona. Sin trabajo, sin fuerzas y, sobre todo, sin Carmen, no le encontraba ningún sentido a poner un pie delante del otro, pero no supo qué otra cosa podía hacer. No le importaba haber dejado el trabajo: en realidad, después del enfrentamiento con Damià, era algo que tenía que suceder un día u otro; ni tampoco no tener fuerzas: sabía que la salud era ave frágil que iba o venía a su antojo si no estaba a gusto con quien convivía. Pero haberse quedado sin Carmen era algo mucho más insoportable de lo que nunca pudo imaginar. Sin Carmen no era siquiera un desperdicio, era menos que un puñado de polvo: las sombras del aire.

Las horas que transcurrieron de aquel jueves hasta que la llevaron al hospital, no las recuerda bien. Sabe que por la mañana, en algún momento, telefoneó a TV-13 para que Carmen le dijese que había vuelto con Joan, su marido, que lo sentía mucho pero que lo suyo había sido una aventura y había decidido estar donde de verdad la necesitaban, en casa, con su marido y con sus hijos. Algo dijo de que algún día la llamaría para ir al cine. También cree recordar que entró a rezar en una iglesia, tal vez en la catedral, no se acuerda, pero sí que desde la nave central mantuvo una larga conversación con Fátima, su ángel de la guarda, una discusión, supone, porque, aunque no recuerda los términos, sí se acuerda de que le llamaron la atención y de que finalmente un sacristán la obligó a salir por un patio lateral hasta la calle. Y a última hora de la mañana, o a primera de la tarde, no sabe, alguien le impidió permanecer desnuda en la playa de la Barceloneta, a pesar del calor que hacía.

Andrea se para ante el portal para abrir con la llave la cancela que da paso al ascensor. Mira el reloj. Es tarde. Vuelve a casa. Se detiene a mirarse en el espejo del descansillo de la escalera y recuerda que no supo lo que ocurría cuando un coche de la policía urbana la trasladó a aquel hospital de las afueras. Cree que le dieron pastillas, porque al fin durmió profundamente; y cuando despertó, no sabe cuántos días después, empezó a llorar y no dejó de hacerlo en los veintiún días siguientes.

Ahora han pasado dos meses y está un poco mejor; por eso puede recordarlo todo sin que las sombras de sus ojos vislumbren los abismos de la locura que tanto teme. Abre la puerta pero no enciende la luz.

La soledad es azul. Como la penumbra.

Su madre ha ido algunas veces a verla, su padre aún no.

De Carmen no ha vuelto a saber nada.

Sólo Montse y Laura van cada tarde a pasar un rato con ella.

